



FRANCISCO JAVIER DOMÍNGUEZ

DEHESAS Y TRASHUMANCIA EN EL SUR. LAS FRONTERAS DE ANDALUCÍA.

DEHESAS Y TRASHUMANCIA EN EL SUR. LAS FRONTERAS DE ANDALUCÍA.

FRANCISCO JAVIER DOMÍNGUEZ

Francisco Javier Domínguez Márquez (Pozoblanco, 1976) es historiador y periodista. Licenciado en Historia por la Universidad de Córdoba y máster en Información Económica por la Universidad de Zaragoza, en la actualidad ejerce como redactor jefe de El Día de Córdoba, del Grupo Joly. Autor de distintos artículos y de obras relacionadas con la economía agraria y la historia política de Sierra Morena y del norte de la provincia de Córdoba, ha conseguido el Premio de Investigación Histórica Juan Ginés de Sepúlveda en dos ocasiones. Recientemente, ha formado parte del equipo redactor de la obra *Los Califas del Toreo: Historia y Vida*, en la que se afronta con sentido crítico la trayectoria de los principales matadores de toros de Córdoba.

Financian:



Promueven:



DEHESAS Y TRASHUMANCIA EN EL SUR.
LAS FRONTERAS DE ANDALUCÍA.

Dehesas y trashumancia en el sur.

Las fronteras de Andalucía

© **Edita:** Asociación para el Desarrollo Rural de Los Pedroches (ADROCHES), 2008.

© **Autor:** Francisco Javier Domínguez Márquez.

Diseño: é. www.lawebdee.com

© **Fotografías:** Rafa Sánchez Ruiz www.fotoslospedroches.com

Agradecimientos: A toda la población rural, especialmente, por su colaboración en este trabajo a los pastores y a las gentes de campo, que han dado testimonio de su vida y han guiado al autor hasta los pueblos y rincones más escondidos de sierras y dehesas. A Luis Miguel Rubio Barquero por las fotos de la Sierra de Ronda y a El Día de Córdoba por las fotografías de Miguel Ángel Salas y José Martínez, de las páginas 25 (superior) y 154-155 respectivamente. También hay que agradecer su esfuerzo a los Grupos de Desarrollo Rural que participan en este proyecto y a la colaboración de Destilerías El Clavel y de Bodegas El Duende, de Cazalla de la Sierra.

Todos los derechos de la obra conjunta reservados a favor de la Asociación para el Desarrollo Rural de Los Pedroches (ADROCHES). Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de los textos y fotografías de este libro sin autorización.

DEHESAS Y TRASHUMANCIA EN EL SUR. LAS FRONTERAS DE ANDALUCÍA.

FRANCISCO JAVIER DOMÍNGUEZ

DEHESAS Y TRASHUMANCIA EN EL SUR

La presente obra está enmarcada dentro del Proyecto de Acción Conjunta de Cooperación denominado *La dehesa: un Modelo de Desarrollo Sostenible*, en el que están implicados seis grupos de desarrollo rural de Andalucía: Los Pedroches, Valle del Alto Guadiato, Sierra Morena Cordobesa, Sierra Morena Sevillana, Sierra de Aracena y Picos de Aroche y Serranía de Ronda. Además, participan como socios el Centro de Desarrollo Rural de La Serena, de la provincia de Badajoz, y la Asociación para el Desarrollo Sostenible del Valle de Alcuñía de Ciudad Real.

Estos grupos de desarrollo rural, en cuyos territorios se dan las mejores dehesas del mundo, se han marcado como objetivo frenar el progresivo deterioro al que están sometidos sus campos de encinar y de alcornocal principalmente. Aparte de la riqueza ambiental que supone la dehesa, este tipo de explotación sustenta todo un organigrama económico y cultural que debe ser conservado a toda costa. Una de las finalidades de los Grupos de Desarrollo Rural de Andalucía se centra en llevar a la sociedad los valores ecológicos y los beneficios que reporta la dehesa a decenas de pueblos y de ciudades del ámbito rural del suroeste de España. Éste es precisamente uno de los objetivos claves de esta publicación: mostrar el importante bagaje natural, cultural y patrimonial que se ha creado en torno a la dehesa y a las rutas de la trashumancia, verdaderos vehículos de transmisión de tradiciones, usos ganaderos, habla y folclore a lo largo de los siglos.

Y es que la trashumancia ha sido uno de los elementos más decisivos en el desarrollo del ciclo agrario de la dehesa, ya que el traslado del ganado favorece la regeneración de la masa arbórea, el traslado de semillas y sirvió durante siglos para poner en comunicación a gentes que tenían sus orígenes muy alejados geográficamente. La cultura de la dehesa, las vías pecuarias y el pastoreo han sido verdaderos vehículos de transmisión de tradiciones que van desde la arquitectura popular hasta la gastronomía. Todo ello es fruto, además, de la interacción del hombre con el medio natural, protagonizado en este caso por la dehesa.

D. Juan Díaz Caballero.

Presidente del Grupo de Desarrollo Rural de Los Pedroches.

ÍNDICE

Las dehesas del sur, entorno natural y cultura 11

1. La historia de mil caminos 16
2. De cañadas reales y cordeles adehesados 58
3. Vivir entre cañadas y dehesas 88
4. Patrimonios 128
5. Un futuro incierto 178

Bibliografía 190

LAS DEHESAS DEL SUR, ENTORNO NATURAL Y CULTURA.

La dehesa, la trashumancia y las vías pecuarias constituyen en sí mismas un mundo único en el que confluyen la historia, las tradiciones, el aprovechamiento agrario y la conservación del entorno para asegurar la subsistencia de los pueblos. *Dehesas y trashumancia en el sur. Las fronteras de Andalucía* recorre de forma sencilla y accesible buena parte del legado cultural, histórico y ambiental que se ha conservado gracias a los encinares, los caminos y las principales rutas de ganado a lo largo de la historia en Sierra Morena y en la Sierra de Ronda. La relación de estas rutas milenarias con las gentes de estas comarcas y con el entorno natural, en el que destaca la dehesa como principal aprovechamiento agrario y ganadero, ha constituido un sistema económico muy particular que merece ser tenido en cuenta a la hora de realizar políticas de desarrollo rural y de concienciación de los habitantes de estas zonas, puesto que estas rutas no sólo han afectado a la cultura ganadera, sino que se erigen como un estilo de vida propio, un sistema en el que podemos encontrar características propias en cuanto a elementos del patrimonio cultural e histórico, antropológico y lingüístico. Hay todo un mundo por redescubrir en lo que se refiere a las relaciones entre las comarcas de Castilla y León, Extremadura, Andalucía e incluso de Galicia, Asturias, Cantabria y el País Vasco. Éste no es un libro de historia al uso, tampoco tiene la precisión y la justificación de la Antropología: se trata de un catálogo en el que tendrán cabida una suma de consideraciones interdisciplinarias que tienen como fondo la relación del hombre con el medio ambiente definido en la dehesa y el aprovechamiento de la misma mediante determinadas costumbres. El objetivo reside pues en la realización de una visión general y actualizada que sirva para acercar a cualquier tipo de lector los aspectos del sistema de gestión de la tierra más significativo y original del suroeste español. Más que un análisis profundo, esta obra ofrecerá un amplio abanico de conocimiento que girará en torno a distintas vertientes

relacionadas con la historia de las dehesas y la cultura que durante los tres últimos milenios han generado. También ocupará un lugar destacado la recuperación de aspectos de la vida cotidiana de las gentes de la dehesa, desde los piconeros hasta los molineros pasando, como es natural, por los pastores. Cómo hablaban, cómo conducían y hacia dónde a sus ganados, cómo usaban las vías pecuarias y cómo se conservaban las dehesas.

Y es que este libro es un catálogo divulgativo que pretende además concienciar a la población de la necesidad de conservar hasta la última encina. Si se lucha por la integridad de un templo barroco de 350 años, ¿por qué no se van a defender esos monumentos naturales que son las encinas y que acumulan los mismos siglos que una iglesia del XVIII en sus ramas? De esa conciencia surgen las ideas y el hilo conductor de esta obra. En su desarrollo se mostrará la relación de los encinares con la importancia de las vías pecuarias y de las cañadas hasta ahora olvidadas, desconocidas y apenas estudiadas. Las rutas de la trashumancia, los distintos caminos, han sido, durante siglos, el único y extraordinario medio de comunicación entre las zonas rurales de España. Las estribaciones de Sierra Morena se convirtieron en los principales extremos del sur de las grandes cañadas reales, de las que surgieron cientos de cordeles, veredas y caminos, que llevaron hasta los lugares más apartados la comunicación y las influencias recíprocas entre los pueblos. Esto, aparte de ser un bien común único de quienes habitan en las dehesas del sur, se constituye en una red de difusión de tradiciones que conforma una tela de araña de patrimonio y de identidades que deben ser conocidas de una forma sencilla y relacionadas entre sí. Para presentar cómo se configuró toda esta red es imprescindible hacer, como punto de partida, un análisis histórico y geográfico. Ya antes del diseño de las calzadas romanas, los pueblos que habitaban la Península ejercían la trashumancia y aclaraban, en la medida de lo posible, el bosque para alternar cosechas con la recolección de frutos y el aprovechamiento de las podas y rozas para encender el fuego. Y es que el traslado de ganados ha sido una necesidad y un hecho más que positivo para la conservación de la biodiversidad en España. Si uno de los

principales problemas de la dehesa española es la antigüedad del arbolado y la falta de regeneración por la sobreexplotación a la que está sometida, se podría presentar la recuperación de la trashumancia como una de las soluciones más importantes a tener en cuenta.

La geografía peninsular se caracteriza por la alternancia de cordilleras y de mesetas o valles.

Esta conformación supone además la existencia constante de umbrías y de solanas, con todo lo que ello supone desde el punto de vista ambiental. Esta disposición del relieve provoca, por otra parte, aislamiento, pues la población aparece ‘encerrada’ en su ámbito. Sólo las vías pecuarias, las cañadas reales y los cordeles, sirvieron para comunicar poblaciones. Y es que más allá del traslado de animales, por los caminos ganaderos se transmitían elementos culturales diversos, que forman parte fundamental de esta obra. Gracias a las vías pecuarias, arraigaron en Andalucía palabras, bailes o elementos constructivos traídos desde León, desde Castilla, desde la Cordillera Cantábrica. Gracias a los movimientos pecuarios, comarcas tan aisladas como Los Pedroches, la Sierra Norte de Sevilla o el Valle de Alcudia recogieron aspectos etnográficos que hicieron propios y que perviven en la población de una forma asombrosa. Sólo hay que hurgar en la superficie de bailes, palabras, platos típicos o construcciones para darnos cuenta de que la identidad actual es heredera de una relación lenta entre pueblos que ha generado identidades comunes.

Porque los caminos y las dehesas surgen del proceso natural de relación del hombre con la

naturaleza. Sierra Morena ha estado poblada desde la Prehistoria y se podría decir que el proceso de adhesamiento del monte mediterráneo es tan antiguo como el de la propia población. Pero es en época prerromana cuando se comienza el aclarado de los bosques, la siembra y el trazado de caminos que, más de 2.500 años después, siguen existiendo. Los romanos no hacen sino consolidar estas vías para realizar intercambios comerciales de las ricas producciones que mantenían en Hispania. Así, cabe destacar el recorrido de la Vía de la Plata, que conducía desde Sevilla hasta Extremadura y se prolongaba hasta el norte de España, o la Vía del Azogue, que partía desde Córdoba y alcanzaba hasta Almadén. Ambos caminos

históricos son hoy carreteras nacionales. Estas vías, además de innumerables calzadas, propiciaron los primeros intercambios culturales y comerciales de los pueblos de España y es en ese momento cuando comienza a forjarse la cultura pastoril y las rutas trashumantes. Las épocas visigoda y musulmana, lejos de suponer un atraso en este tipo de comunicaciones, relanzaron el carácter ganadero de Sierra Morena y de comarcas como la Serranía de Ronda. El esplendor de Córdoba primero y de Sevilla después irradió un crecimiento comercial que, junto al de Toledo, fue necesario expandir mediante complejas redes de comunicación. Se conocen caminos históricos de época visigoda y musulmana como el de Armillat, actual Guadarmellato (Guad-Armilat) que unía la capital del califato con Toledo. Los musulmanes, en este caso, no hacen sino recuperar las antiguas rutas de los romanos e intensificar su uso con el auge poblacional de los albores de la Edad Media. En muchos casos, las principales cañadas y cordeles se superponen a las vías prerromanas, calzadas romanas, visigodas o musulmanas.

La creación en 1273 del Real Consejo de La Mesta es la sanción legal para las Vías Pecuarias en la Edad Media. Surge entonces el verdadero desarrollo oficial de las rutas trashumantes, que estaban amparadas por un estricto cuerpo jurídico, que sirvió, además, para proteger las dehesas. En este libro se pretende relacionar la influencia de los distintos pueblos que han gestionado este rico patrimonio en las comarcas que participan en el proyecto. Está claro que todo este trasiego de animales ha contribuido a generar características comunes en las comarcas definidas en las dehesas del sur, pero se trata de parámetros sobre los que se debe investigar más.

Pero no todos los caminos son iguales. Del devenir de los siglos y de las costumbres fueron surgiendo distintas tipologías, que en muchos casos están reguladas por ley. En esta obra se expone toda la tipología y su relación con la historia. Cómo se usaba cada cañada, vereda o cordel. También se establecen los trazados más importantes y la cultura patrimonial surgida a su amparo. Cortijos, caseríos, viviendas molinos, acequias, puentes y lavaderos de lana forman parte de todo este bagaje. Además, sería preciso es-

tablecer cuáles son los caminos más importantes de cada comarca. En el caso de Alcuña, La Serena y Los Pedroches se podría hablar de las cañadas que comunicaban las tres comarcas, grandes autopistas del pasado. En el caso de comarcas más orientales de Sierra Morena se explicará la influencia de la Cañada Real Segoviana, mientras que en la zona de Ronda se saca a relucir la importancia de los caminos y veredas que comunican las sierras Penibéticas a través de un complicado entramado de vías pecuarias.

En un tiempo en el que se busca reforzar la identidad de los territorios mediante el estudio de la historia y de la cultura del pasado, esta obra intenta reflejar cómo existen otro tipo de nexos de unión que van más allá de las fronteras políticas, que se adentran en la cultura, en las tradiciones milenarias y en el entorno natural. Las dehesas del sur tienen una identidad propia, mezclada a lo largo de siglos gracias a los repobladores medievales, a la configuración de un paisaje común, a las rutas ganaderas que comunicaban pueblos que distaban 800 kilómetros. Las dehesas del sur, la trashumancia y la frontera de Andalucía, permeable a las influencias durante siglos, cuentan con un legado que se debe recuperar y difundir para que no se pierda y para que se convierta en una fuente de sostenibilidad, recursos y empleo.

1 LA HISTORIA DE MIL CAMINOS.

La trashumancia y el adehesamiento de amplias zonas de la Península Ibérica es un hecho más o menos constatado ya en tiempos de los íberos. Autores como Julius Klein consideran que la vida pastoril itinerante...

...en época prerromana estaba generalizada, y ya existían incluso las migraciones semestrales. El paisaje de las sierras del sur de España y de las llanuras y los valles se fue definiendo de tal manera que los espacios cubiertos por el intrincado monte mediterráneo se aclararon para siembras, para uso pastoril o para el mero aprovechamiento de la leña. En lo que podíamos denominar como primera época de la extensión de las dehesas y de las cabañas ganaderas, antes de la llegada de los romanos, existe una influencia determinante del clima y de la orografía de la Península Ibérica a la hora de conformar un sistema ganadero original. Y es que en España, de norte a sur, se alternan de forma casi perfecta cordilleras y llanuras o valles, donde las diferencias climáticas son acusadas pese a la relativa cercanía de unas áreas con otras. Entre la montaña de Burgos y Soria y el Valle de Alcudia o La Serena apenas median 600 kilómetros, pero los contrastes climáticos son considerables, algo que además influye en la construcción del paisaje

y en el trazado de las rutas ganaderas. Y si tanto las montañas como los ríos, en una época en la que no existían puentes, influyen en los movimientos de ganado también hay que tener en cuenta que el crecimiento de la población y de la cabaña hacen necesaria la búsqueda de nuevos predios para apacentar las reses. Los yacimientos arqueológicos datados en el final de la Edad del Bronce y en la Edad del Hierro cuentan con constantes referencias al ganado y al pastoreo, indicando así una consolidación de las prácticas, sobre todo en la Meseta norte. Pero es que a finales de la Edad del Bronce, según citan Joaquín Gómez Pantoja y Eduardo Sánchez Moreno en su artículo *Antes de la Mesta*, incluido en *La trashumancia, un camino de ida y vuelta*, se produce un cambio climático en Europa con el que aumentan los periodos de lluvias y descienden las temperaturas. Esto determina la formación de marismas, humedales y cursos de agua más ricos con los que se incrementa la especialización ganadera en el periodo comprendido entre los siglos IX y V



☒ **En su medio.** Los pastores son algo más que conductores de ganado, pues durante siglos portaron tradiciones y cultura desde las montañas del norte hasta las dehesas del sur: la primera frontera de Andalucía.

☒ **La luz en la dehesa.** El atardecer es un momento propicio para recorrer encinares y alcornoques. Han tenido que pasar dos milenios para configurar el paisaje actual. Una mayor cobertura arbórea, similar a la de los tiempos de los romanos, sería lo ideal.

a. de C. El ganado se convierte en un elemento de poder y se inicia el deslinde y la territorialización en muchas zonas del interior de la Península. Este proceso de explotación, sujeto a un determinado territorio, hace que sea cada vez más necesario el traslado de ganado para aprovechar al máximo los recursos naturales. El uso generalizado del hierro hace que se puedan fabricar, además, elementos de desbroce, y se rozan los campos, se adhesionan las llanuras y el pie de monte de las sierras. Se utiliza el cada vez más abundante abono animal. El cultivo de cereales se hace extensivo y hay que dejarle sitio a cambio de trasladar los ganados. Existen datos de que en el siglo III a de C. ya hay una estructura de explotación pastoril en el interior de la Península, sobre todo en las zonas dominadas por los pueblos celtíberos, que comenzarán a llevar sus ganados hacia el sur de forma estacional. Tal fue la extensión de estas prácticas que en los albores de la conquista romana, afirma Luis Vicente Elías, en la obra *La trashumancia, un camino de ida y vuelta*, las poblaciones que trabajan el pastoreo estacional alcanzan latitudes cada vez más bajas, llegando al

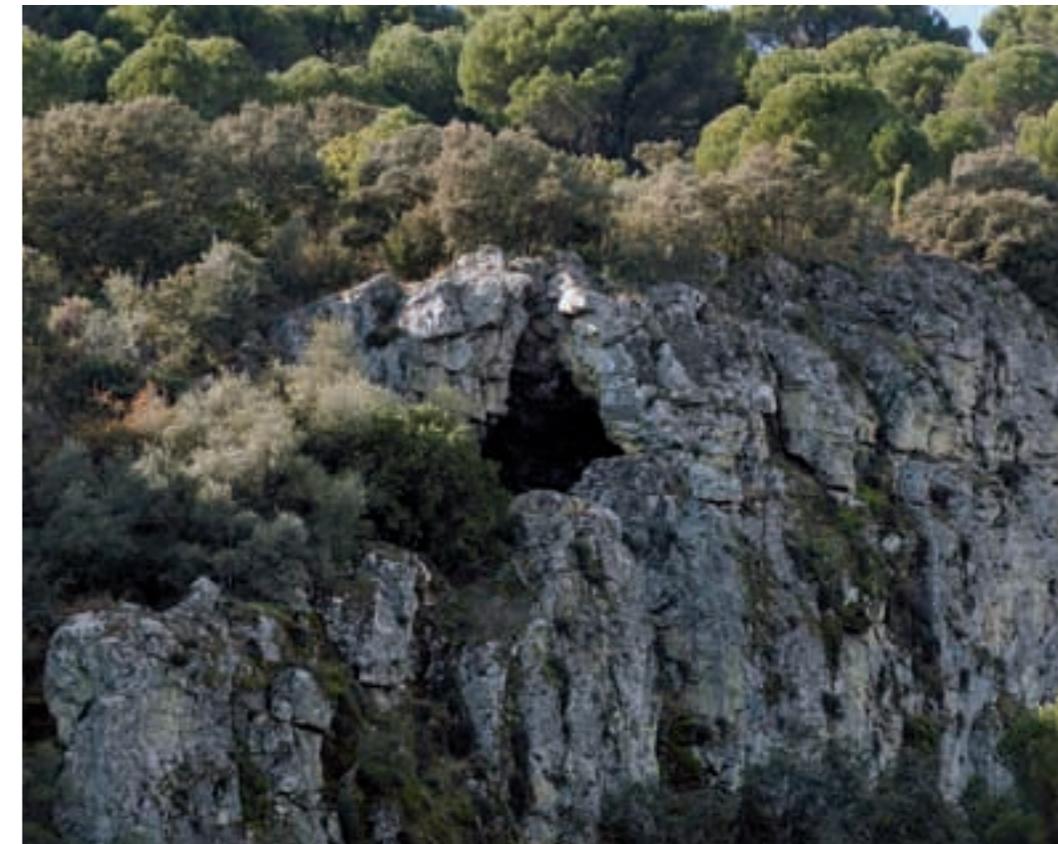
Valle del Guadalquivir, a través de las tierras habitadas por Oretanos, Carpetanos y Turdetanos. Estas prácticas son compatibles con la existencia de poblaciones de origen estable en toda la Península. Es el nacimiento de la trashumancia de largo recorrido, de los agostaderos o pastos de verano y de los lugares de invernada o extremos del sur, aunque quedaban entonces siglos para que se reconocieran estas denominaciones.

La llegada de los romanos, en cuya tierra de origen la trashumancia era una práctica generalizada, supone un incremento de fuentes y por lo tanto de información acerca de este periodo y de las implicaciones de ganaderas. Existen, según Klein, muchas referencias acerca de la fama y del renombre de la lana de Turdetania y de la Bética, la que provenía de las ovejas criadas en Sierra Morena y en el Valle del Guadalquivir. Existe incluso un interés por mejorar la raza de los ganados que pastan en la Península. Un tío de Columela, según cita en una de sus obras el conocido agrónomo gaditano del siglo I, traía ganados del norte de África para mejorar la raza y la calidad de su lana, en lo que podría consi-

✘ **Abrigo natural.** La Cueva de la Osa, situada en el término municipal de Pozoblanco, está en el corazón de Sierra Morena y en sus inmediaciones se han encontrado pinturas rupestres de una época muy anterior a la de la formación de las dehesas. Rodeada de monte mediterráneo, es un ejemplo de cómo era el paisaje de Sierra Morena en la Prehistoria.

✘ **Entre retamas.** La oveja merina se ha tenido que adaptar a los distintos cambios que el paisaje ha experimentado en España durante los últimos siglos. De la dehesa a la estepa, del monte a las fértiles vegas.

derarse como una evolución a la oveja merina tal y como se la considerará en época musulmana. Queda claro pues que en la dominación romana hay un asentamiento clave de los usos ganaderos en la Península y que los hábitos trashumantes de los pastores constituyen una práctica tan usual que desemboca en época visigoda en la certificación de códigos que constatan el tránsito de ganados por Hispania. Aunque esta época no es sino una continuidad del periodo romano. Entre las referencias que aprecian Gómez Pantoja y Sánchez Moreno –en la obra citada anteriormente– del pastoreo en la Bética se encuentran las constantes alusiones a la calidad de la lana de Córdoba, del entorno del Cíjara (Badajoz) o de las Sierras de Grazalema y Ronda, que servirían de refugio a los ganados del Valle del Guadalquivir en el verano, dándose así una trashumancia intercomarcal digna de estudio. La investigación de estos autores sitúa en Capilla (Badajoz) –en un punto de confluencia aproximada de las comarcas de La Serena, Alcuñía, Los Pedroches y el Alto Guadiato– un vado o descansadero de ganado utilizado desde época romana según los hallazgos encontrados que



EL USO GENERALIZADO DEL HIERRO HACE QUE SE PUEDAN USAR ELEMENTOS DE DESBROCE.



están dedicados a la vida pastoril, como es el caso de un altar en honor a Domina Pales, «la diosa que los romanos llamaban *pastorum domina, dea pabuli*», explican Gómez Pantoja y Sánchez Moreno. Para quienes conocen el relieve de la zona que circunda Capilla, no resulta difícil imaginar cómo este primitivo vado del Zújar pudo servir como punto de distribución de cabañas ganaderas, que partían desde allí hasta las llanuras adeshadas del norte de Córdoba, del sur de Ciudad Real, de Badajoz e incluso hasta el norte de Sevilla, utilizando los caminos que comunican el extremo más septentrional de la actual sierra sevillana con los términos municipales de Hornachuelos y Fuente Obejuna. Uno de los problemas que se presentan a los historiadores a la hora de intentar recuperar el pasado de pastores y ganaderos se refleja en la ausencia de fuentes, pues el devenir de quienes atravesaban España de norte a sur está caracterizado por el silencio y el anonimato, aunque se sabe de la importancia que tuvieron puntos como los vados, los puentes o los puertos de montaña porque allí se establecían contaderos y descansaderos para las reses.



Las vías romanas, que se mantuvieron en época visigoda, también jugaron un papel vital en el desarrollo de la tradición trashumante y pastoril de la Península. Esta red de comunicaciones, que coincide en muchos casos con el diseño posterior de las cañadas, fue fundamental para el comercio y la comunicación entre el norte y el sur de Hispania. En un análisis más o menos superficial del mapa de calzadas, cañadas como la de la Vizana o la Soriana occidental coinciden con distintos tramos de la Vía de la Plata. Así se comunicaban puntos de las Sierras de Huelva y de Sevilla con León e incluso

✉ **En el corazón de La Serena.**

Un rebaño de ovejas transita por una vía pecuaria en las inmediaciones de Capilla, donde está constada la existencia de un vado o descansadero de ganado desde época romana.

Asturias según las distintas ramificaciones que se tomaran. Se puede decir, por otra parte, que la Cañada Real Soriana oriental es un compendio de calzadas y de caminos de tránsito entre las principales ciudades de la Bética con las dos mesetas, puesto que arranca desde Sevilla y a través de la Sierra Morena cordobesa, Los Pedroches y Alcudia recorre algunos de los vados y puertos más transitados y significativos de la historia de España. En las cercanías de la Cañada Real Soriana se encuentran la basílica visigótica de El Germo, situada en el término de Espiel, lo que demuestra un considerable índice de presencia y de tránsito por la zona ya desde la antigüedad, y el Puerto Calatraveño, por donde discurre este camino histórico, que tiene una evidente nomenclatura derivada de Calatrava, la orden militar que tenía sus principales predios ganaderos en el centro y norte de Ciudad Real. Desde esta zona

se adentraban los ganados en Sierra Morena hacia el Valle del Guadalquivir para tomar luego el pie de monte de las sierras de Sevilla y Huelva. En el caso de la Cañada Real Soriana oriental y de todos los cordeles y caminos que atravesaban Sierra Morena desde antes de la época romana, nos encontramos con uno de los sistemas viarios vías más transitados e importantes de la historia de España, pues su importancia no decayó hasta que Carlos III decidió llevar las comunicaciones de la Meseta con Andalucía hacia Despeñaperros y repoblar todo este eje en el siglo XVIII. Pero hasta entonces, las relaciones entre el sur y el centro y norte de la Península se establecían fundamentalmente por la senda que comunicaba las ciudades más importantes del sur con Toledo. Por eso la Real Soriana es compendio y está relacionada con todos estos caminos, sobre todo con la Vía Augusta Romana y con la del Azogue,

LAS CALZADAS ROMANAS, QUE SE MANTUVIERON EN ÉPOCA VISIGODA, TAMBIÉN JUGARON UN PAPEL VITAL EN LA TRADICIÓN TRASHUMANTE.



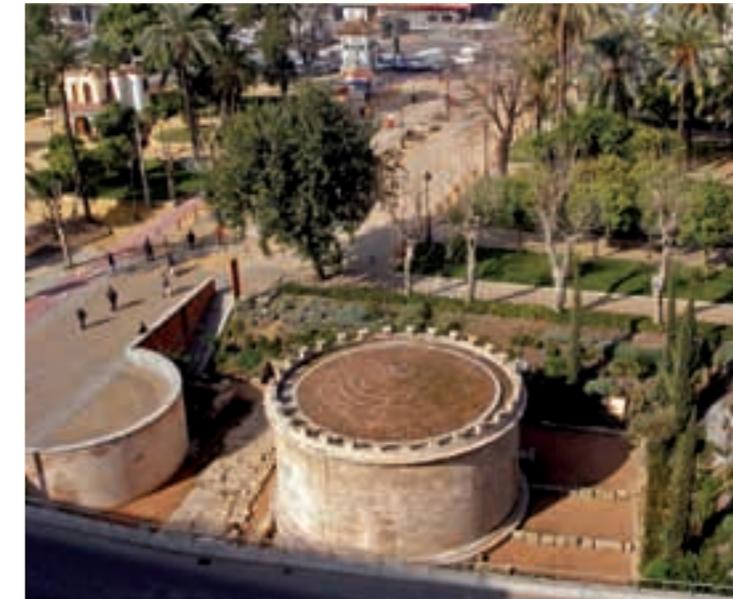
por la que se extraía el mercurio de Almadén hacia los puertos del sur. Esta vía del Azogue, entre Córdoba y el Calatraveño es más o menos coincidente con la Cañada Real Soriana, que está vinculada a través de cordeles y coladas con caminos como el Real de Córdoba a Toledo o con el antiguo de Guadal-Armillat, que subía por lo que hoy es el pantano del Guadalmellato, situado en los términos de Obejo y Adamuz.

Un dato muy importante en la relación entre calzadas y cañadas lo encontramos en una de las investigaciones del profesor José María Blázquez, quien en su obra, *Vías e itinerarios: de la antigüedad clásica*

☒ **El arado.** Desde tiempos de los iberos se roza el monte y avanzado el tiempo, el arado romano, la veredera y la yunta fueron un elemento imprescindible para realizar las tareas de desbroce y siembra en la dehesa.

☒ **Puerta Gallegos.** En pleno centro de Córdoba se pueden apreciar los restos de la calzada que llegaba hasta la capital procedente de Sevilla. Desde Córdoba, caminos como esta Vía Augusta partían hacia la sierra.

☒ **En Castuera.** Muestra de pilas de granito como las que aún se siguen usando en algunas dehesas para alimentar el ganado.



EL FUERO JUZGO VISIGODO ATENDÍA DE FORMA AMPLIA LAS NECESIDADES DE LOS PASTORES TRASHUMANTES.

a la *Hispania Romana*, sostiene que en la orilla norte del Guadalquivir, coincidiendo con la Vía Augusta, a la altura de Córdoba, había cinco puentes. Este dato es sumamente importante, sobre todo porque la Cañada Real Soriana oriental, como ya ha quedado reflejado, coincide en muchos tramos con la citada calzada –una de las más importantes de la Bética–. La existencia de cinco puentes constata un importante tránsito de viajeros, mercancías y también de ganados, que bajaban ya en esta época desde la Meseta hasta las llanuras y dehesas del Valle del Guadalquivir y Sierra Morena.

Una de las consideraciones más importantes a tener en cuenta cuando se habla de trashumancia se establece en que el traslado de reses por rutas concretas debe ser avalado por un poder político o económico

concreto. Esta circunstancia, advertida ya, según la mayoría de los autores, en época prerromana se hace evidente con el trazado de grandes redes de caminos que ayudan al traslado de reses y al mejor aprovechamiento de los pastos en Hispania. De toda esta tradición, y con la llegada de los visigodos, se sanciona el Fuero Juzgo o *Lex Visigothorum*, que regula en parte la libertad de tránsito de las reses. En este caso, la ley confirma lo que ya es una realidad en la Península. Según Klein, el Fuero Juzgo Visigodo atendía de forma amplia las necesidades de los pastores trashumantes que tenían acceso sin res-

✉ **Importancia.** Los puentes se convirtieron en elementos codiciados en épocas de lluvias, cuando los ríos alcanzaban su máximo caudal. La ausencia de estos en una calzada o cañada obligaba a los pastores y al ganado a dar rodeos o a esperar durante días a que bajara la corriente. En la imagen, pasarela de origen romano que comunicaba el norte de Sevilla con Extremadura por San Nicolás del Puerto, donde se encuentra.



tricciones a las tierras abiertas perteneciesen o no a la Corona, a las de los pueblos y a las de los particulares. Este mismo código contempla que los rebaños podían pastar en aquellos lugares que no estaban cercados. También regula este cuerpo legislativo de los siglos V y VI la imposibilidad de cortar los caminos o vías que favoreciesen el traslado de personas y de ganados. Se consideraba además delito construir paredes o labrar el entorno de las calzadas y se permitía el uso de las tierras baldías y de los barbechos para apacentar los rebaños.

Para la época de la llegada de los musulmanes a la Península Ibérica ya hay establecidos códigos y redes de comunicación de ganados consolidadas. Sierra Morena y de las sierras del sur del Valle del Guadalquivir, más alejadas de los grandes centros de decisión como Sevilla, Córdoba o Toledo que las localidades de las campiñas, se administraban mediante sus propias normas y en muchos casos surgieron asambleas de ganaderos cuya tradición perduraría incluso durante la dominación islámica. Y es que los musulmanes encontraron en Al-Andalus una orografía que hacía obligada la trashumancia,

y la mejor manera de realizarla era mediante estas agrupaciones de ganaderos, aunque desarrolladas mediante sus criterios. A principios de la Edad Media el aspecto de las llanuras interiores de Sierra Morena y del pie de monte de las Cordilleras Béticas sería un extenso pastizal adhesionado; es decir, libre de matorral y de árboles de pequeño porte, sólo los necesarios para hacer posible la regeneración de la masa forestal. Distintos autores coinciden en el aspecto sabaniforme de estos espacios abiertos. Antes de analizar cómo se produce el desarrollo de la ganadería en época islámica, es conveniente avanzar que los rasgos geográficos de la Península marcan tanto la conquista como la reconquista. Si observamos la distribución de las principales zonas montañosas de España, nos encontramos con una clara alternancia de cordilleras y llanos, todo en sentido horizontal. Valle del Guadalquivir, Sierra Morena, Meseta dividida entre el sur y el norte por los Montes de Toledo y el Sistema Central y Meseta norte son las unidades geográficas que se alternan en una sucesión de umbrías y de solanas, de llanos y monte, para cuyo aprovechamiento es

vital el traslado de las reses. Y no sólo es necesario el cambio que luego sancionaría la Mesta mediante la disposición de grandes cañadas, sino que los traslados entre comarcas son fundamentales para ganar rentabilidad. El Valle del Guadalquivir, con la agricultura más próspera y relevante de la Península desde tiempo de los romanos, es un lugar clave para conducir allí los ganados en verano, a las zonas de rastrojera, para realizar la denominada derrota de mieses. Ocurrirá algo parecido en las llanuras, que poco a poco van siendo deforestadas, de Alcudia o La Serena. Cualquiera que conozca la realidad ganadera de estos espacios es consciente de que las reses pueden bajar de las sierras en verano, tras la siega del cereal. Esto produce el abonado del terreno gracias al redileo o cambio de las majadas del rebaño y se evita el esquilmo de los pastos de sierra propiciando la regeneración de la capa arbórea.

Y es que el redileo o cambio de las majadas de las ovejas es la trashumancia más básica, pues se puede realizar dentro de una propia finca, mudando el ganado en función de la hoja que se quiere cultivar, lo que obliga a los pastores a ir cambiando su chozo en función de la ubicación de su cabaña. Estas acciones, cuando son comarcales, están constatadas en amplias zonas de Sierra Morena y de la Sierra de Ronda desde época musulmana. Son tan antiguas como las vías que subían entre Córdoba y Toledo por sendas como la citada de Armilat o como la de la Plata, entre Sevilla y Extremadura por la Sierra Norte y la Sierra de Huelva. En el caso de Ronda están catalogadas decenas de sendas y de veredas de origen antiquísimo, que comunicaban las campiñas de Morón de la Frontera, Carmona y Écija con los pies de monte de Olvera o el norte de la comarca de la Sierra de las Nieves.

EL REDILEO O CAMBIO DE LAS MAJADAS DE LAS OVEJAS ES LA TRASHUMANCIA MÁS BÁSICA, PUES SE PRODUCE DENTRO DE UNA PROPIA FINCA.

El Camino de Santiago por las dehesas del sur.

Los caminos que atraviesan las dehesas del sur están llenos de coincidencias. Buena parte de la Cañada Real Soriana se funde con la vía romana del Azogue, por donde se llevaba el mercurio desde las codiciadas minas de Almadén hasta *Corduba*, la capital de la Bética. La Senda del Rey de La Serena solapa en muchas partes a la antigua calzada que unía *Corduba* con la capital de la Lusitania, Emerita Augusta, y algunos de los caminos que unen el Valle del Guadiato con La Serena conducían de Sevilla a Toledo. En pleno esplendor de Al-Andalus, los mozárabes que deseaban peregrinar a Santiago de Compostela no encontraban problemas de rutas porque una densa red de calzadas les llevaba hasta la actual capital de Galicia. Hoy, la Asociación de Amigos del Camino de Santiago, que tiene su sede en Córdoba, ha

recuperado el denominado Camino Mozárabe desde Granada hasta el norte con un criterio histórico, según afirman en la web www.camino-mozarabe.es. Los miembros de este colectivo han diseñado además una serie de etapas que, precisamente, recorren vías pecuarias de primer nivel y atraviesan extensas dehesas de Los Pedroches y de La Serena hasta llegar a Mérida, donde se enlaza con la Vía de la Plata, que parte de Sevilla y, tras atravesar Sierra Morena, recorre de sur a norte toda Extremadura y Castilla y León hasta alcanzar Galicia. Se trata de realizar el Camino de Santiago atravesando las dehesas del sur. Una vez llegados a Córdoba procedentes de Granada, se parte desde la capital de la Mezquita en dirección norte por la Cañada Real Soriana, vía que aglutina y relaciona los cami-



Desde Monterrubio se parte hacia Mérida, atravesando pueblos que conservan sus fortificaciones como Benquerencia o Magacela.

nos históricos más importantes del norte de la Península Ibérica. Las primeras estribaciones llevan hasta Cerro Muriano y de ahí se parte hacia El Vacar, Villaharta, el Puerto Calatraveño, por donde se entra en Los Pedroches, y Alcaracejos. De esta última localidad, a través de la extensa red de caminos vecinales nos dirigimos hacia el oeste hasta Monterrubio de la Serena.

Habremos pasado por Villanueva del Duque, Fuente la Lancha, Hinojosa –en la imagen, abrevadero de granito situado a la entrada de esta localidad– y Belalcázar. Desde Monterrubio se parte hacia Mérida atravesando pueblos que conservan sus fortificaciones como Benquerencia o Magacela. Los paisajes de los que se puede disfrutar en este camino, que

también fue una frecuente ruta ganadera de traslado de reses desde la Sierra de Córdoba hasta tierras extremeñas, son variados. Del intrincado monte mediterráneo que protagoniza el ascenso de Córdoba hasta el Puerto Calatraveño se pasa a los olivares de montaña típicos de las sierras del sur de Los Pedroches. Luego se camina entre dehesas jóvenes y tras pasar Alcaracejos se abre el horizonte a llanuras cerealistas donde sobreviven encinas centenarias de arrugado tronco. Tras atravesar el Zújar, que hace frontera entre Córdoba y Badajoz, el camino mozárabe se adentra en las llanuras de La Serena, con sus característicos millares, herencia del pasado trashumante de la comarca. Todo es llanura y dehesa salpicadas por alguna serrezuela hasta que se llega a Mérida, destino final de las primeras etapas.

La llegada a la Península de pueblos como los bereberes fue fundamental para consolidar no sólo estas prácticas, pues los musulmanes se adaptaron a las costumbres y explotación de la tierra puesta en marcha por los romanos, sino para la mejora de la cabaña ganadera ibérica. Y es entonces cuando aparece el merino. Según Julius Klein, la versión más «aceptable» entre todas las que se dan para cifrar o catalogar el origen de la raza merina reside en que fueron los Beni-merines, integrados en el movimiento bereber que llegó a Al-Andalus una vez desmembrado el Califato de Córdoba –siglo XI– en Reinos de Taifas, los que trajeron y le dieron nombre a este tipo de oveja recia y de apreciadísima lana. Klein afirma que la estirpe merina era desconocida en España antes del periodo almohade, cuando llegan los Beni-merines, porque en obras dedicadas a la vida agraria y ganadera en la Península como *El libro de la agricultura*, de Abu Zacarías Ahmed, no aparece el término merino para nombrar a las ovejas de Al-Andalus. Aparte, Klein relaciona la forma de vida nómada de los pastores del norte de África con la tradición trashumante tan necesaria

en la Península para sacar el máximo rendimiento al ganado y a los pastos. Pronto los bereberes y su tradición ganadera se asentaron en zonas de la Península donde el manejo del ganado era una práctica habitual desde tiempos de los romanos. Tomaron las mesetas y amplias llanuras y valles de Sierra Morena y dejaron multitud de pruebas que han llegado hasta nuestros días. El Guad al-Barb o Río de los Bereberes, actualmente denominado Guadalbarbo, se abre paso entre las cumbres que delimitan el Valle del Guadiato con Los Pedroches y avanza en dirección sur por la Sierra Morena cordobesa. Esta zona, habitada por este pueblo, tal y como muestran los vestigios obtenidos unos diez kilómetros al norte del Guadalbarbo, en el despoblado de Kuzna, que está ubicado junto al nacimiento de río al que da nombre, confieren a las comarcas del norte de la provincia de Córdoba una relación clave con los pastores nómadas de tradición norteafricana. Pero la referencia más importante es la inclusión de todo este espacio en la cora de Fash al-Ballut. Esta *provincia* islámica se extendía por todo el

PRONTO LOS BEREBERES SE ASENTARON EN ZONAS DONDE EL MANEJO DEL GANADO ERA HABITUAL.

norte de la actual provincia de Córdoba, el sur de la Ciudad Real –Alcudia y Montes de Almadén–, por parte de la sierra norte de Sevilla y al sur de Badajoz. Fash al-Ballut, que quiere decir Llano de las Bellotas, es un topónimo que nos indica la importancia de la arboleda del género *Quercus* de esta tierra poco después de la llegada de los musulmanes a la Península. Si pensamos pues en el paisaje de este importante sector de Sierra Morena podemos interpretar que ya se trataba de un paisaje más o menos adeshado y desprotegido de la vegetación arbustiva, que dificultaría las tareas pastoriles de pueblos como los bereberes, acostumbrados a zonas menos frías, como las que se dan en el norte de África. El profesor Arjona



✉ **Bello alcázar.** Desde época musulmana, Gafiq ocupó un lugar destacado en Fash al-Ballut. Tras la Reconquista, Gafiq pasó a llamarse Gaete y después Belalcázar debido a la noble fábrica de su castillo, desde el que se articuló todo el poder de los Sotomayor en el sur de Extremadura y en el norte de la provincia de Córdoba.

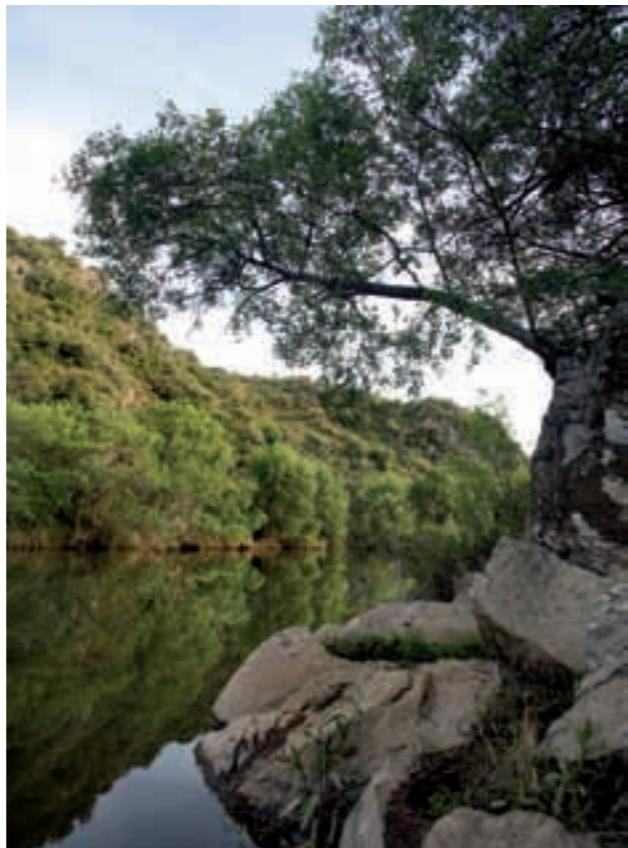
TRAS LA CAÍDA DE TOLEDO EN MANOS CRISTIANAS LA DELIMITACIÓN DE LA FRONTERA DEPENDÍA DEL ÍMPETU DE LAS CONTIENDAS.

Castro considera que el origen de la Cora de Fash al-Ballut se remonta, con este mismo nombre, a mediados del siglo VIII, aunque la primera mención de la cora, según el mismo autor, data del reinado de Muhammad I, en tiempos del Emirato de Córdoba. El profesor Juan Bautista Carpio recoge en su artículo *Los Pedroches y el despoblado Medieval de Cuzna* visiones sobre Fash al-Ballut de varios autores musulmanes, que definen esta tierra como una extensa y fértil región, donde existe un extenso llano rodeado de montañas. El carácter militar de esta cora, que servía de defensa por el norte de la ciudad de Córdoba y que protegía el acceso a todo el Valle del Guadalquivir potencia aún más su carácter ganadero. Y es que un bien móvil como la

convierte en una necesidad en los reinos cristianos por el avance de la conquista hacia el sur. El nacimiento de La Mesta como organización bajo el reinado de Alfonso X El Sabio fue un elemento vital para el fortalecimiento y la unidad de las tierras recién conquistadas por Castilla y León, pues al avance de las tropas y a la fijación de plazas fuertes en la Submeseta sur y en Sierra Morena se unió la necesidad de repoblar estos espacios de frontera, que se hallaban en constante peligro. El ganado, que es, como se ha dicho, un bien móvil, se convirtió entonces en la fuente de ingresos que acompañaba a los ejércitos, y fueron los ganaderos los primeros que se asentaron en las tierras del sur bajo dominio cristiano. En este punto, distintos

cabaña ganadera siempre se suponía más rentable en tierras sometidas a tensiones bélicas, donde las cosechas podrían ser arrasadas en una escaramuza, algo que no ocurría con el ganado, que podía ser trasladado.

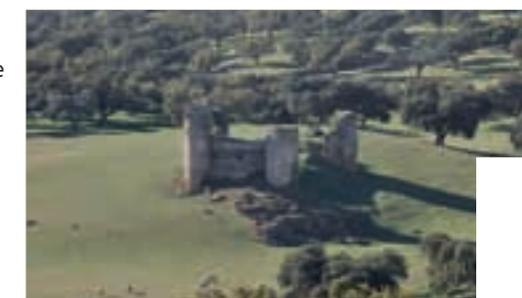
Y si la práctica de la trashumancia está constatada en el área musulmana, se



✉ **Un pasado ganadero.** Hoy no queda nada, pero junto al nacimiento del río Cuzna existieron una aldea y una fortaleza con ese nombre que estaban pobladas por bereberes, una tribu muy relacionada con el pastoreo nómada desde sus orígenes norte africanos. Cuzna fue una importante población de Fash al-Ballut, pues además estaba enclavada junto a la que fue calzada romana del Azogue, que unía Córdoba con Almadén.

autores que han abordado el nacimiento de la Mesta dan distintas versiones sobre su naturaleza. La opinión más extendida desde hace décadas, como defiende Klein, parte de que Alfonso X El Sabio reunió a todos los pastores del Reino de Castilla en el año 1273 y creó el Honrado Concejo de La Mesta. El cuerpo legal de la nueva organización incluía la regulación de las denominadas ya antes de su creación de como cañadas, que en sentido legal se constituían como el paso ganadero entre las zonas cultivadas de Castilla. El privilegio real fija la anchura de estos caminos fijos en «seis sogas de cuarenta y cinco palmas» o, lo que es lo mismo, 90 varas castellanas, que equivalen a unos 75 metros. Es en esta época también cuando, según Klein, se da forma legal a la situación de las sierras o zonas del norte desde donde partían los ganados a principios del otoño, y de los extremos o dehesas meridionales que servían de invernadero por su mayor benignidad climática. Máximo Diago, en *La Mesta en Castilla. Siglos XIII-XIX*, defiende por otra parte que hasta el momento ha sido imposible fijar si el origen de la Mes-

ta como organización es una medida que parte del Rey o si por el contrario es una iniciativa de pastores y ganaderos que luego es sancionada en forma de privilegio por la Corona de Castilla. Este autor sostiene que la tendencia de este gremio a asociarse para salvaguardar sus intereses está «ampliamente constatada» a mediados del siglo XIII y propició la proliferación de mestas locales, que serían luego tomadas como modelo para crear el Honrado Concejo. Y es que detrás de la intención de la Corona de regular la trashumancia estaba también el interés de obtener impuestos de una actividad hasta entonces no legislada y de gran extensión, por lo que se empezó a cobrar el denominado servicio de ganados a partir del reinado de Alfonso X el Sabio, según Máximo Diago. Charles J. Bishko, otro clásico del estudio de La Mesta nos da otra visión distinta: El Honrado Concejo surgió a partir del interés de los ganaderos y la Corona sólo tuvo que darle sanción legal. En 1212 se produjo la batalla de las Navas de Tolosa, que confirmó el declive definitivo del poder musulmán en la Península. Antes se habían producido impor-



✉ **Vigilante.** El castillo de Madroñiz, en El Viso, se ubica en una situación privilegiada, en la confluencia de los caminos que van de Castilla-La Mancha a Extremadura y de Andalucía a estas dos regiones. Es la fortaleza más septentrional de Andalucía.

✉ **En la frontera.** El castillo de las Torres, en el término de Monesterio, se levanta a escasos metros del límite entre Extremadura y Andalucía. Desde allí vigilaba las rutas entre ambas regiones.



✉ **En la ruta.** El castillo de El Real de la Jara, en la sierra sevillana y a un paso del límite con Badajoz, se constituyó en

una importante defensa de las vías pecuarias que bajaban desde Extremadura. Frente a éste y junto a una de las cañadas más

importantes de la zona se encuentra el de Las Torres, en Monesterio, ya en Badajoz.

tantes incursiones de los reyes castellanos en Sierra Morena. Tras la caída de Toledo, en el año 1085, en manos cristianas, estas expediciones fueron constantes y la delimitación de la frontera dependía del ímpetu de las contiendas. Antes de la citada batalla de las Navas de Tolosa, muchos enclaves de Sierra Morena se vieron sometidos a ocupaciones

momentáneas de tropas cristianas. Es el caso de las expediciones de la época de Alfonso VII en el siglo XII, cuando se llegó a conquistar Caracuel, Santa Eufemia, Almodóvar del Campo, Mestanza, Pedroche y otros importantes enclaves y castillos de las sierras existentes en el límite actual de Córdoba con Ciudad Real y Badajoz.

La conciencia ambiental en el siglo XVI.

Quienes piensen que la conciencia ambiental es algo contemporáneo se equivocan. Las dehesas del sur se han conservado por el celo puesto en siglos pasados por muchos labradores, nobles, concejos y otros propietarios, que sabían que su futuro dependía de este árbol centenario dada la pobreza de las tierras del suroeste español. El 23 de septiembre de 1598 se

firmaron en Madrid unas ordenanzas emitidas en Torremilano –hoy Dos Torres– que servirían para regular la administración y conservación de las dehesas de las Siete Villas de Los Pedroches. En una copia de este documento, que se conserva en el Archivo Histórico Municipal de Pozorribo dada la pobreza de las tierras del suroeste español. El 23 de septiembre de 1598 se

firmaron en Madrid unas ordenanzas emitidas en Torremilano –hoy Dos Torres– que servirían para regular la administración y conservación de las dehesas de las Siete Villas de Los Pedroches. En una copia de este documento, que se conserva en el Archivo Histórico Municipal de Pozorribo dada la pobreza de las tierras del suroeste español. El 23 de septiembre de 1598 se

«Ordenaron que en las encinas de la Jara no se pueda cortar ninguna de ellas para su aprovechamiento más de la tercera parte del ramaje»

firmaron en Madrid unas ordenanzas emitidas en Torremilano –hoy Dos Torres– que servirían para regular la administración y conservación de las dehesas de las Siete Villas de Los Pedroches. En una copia de este documento, que se conserva en el Archivo Histórico Municipal de Pozorribo dada la pobreza de las tierras del suroeste español. El 23 de septiembre de 1598 se

firmaron en Madrid unas ordenanzas emitidas en Torremilano –hoy Dos Torres– que servirían para regular la administración y conservación de las dehesas de las Siete Villas de Los Pedroches. En una copia de este documento, que se conserva en el Archivo Histórico Municipal de Pozorribo dada la pobreza de las tierras del suroeste español. El 23 de septiembre de 1598 se

Esta inestabilidad, propia de unas tierras que fueron frontera durante más de un siglo, propició una despoblación más o menos importante de toda el área norte de las provincias de Huelva, Sevilla y Córdoba y, como consecuencia de ello, se formaron los grandes espacios adeshados, siendo la ganadería el medio de subsistencia más propicio para una zona inestable y con poca población. Aparte,

está constatado que tras la conquista del Valle del Guadalquivir entre 1236 y finales del siglo XIII la mayor parte de la población que repuebla Andalucía prefiere las fértiles vegas y las Campiñas antes que las sierras o las tierras pobres de las llanuras situadas al norte. Los ganaderos del norte de Castilla debieron considerar que con la conquista se habían liberado grandes áreas de pastos al norte del Valle

garantizaba la regeneración del arbolado. Las ordenanzas entienden por encina «todo aquel árbol cuyo tronco es de más grosor que el muslo de un hombre» y por debajo se considera «chaparro», cuya corta estaba también penada. Con respecto a las rozas, el documento reza: «Ordenamos que las tierras que sembraren los labradores al tiempo de rozar del monte dejen chaparros en los montes que tocaren al menos a trecho de

sesenta pies del uno al otro». También se regula el tiempo de las podas, que queda prohibido entre mediados del mes de abril hasta noviembre y se especifica que está prohibido hacer fuego en las rozas porque «se queman muchos chaparros nuevos». El aprovechamiento de la bellota mediante el vareo y la

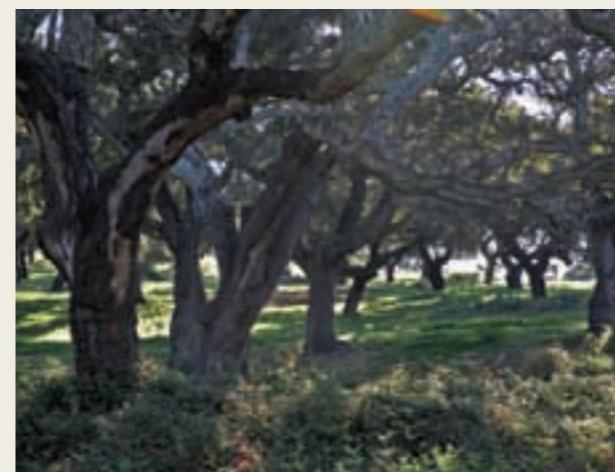
«Ordenamos que las tierras que sembraren los labradores al tiempo de rozar del monte dejen chaparros en los montes»

siembra se regula en las ordenanzas 9 y 10. La primera de éstas dice: «Otro sí ordenaron que porque hay muchas personas y son tales que se atreven a varear las bellotas en los labrados como en la dehesa de La Jara antes de tiempo

sea que está hallado haciendo lo susodicho 100 maravedíes repartidos en la manera susodicha». En cuando a la ordenanza número 10, impide que se realicen cercados ilegales en las siembras para aprovechar la bellota: «Otro sí porque se ha visto muchas veces que algunos labradores maliciosamente al tiempo que la sementera es temprana por tomar u ocupar encinas con bellotas comienzan a sembrar en los bechos y restrojos en muchos

del Guadalquivir y que allí había una densidad de población muy baja. Pero las Órdenes Militares y los concejos rurales y los de ciudades como las de Córdoba y Sevilla, que fueron ganando poder a finales del siglo XIII, dificultaban la entrada del ganado foráneo, de ahí que se planteara entre los ganaderos y la Corona la creación de Honrado Concejo de La Mesta, una intención que obtuvo

respuesta regia con la dotación de un cuerpo legal bajo el mandato de Alfonso X. A finales del siglo XIII se producen las repoblaciones, un fenómeno que, en el caso de Sierra Morena, no está tan documentado como en el Valle del Guadalquivir. Pero sí se sabe que importantes zonas de las sierras de Huelva, de Sevilla y del sur de Badajoz fueron incorporadas a la jurisdicción de la capital



pedazos cercando en medio de lo arado encinas con bellotas, lo cual es en perjuicio de los vecinos de estas villas, ordenaron que ninguna persona sea osado de cercar en la forma dicha ninguna encina salvo las que pudieren tomar arando guardando y siguiendo su besana so pena de 200 maravedíes». La madera era otro bien codiciado en el siglo XVI no sólo para hacer fuego, también para construir viviendas. Las

vigas de encina eran las más apreciadas y contra la costumbre que tenían algunos de vender los troncos fuera las ordenanzas dicen: «Que ninguna persona pueda llevar ni lleve madera fuera de este término de Córdoba si no fuere para su heredad y el que la llevare y sacare del término de Los Pedroches sea obligado a traer testimonio de cómo la dicha madera queda para gastarse en el término de Córdoba o en su he-

redad so pena de 300 maravedíes por cada anquilón, por viga que sacare y si fuere otro palo menor o ripia 150 maravedíes». Pero la conservación que fijan las ordenanzas no sólo afecta a las encinas, además se hace referencia a fresnos y a otros árboles de porte como objetivo. «Otro sí ordenaron que cualquier que cortare fresno por el pie en la dehesa de la Jara o en otra cualquier parte de todo el término de las Sie-

te Villas incurra en pena de 400 maravedís por cada rama, de 20 maravedís si fuere para edificio o carreta u otra labor y con licencia del concejo donde fuere vecino o procediendo información de la necesidad que tiene el tal vecino aplicada la pena según de su uso». La escasez de agua es un problema patente en la comarca y así se aprecia en las ordenanzas. Los pozos diseminados por la dehesa no siempre

hispalense. También está constatada la repoblación de importantes enclaves del sector occidental de Sierra Morena por gentes llegadas de León, Salamanca, Zamora y Cáceres fundamentalmente. En el caso del área central de esta alineación montañosa, en el norte de Córdoba y en el Valle de Alcudia, los términos de la repoblación están más difusos. En el espacio de Ciudad Real, encontramos

la progresión de la población castellana hacia el sur, pero en Los Pedroches y el Guadiato, aparte de las localidades con más antigüedad como Belalcázar, Pedroche, Fuente Obejuna o Belmez, indagar en el crecimiento poblacional es más complicado. En el caso de Los Pedroches, por tradición oral, ha llegado hasta nuestros días que el azote de la peste y la búsqueda de nuevos pastos por parte de las gentes

eran suficientes para abreviar el ganado y el problema se incrementaba cuando los sembrados cubrían los mantiales y no podían entrar las reses. Conscientes de este caso, los concejos regularon la administración del agua en las dehesas. «Porque muchas veces acaece que los labradores ocupan aguaderos así de pozos como de arroyos con los panes que siembran tomando los dichos aguaderos en medio de los sembra-

dos de cuya causa los ganados no se pueden aprovechar de los dichos aguaderos y padezcan necesidad de agua, ordenaron que de aquí en adelante todas y cualquiera de las personas vecinos de las dichas villas o de otras partes

Los pozos diseminados por la dehesa no siempre eran suficientes para abreviar el ganado.

que los términos de ellos ocuparen con los sembrados algunos aguaderos sean obligados a dar desembrados los dichos aguaderos para el día de Santiago en cada año para que los ganados los puedan gozar y beber de ellos y si

por el dicho día de Santiago los dichos labrados no tuvieren desembarazadas los dichos aguaderos que los ganados puedan entrar por los rastrojos sin pena alguna a los dichos aguaderos». La caza, el nombramiento de los guardas por cada concejo y la regulación de las multas son otros puntos de unas ordenanzas que son muestra del aprecio que los vecinos de Los Pedroches tenían por sus dehesas.

de Pedroche fue la causa de la fundación de la mayoría de las Siete Villas de Los Pedroches, que mantuvieron comunidad de pastos hasta el siglo XIX. Pero hasta qué punto estas poblaciones no se engrandecieron aún más con la llegada de personas de Castilla y León, pastores trashumantes o labradores que buscaban nuevas tierras en una época de crisis como fue el siglo XIV. Las poblaciones crecerán en este área de Sierra Morena de forma considerable en los siglos XV y XVI.

Cincuenta años después de la conquista de Sierra Morena y del Valle del Guadalquivir, entre los años 1250 y 1400, aproximadamente, está confirmado que la densidad de población de las sierras era bastante baja. A la situación creada tras la marcha de los musulmanes y al fracaso repoblador del que hablan distintas fuentes, hay que sumar el azote de la peste a mediados del siglo XIV y la crisis genera-

lizada de este siglo. Multitud de topónimos de época musulmana desaparecen y otros quedan despoblados. En cualquier caso, la trashumancia y la llegada de personas a estas tierras desiertas por las largas décadas que mantuvieron un carácter de frontera va haciendo efectivo un crecimiento de las villas y de las aldeas de Sierra Morena. José Luis Martín, en *La tierra de las contendas; Notas sobre su evolución*, estima que durante el siglo XV se aprecia una recuperación demográfica en lugares de la Sierra de Huelva y cita que en Encinasola, de ser un lugar con apenas población, se pasa a contar con 190 vecinos en 1486, todo ello

✉ **Miramontes.** El castillo de Santa Eufemia está justo en el centro de lo que fue la Cora de Fash al-Ballut, que se extendía desde el sur de Ciudad Real al norte de la Sierra Norte de Sevilla pasando por el sur de Badajoz y todo el norte de Córdoba.



HASTA QUÉ PUNTO ESTAS POBLACIONES NO SE ENGRANDECIERON AÚN MÁS CON LA LLEGADA DE PERSONAS DE CASTILLA: PASTORES TRASHUMANTES.

ENCINASOLA, EN LA SIERRA DE HUELVA, DE SER UN LUGAR CON APENAS POBLACIÓN, PASA A CONTAR CON 190 VECINOS EN 1486.

favorecido por el cese de las hostilidades entre castellanos y portugueses en esta frontera. El paisaje de estos 'estremos', según Martín, era natural al principio y se transformó con mucha lentitud. De la vegetación espontánea se pasó a la configuración de dehesas donde los lugareños apacentaban sus ganados. Los vecinos de estas tierras luchaban entonces por establecerse en ellas mediante la instalación de chozos permanentes por la creciente dinamización ganadera de la zona, donde son crecientes los testimonios de cañadas, zahúrdas y mestas locales como la de Aroche y las referencias al carácter ganadero de estas sierras.

Con la definición a mediados del siglo XV de las poblaciones que han pervivido hasta nuestros días,



comienza una nueva etapa que influye de forma definitiva en la configuración de la estructura de las dehesas del sur, tanto de las de Sierra Morena como de las de la Sierra de Ronda, reconquistada más tardíamente. La existencia de las tierras comunales, de los baldíos, de los señoríos y de las propiedades realengas marca absolutamente la conservación de las dehesas y la configuración de las rutas de ganado desde el final de la Edad Media hasta mediados del siglo XIX, cuando tienen lugar las desamortizaciones, la abolición de los señoríos y la desaparición de La Mesta como entidad.

Tras la reconquista del sur de la Península y duran-

te todo el periodo repoblador, que tuvo más éxito en el Valle del Guadalquivir que en las sierras que lo rodean, los Reyes de Castilla otorgaron bienes y tierras a los vecinos para estimular su asentamiento y garantizar su subsistencia. Los concejos, antecedente de los ayuntamientos, regulaban la gestión de estas fincas mediante ordenanzas y castigaban el mal uso de los bienes. Se crearon montes comunales, para cuyo orden se establecían mancomunidades de pastos. En el caso de Sierra Morena y de la Sierra de Ronda, estos comunales se explotaban junto a los baldíos que se dedicaban sobre todo a la ganadería, a la colocación de colmenas, a la caza e



✘ **La nueva Castilla.**

El empuje de la conquista cristiana hacia el sur comenzó con la toma de Toledo en 1085. A partir de ese momento, el Campo de Calatrava, el Valle de Alcuía, Los Pedroches e incluso alguna población

de la Sierra Morena cordoba quedaron a merced de las tropas cristianas, que llegaron hasta Santa Eufemia y Pedroche en 1155. Desde ese momento, y pese a los constantes vaivenes de la frontera, comenzaron a desarrollar-

se aldeas dedicadas a la roza de la dehesa y a la ganadería, el bien móvil más útil en tiempo de guerra. En la imagen, templo de la Asunción, en Almodóvar del Campo, uno de los principales centros ganaderos de aquel tiempo.

✘ **Nuestra Señora de Armenteros.**

Las órdenes militares tuvieron una importancia vital en el desarrollo de las poblaciones ubicadas en las dehesas del sur como Cabeza del Buey, donde tuvo mucho peso Alcántara.

incluso a la pesca. Existen ejemplos de este tipo de propiedades en las sierras de Huelva y de Sevilla, que estaban bajo la vigilancia de la capital hispalense. Buena parte de la tierra de Aroche, Cortegana o Aracena se encontraba en este régimen y casi todos los municipios de la sierra norte tenían tierras comunales vigiladas desde la antigua capital del reino. En el caso de Córdoba, estas tierras se extendían en grandes dehesas como la de La Jara, en Los Pedroches, o baldíos como la Dehesa de la Concordia, en el corazón de Sierra Morena, junto a la localidad de Obejo. Este tipo de propiedad provocó multitud de pleitos por los abusos de los labradores más pudientes por la entrada en escena del poder de los señoríos, que se multiplicaron en el siglo XV, y por las diferencias en la gestión que sobrevenían de la relación entre el concejo de la capital y la administración por parte de las villas. Esta especial configuración de la propiedad de la tierra propició sin embargo la conservación y el crecimiento de la dehesa, que estaba directamente regulada por el poder local. Un régimen de propiedad como el actual quizá hubiera supuesto la extensión

de las roturaciones hasta el límite de hacer desaparecer el arbolado mediterráneo. Mención aparte merecen los casos de La Serena y de Alcudia, donde las órdenes militares tuvieron un gran peso específico en la configuración de la propiedad después del siglo XIII. La influencia de estas organizaciones religioso-militares –Alcántara en el caso de la comarca extremeña, y Calatrava en el caso de la castellano-manchega– perduró hasta el siglo XIX y marcó decisivamente tanto la estructura de la propiedad como la definición de la dehesa y de la trashumancia en estos espacios. El motivo de las cesiones a las citadas órdenes militares de estas extensas tierras de pastos no era otro que el agradecimiento a la colaboración en las conquistas desarrolladas entre mediados del siglo XII y principios del XIII. Así, en los años posteriores a 1230, vemos como distinguidos personajes de La Serena a los maestros Arias Pérez o Pedro Yáñez que ya gestionan tierras en Trujillo, Magacela, Zalamea o Benquerencia. José Maldonado explica en su obra *Arquitectura en las dehesas de La Serena* cómo el territorio quedó dividido en tres partes: la primera

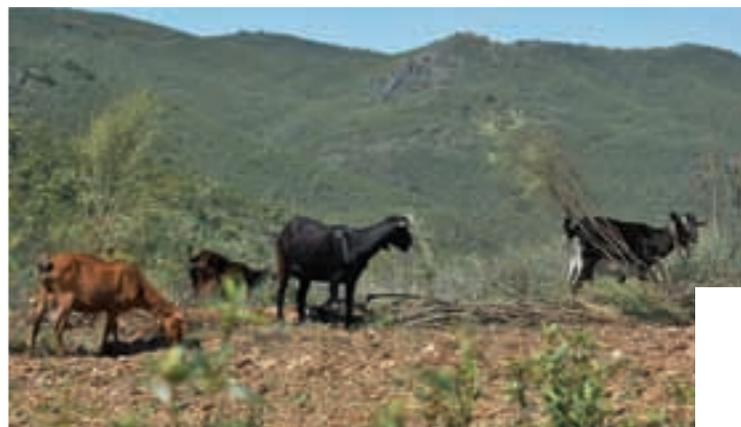


✉ **Entre Castilla y Portugal.** Aroche es una de las poblaciones con más peso en la historia de la Sierra de Huelva, pues sus dehesas y montes fueron objeto de deseo de castellanos y portugueses, que mantuvieron largos litigios desde el final de la Reconquista hasta entrada la Edad Moderna.

LA CONFIGURACIÓN DE LA PROPIEDAD PROPICIÓ LA CONSERVACIÓN DE LA DEHESA, QUE ESTABA REGULADA POR EL PODER LOCAL.

pertenecía al maestre de la orden, la segunda a los encomenderos o destacados caballeros vinculados a la orden que aprovechaban las tierras para su uso y disfrute y la tercera parte quedaba en posesión de los concejos como bienes comunales o de propios para su uso y disfrute particular. A cambio, los vecinos abonaban un diezmo a la denominada Mesa Maestral. Pero a partir de 1494, el maestre Pedro de Zúñiga capituló a favor de la Corona y el maestrazgo de la orden pasó al rey con lo que la primera de estas partes era privilegio real y comenzó a llamarse Real Dehesa de La Serena. Los vecinos, según lo ya apuntado, sólo tenían derecho a las zonas de baldíos o de peor calidad: el denominado por Madoz en el siglo XIX como *Valdiaje* de La Serena, que tenía una extensión de 102 millares –cada mi-

llar alcanza en torno a unas 1.000 hectáreas–, mientras que los caballeros de las órdenes militares, los maestros y la Corona solían arrendar buena parte de sus tierras a los pastores que llegaban desde el norte o bien a ganaderos locales, algo que ocurría en menor medida. El paisaje de lo que antaño fue la Real Dehesa de La Serena y sus baldíos y propiedades aparece hoy devastado y sin encinar, quizá por la sobreexplotación a la que fue sometido en el pasado y también debido a que son suelos de poco fondo y pizarrosos. No obstante, generan unos pastos para el ganado finos y de excepcional calidad, según se cita en distintos tratados y obras relacionadas con la trashumancia en La Serena. Y es que los dere-



✉ **La Contienda.** El ganado, sobre todo ovino y caprino, sigue pasando por las veredas y caminos que atraviesan las tierras denominadas de La Contienda, bienes comunes explotados por colonos y centro de las luchas entre Castilla y Portugal, de ahí el nombre de la zona.



La Banda Gallega, frontera de Andalucía.

Aroche, Encinasola, Cumbres Mayores, Cortegana, Aracena, Santa Olalla del Cala, Alanís, El Real de la Jara o Constantina son algunas de las fortificaciones más importantes de la Banda Gallega, ideada tras la conquista de estas tierras a los musulmanes como un sistema defensivo firme contra las incursiones de los portugueses y dedicada a la salvaguarda de las importantes rutas que partían desde Sevilla, la capital del reino más occidental de Andalucía, hacia el norte. Estas sierras fueron durante siglos una de las fronteras más peligrosas del sur. Cuando estaban en poder de los musulmanes y tras la caída del Califato de Córdoba en el año 1031, comenzó un avance

cristiano que para el siglo XII llegó a amenazar estos espacios. Almorávides y almohades comienzan a desarrollar un programa de construcción de castillos para defenderse del empuje que llegaba del norte, pero ya en el siglo XIII a partir de las conquistas de Córdoba y de Sevilla en 1236 y 1238 respectivamente, los musulmanes quedan reducidos al Reino de Granada y ya no son una amenaza. Ahora el peligro es Portugal. Los castellanos aprovecharán entonces todas las fortificaciones islámicas e incluso se levantarán otras nuevas durante el reinado de Sancho IV: Cum-

bres Mayores y Santa Olalla del Cala. La mayor parte de estos castillos son de fábrica sólida y suelen incluir ermitas o edificios religiosos, como es el caso de los de Alanís, Cortegana o Aracena. Su misión, con el tiempo, derivó de la vigilancia de Portugal a la consolidación del poder de la ciudad de Sevilla y de la nobleza en el territorio y fueron por ello objeto de luchas entre grupos de nobles. No obstante también tuvieron una clara

vocación de custodia de la importante red de caminos y cordales que discurren entre Huelva y Sevilla y que unen el sur de Badajoz con Sierra Morena. Una de las fortificaciones donde mejor se aprecia esta vocación es en la de El Real de la Jara. Desde sus almenas, que distan de la frontera con Badajoz apenas 300 metros se ven los caminos flanqueados por paredes de piedra y protegidos desde las alturas por esta imponente fortaleza y por la de Las Torres, de Monesterio, situada justo al frente. Como aún siguen pastando ganados en

las faldas del castillo no resulta complicado viajar a otra época y ver cómo llegaban los pastores leoneses hasta tierras sevillanas por la antigua Ruta de la Plata.

La sensación que se tiene en Alanís o Aracena es similar. Desde estas fortificaciones se controla la pequeña barrera montañosa que separa Andalucía de Extremadura al norte, mientras que al sur se ven los amplios valles poblados de encinares y monte bajo. La ruta de los castillos de las Sierras de Huelva y de Sevilla se puede prolongar en dirección a Fregenal de la Sierra por el oeste y hacia Santa Eufemia y Madroñiz por el este. Así habremos recorrido Sierra Morena desde Alcudia hasta Portugal.

La sensación que se tiene en Alanís o Aracena es similar. Se controla la barrera montañosa que separa Andalucía de Extremadura.

chos de arrendamiento de la tierra que obtuvieron los pastores vinculados a La Mesta estaban cerca de la propiedad gracias a disposiciones legales como la denominada Ley de Posesión, dictada mediante Real Cédula en 1501 y por la que los arrendatarios asumían derechos de los que no podían ser desprovistos nada más que en situaciones puntuales como el impago de las rentas o la enfermedad del ganado. Esta situación generó permanentes situaciones de conflicto entre los serranos, o ganaderos venidos desde León y Soria fundamentalmente, y los propietarios locales o riberiegos, que veían cómo apenas quedaban tierras para apacentar sus reses por culpa de los arrendamientos exclusivos y por la gran cantidad de fincas que se encontraban en manos muertas o bajo privilegios reales o religiosos. Maldonado Escribano recoge en su obra las apreciaciones de Madoz en las que se refiere a la necesidad que tenían los vecinos de dar comida a sus ganados en las dehesas que circundaban los pueblos. Dice el autor del diccionario estadístico del siglo XIX que «no teniendo los pueblos bastantes pastos para sus ganados, ni tierras para el sos-

tenimiento de su labranza, y haciendo muchos y considerables servicios a la orden obtuvieron de esta dehesa ciertos derechos, siendo uno de ellos el Valdiaje de La Serena en los millares en los que no pastaba la cabaña del maestro, desde el 16 de marzo hasta el 18 de octubre, y que le diesen tierras de labor, cuyos derechos se fijaban después por Real Cédula de 17 de septiembre de 1734, en la tercera parte de la real dehesa, en las tierras más inmediatas a los pueblos, con la precisa condición de hacer constar que así los necesitaban después de ocupados sus respectivos propios y baldíos, porque el sobrante quedaba para ganaderos trashumantes y mesteños».

En la llanura de Alcudia ocurrió algo similar con las dehesas, que fueron entregadas a la orden de Calatrava tras la reconquista. Los caballeros pertenecientes a esta organización recibieron en el año 1189 la propiedad y por tanto la responsabilidad de repoblar los pagos del Valle de Alcudia y del que luego se denominaría Campo de Calatrava, situado más al norte. La mayor parte de los repobladores que llegaron a estas zonas provenían de Castilla



☒ **Defensor solitario.** El castillo de Almorchón, un nudo estratégico de comunicaciones entre Badajoz, Ciudad Real y Andalucía, sigue hoy vigilando la ruta pese a su estado ruinoso.

y de Navarra y a estos se les ofrecían tierras para que apacentaran su ganado. Sin embargo los pastos que se entregaron mediante regímenes de baldío o como dehesas comunales a las poblaciones fueron los de peor calidad, reservándose la orden militar los mejores predios. Ya en el siglo XIII comenzaron los problemas, que se acrecentaron con los incrementos demográficos del siglo XVI y con la constante llegada de los ganados trashumantes del norte de Castilla, que ocupaban las mejores tierras en detrimento de los ganaderos locales. Pero aparte de los problemas que se provocaron, este continuo trasiego de reses y de hombres estrechó enormemente las relaciones entre las dos Castillas y tradiciones del norte llegaron en muy buenas condiciones de conservación, valga la expresión, hasta el sur, de ahí pasaron a Los Pedroches y a muchos puntos de Sierra Morena que, como se ha dicho, se

convirtió en una especie de frontera sur de la influencia castellano-leonesa e incluso gallega, como quedará constatado en otro de los capítulos de esta obra.

El paisaje devastado que muestran hoy las dehesas de buena parte de Alcudia, sobre todo en el entorno de la aldea de La Bienvenida, se debe, como ocurrió en La Serena, al sobrepastoreo al que estas tierras fueron sometidas durante siglos, aunque en el caso de Alcudia habría que añadir el uso de las encinas de estas dehesas como materia prima de las grandes vigas que entibaban las minas de Almadén. Desde el siglo XVI, el arbolado de Alcudia pasó a formar parte de la Corona, al igual que la Real Mina de la citada localidad, y eso hizo que fueran arrancados cientos de encinas y de alcornoques.

Tanto en el caso de las dehesas de La Serena como en las de Alcudia, a partir del siglo XVIII, siguie-

LOS CABALLEROS DE CALATRAVA RECIBIERON EN EL AÑO 1189 LA PROPIEDAD Y LA RESPONSABILIDAD DE REPOBLAR LOS PAGOS DEL VALLE DE ALCUDIA.

ron un paulatino proceso de ventas y desamortizaciones que acabaron con los privilegios mesteños y con el carácter exclusivo y privilegiado que habían tenido tanto la Corona como las órdenes militares de estas tierras. Fue el momento en el que muchos nobles, grandes propietarios e incluso especuladores se hicieron con miles de hectáreas en ambas comarcas, fincas que hoy siguen siendo enormes latifundios ganaderos.

Pero antes de que ocurriera todo esto, para finales del siglo XV, en pleno reinado de los Reyes Católicos, ya encontramos un paisaje totalmente definitivo, un espacio adeshado y unas formas de producción ganadera muy particulares. Son tierras comunales, señoríos, concejos y demás elementos que influyen en la vida cotidiana de la población y conforman una estructura a la que hay que sumar prácticas ganaderas como la de la trashumancia, que en esta época se encuentra en pleno esplendor por el crecimiento de la influencia de La Mesta, que durante el siglo XVI alcanza su culmen de extensión y de beneficios. Sierra Morena y la Sierra de Ronda tienen su configuración territorial prácti-

LA SIERRA DE HUELVA Y LAS POBLACIONES DEL NORTE DE SEVILLA MANTIENEN FUERTES VÍNCULOS TERRITORIALES CON LA CAPITAL ANDALUZA.

camente definida. La Serena y el Valle de Alcudia llevan ya décadas bajo el influjo de las órdenes militares, la Sierra de Huelva y las poblaciones de la Sierra de Sevilla mantienen fuertes vínculos territoriales con la capital andaluza y son entregadas a señoríos o se convierten en realengo y mantienen litigios con Portugal a costa de las denominadas tierras de La Contienda. Los Pedroches ha quedado dividida en dos señoríos: Belalcázar y Santa Eufemia y un realengo: las Siete Villas de Los Pedroches. La Sierra Morena cordobesa y el Valle del Guadiato también alternan la influencia nobiliaria con el dominio de la ciudad de Córdoba y su influyente nobleza. Mientras, en Ronda, una de las últimas zonas en ser reconquistada, se alternan también dominios

✉ **Más frontera.** Vista del Castillo de Santa Olalla del Cala, de evidentes resonancias norteñas y a medio camino entre Portugal, Extremadura, Sevilla y Huelva.

✉ **El sonido de las esquilas.** Alrededor de la ganadería ovina se estableció todo un sistema de cañadas, puertos, pasos e impuestos después de la conquista de los valles y sierras del suroeste peninsular entre los siglos XII y XIII.



y se fragua poco a poco una repoblación que llega algo más tarde, pero que también está compuesta por un fuerte elemento castellano y del Valle del Guadalquivir.

Los Reyes Católicos aplicaron una política favorable a los intereses de los ganaderos. En esto coinciden quienes más han investigado sobre La Mesta y la trashumancia en esta época. El profesor Diago Hernando sostiene que durante los últimos siglos del medievo la trashumancia se desarrolló con unas condiciones muy favorables. Las nuevas tierras conquistadas, como era el caso de la Serranía de Ronda, o muchos lugares de Sierra Morena que

seguían sin repoblar o donde estos procesos habían fracasado tras las epidemias de la Peste de finales del siglo XIV, tenían una demografía muy baja y eso no propició en principio litigios entre los trashumantes y los vecinos de los pueblos. En esta época tampoco era necesario que los criadores presionaran a la Monarquía con más privilegios, tal y como indica en su obra Diago Hernando, porque todavía los pastos y las siembras no eran un bien escaso. Y en caso de conflicto, según las tesis de Julius Klein, los Reyes Católicos decidieron decantarse por los ganaderos debido al enorme potencial comercial que suponía la lana en los mercados.





Durante los siglos XVII y XVIII, la trashuman-
cia pasa por momentos de dificultad que se van
incrementando conforme avanzan los años. En el
siglo XVIII, con la llegada de la Ilustración y de los
Borbones, los cambios son sustanciales y La Mesta
se encamina hacia su final porque se ve en ella una
de las causas del retraso de la economía castellana,
que siempre estuvo a merced del proteccionismo
ganadero. En el siglo XIX, concretamente en 1836
queda abolido el Honrado Concejo de La Mesta
como institución y se abre la senda a la progresiva
desaparición de las cañadas y de los privilegios
ganaderos. Es a partir de entonces cuando cambia
buena parte del sistema de explotación del campo
español, algo que incidirá definitivamente en el
paisaje. Y es que el aumento de la población genera
cada vez más competencias entre los vecinos de
los pueblos y los trashumantes. Pero como éste no
es un libro de historia no cabe profundizar mucho
más en este aspecto y sí en las consecuencias en el
paisaje que tuvo este sistema de explotación de la
dehesa y de las fincas de las zonas donde la trashu-
mancia fue frecuente a los largo de los siglos. Sin

☒ **Triste abandono.** Es lastimoso que
una construcción tan significativa
como la de la imagen, la casa del
marqués de Perales, en el corazón de
La Serena, se encuentre en estado
de ruina. Este noble fue uno de los
grandes propietarios de millares en
esta comarca, donde pastaban sus
miles de ovejas en el siglo XVIII.
De aquel pasado sólo quedan los
muros.

embargo, habría destacar que tras la reconquista, con la repoblación y la trashumancia, se generó una tradición, unas costumbres, una forma de hablar y una identidad en las dehesas del sur, en las de la frontera de Andalucía, que son clave a la hora de entender la personalidad única de estos pueblos.

CAMBIOS EN PROPIEDADES Y PAISAJE.

Los pueblos y ciudades de las dehesas, como consecuencia de los distintos procesos de venta, desamortizaciones y adquisiciones de las tierras que constituían bienes comunales, de propios y baldíos, fueron configurando una estructura singular

Encuentros de compraventa en ferias y mercados.

El origen de las ferias actuales, de carácter eminentemente festivo, reside en la ganadería y en el trato, puntos claves de la economía rural, tan apartada de los grandes centros de decisión. A las ferias se podía acudir como comprador, como vendedor o como tratante, figura esta última decisiva en las relaciones entre los productores y su presencia en el mercado. La feria ganadera por excelencia de las dehesas del sur fue

desde finales de la Edad Media la de San Miguel de Zafra. Situada en un punto estratégico, en el camino de Castilla y León, muy cerca de Portugal y muy bien comunicada con urbes como Sevilla o Córdoba, esta ciudad mantiene el pulso de su certamen anual a finales de septiembre por mucho que los usos y costumbres gana-

deros hayan cambiado. Antaño, Zafra era el punto de referencia de muchos ganaderos trashumantes, pues en las cercanías de esta ciudad pacense se encuentran algunas de las cañadas más importantes de La Mesta. Zafra es al sur lo que Medina del

Campo al norte. Pero no hay que centrarse sólo en esta feria, puesto que cada población, por pequeña que fuera, tenía su rodeo de ganado en el que se vendían animales de carga y tiro, aperos y ganados de todo tipo. Mercados como

los de Villanueva de Córdoba, Pozoblanco, Hinojosa del Duque, Fuente Obejuna, Belmez, Montoro, Constantina,

Cazalla, Guadalcanal, Aracena, Aroche, Almodóvar del Campo o Castuera siguen teniendo aún cumplida fama, puesto que aunque ha cambiado el carácter ganadero por el festivo, en la mayoría de los casos se mantiene parte de la tradición de corredores, rodeos y tablaos donde se compran y venden animales entre copas de vino y cañas de cerveza.

En Zafra conviven la feria ganadera con la festiva, pero en

de sus términos municipales definidos, sobre todo, a mediados del siglo XIX. Las dificultades que la mayoría de los vecinos tenían para acceder al cultivo de las dehesas hicieron que en la subsistencia familiar jugara un papel muy importante el cultivo de los ruedos de la po-

blación. Se trataba de pequeñas unidades agrícolas y ganaderas que apenas daban para abastecer a una familia. La mayoría de los municipios a estudio cuentan con importantes zonas de huertas dedicadas a la siembra intensiva de forrajeras para alimentar el ganado. También eran frecuentes los

otros casos donde la tradición es menor se ha desligado para dotar de más profesionalidad al encuentro comercial. Es el caso de ferias como la Agroganadera de Los Pedroches, donde se organizan subastas avaladas por el Ministerio como uno de los ejes principales de la compraventa de ganado selecto. La de Los Pedroches es la única junto con la de Zafra en la que se autoriza esta modalidad de venta de forma

oficial, pero hay certámenes que están ganando solera con los años. Es el caso de ciclos como los de Constantina, Fuente Obejuna o Hinojosa del Duque. A este tipo de mercados acceden ganaderos de todo el sur de Badajoz, de las comarcas de Sierra Morena desde Huelva a Jaén y de muchos otros enclaves ganaderos más apartados como los de la Sierra de Ronda. Una de las figuras más emble-

máticas de las ferias es el tratante, corredor o comisionista. Manuel Moreno Valero lo retrata en uno de sus artículos etnográficos sobre Sierra Morena y cuenta cómo existían formalidades y ritos antes de llegar a un acuerdo. El forcejeo entre las partes, el regateo y el acuerdo entre comprador y vendedor era el trabajo de esta figura tan extendida de Andalucía. Del buen fin de la operación dependía su comisión.



herreñales, pequeños acotados de terreno, a veces dentro del casco urbano de las poblaciones, en los que se sembraba avena, trigo, cebada y otros cereales. Más allá de los ruedos se encontraban las dehesas boyales de propiedad municipal, en cuyos lotes, de pequeñas dimensiones se apacentaba el ganado de tiro y también las reses dedicadas al abasto de las poblaciones.

Las dehesas boyales, también los ejidos, que a veces

se convirtieron en tierras incultas o en basureros, jugaban un papel fundamental en la configuración social y económica del concejo, ya que los arrieros, yunteros o carreros que no tenían tierras podían llevar allí sus animales para luego trasladarse con ellos a las tierras de cultivo o a prestar sus servicios. Se trata de uno de los embriones más importantes de la actividad terciaria en el mundo rural: los campesinos que aparte de sus tierras trabajaban por cuenta



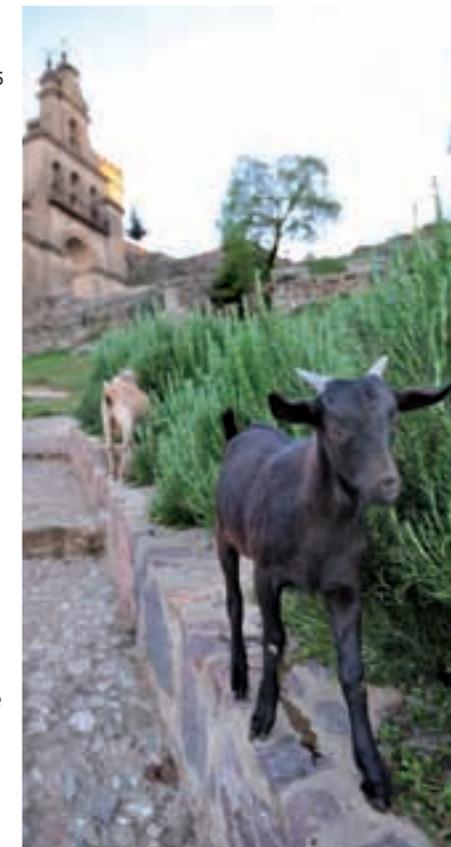
✉ **En el pasado.** La minería fue de una importancia vital en Sierra Morena desde la antigüedad y estuvo muy relacionada con la explotación de las dehesas, que prestaban madera para sus galerías. El Cerro del Hierro, abajo, en la Sierra Norte de Sevilla, y las minas abandonadas de la Sierra Morena cordobesa, a la izquierda, son un ejemplo de esta actividad.



ajena con sus enganches y recuas. Todas estas dehesas boyales estaban perfectamente articuladas por una densa red de caminos, que partían desde las mismas tierras del concejo o de particulares hasta otras localidades. Así, la mayor parte de estas vías de carretas tienen nombres que evidencian su carácter comarcal. Camino de Pozoblanco a Montoro, de Adamuz a Villanueva, de Constantina a Cazalla, Ronda a Olvera, de Aroche a Fregenal de la Sierra. Estos recorridos, muchos catalogados ya, juegan un papel importante en las relaciones comerciales entre distintas localidades.

De la dehesa boyal se pasa a las tierras cultivadas o labrados, que tenían carácter privado y también servían, por regla general, para abastecer una unidad familiar. Estos labrados solían ser, en muchos casos, derivados de las rozas de monte que se hacían en tierras baldías y que una vez puestas en

cultivo pasaban a ser propiedad de quien había roturado la tierra. Buena parte del olivar del norte de la provincia de Córdoba tiene este origen, también muchos de los viñedos plantados en Sierra Morena. Y es que cada comunidad buscaba la autosuficiencia a toda costa. Por eso, en un primer nivel se encontraban las huertas y las dehesas boyales. La base alimenticia la daba la verdura, los gallineros y los cerdos para la matanza, y en un segundo nivel, en los labrados, se plantaban los olivos, las vides y los cereales. La mayor parte de la población sólo tenía acceso a estos dos primeros niveles, porque más allá de los ruedos de la población y de los labrados aislados que surgen en los baldíos, se encuentran las grandes fincas y las dehesas convertidas en latifundios desde la Edad Moderna. Allí, el pueblo sólo obtenía la rentabilidad a cambio de su trabajo. Estas grandes extensiones de terreno pertenecían al



✉ **Estampas de antaño.** Un chivo pasta en las inmediaciones del castillo de Aracena.

TAMBIÉN ERAN FRECUENTES LOS HERREÑALES, ACOTADOS DE TERRENO EN EL ENTORNO DEL CASCO URBANO.

régimen señorial, administrado por nobles, a mancomunidades de pastos, a la iglesia o a las órdenes militares en un principio y luego a los grandes propietarios.

La estructura descrita se repite en todo el ámbito de la dehesa, quizá por ello se ha conservado este tipo de explotación. La mayor sobreexplotación del pueblo se daba en los ruidos de la población o en las pequeñas porciones labradas que se utilizaban para abastecer al hogar. Tanto pequeños propietarios como hombres sin tierra necesitaban del trabajo que proporcionaban las grandes dehesas en las que se da una explotación mixta: agraria, forestal y pastoril. La dehesa se conservaba porque era una fuente de ingresos fundamental para la economía de las localidades del suroeste español. Y en todo este escenario se hace fundamental el concurso de las vías pecuarias.

EL PAISAJE, SURCADO POR CAÑADAS, CORDELES Y CAMINOS, SE HACE AGRESTE EN SIERRA MORENA Y LAS SIERRAS DE RONDA.



La red de vías pecuarias que recorre España surge de la necesidad de comunicar pueblos en un país de intrincada orografía. El paisaje, surcado por las cicatrices en las que se han convertido cañadas, cordeles y caminos, se hace agreste en lugares como Sierra Morena o las Sierras de Ronda. Para entender la importancia de estas rutas hay remontarse a otra época. Un tiempo en el que el hombre luchaba contra la naturaleza y extraía de ésta el mayor rendimiento posible, que en la mayoría de los casos apenas llegaba a la mera subsistencia. La reconquista y la repoblación del sur de la Península propiciaron una serie de modelos de aprovechamiento de la tierra que hicieron fundamental el concurso y protagonismo de las cañadas y de los cordeles. La trashumancia se convirtió en una de las formas más efectivas y rentables de manejar el ganado, fuente de riqueza de primer orden en la España del Antiguo Régimen. Y lo mejor de todo es que determinados sistema de gestión han permanecido casi inmutables hasta bien entrado el siglo XX. Estas prácticas viven aún en el recuerdo de muchos.

☒ **Pequeñas parcelas.** En el pasado, los pobladores de las dehesas del sur labraban los ruidos y las pequeñas fincas del entorno de los cascos urbanos para abastecerse de productos hortícolas y para sembrar forraje para el ganado o cereales para consumo humano. En la imagen, un agricultor ara con una yunta en la Sierra de Ronda en pleno siglo XXI.

2 DE CAÑADAS REALES Y CORDELES ADEHESADOS.

La red de vías pecuarias en España es particularmente importante porque hablamos de un país de orografía montañosa con pueblos y ciudades que incluso estando cercanos distaban varias jornadas de viaje...

...debido a los condicionantes geográficos. Todo el sistema ganadero de cañadas y caminos está perfectamente regulado. En realidad, la normativa actual es herencia de la que fijaron quienes administraban el pastoreo y la ganadería de antaño. Las cañadas reales son el eje principal de todo el entramado sobre el que giraba La Mesta. Se estableció que debían tener 75 metros de anchura o, lo que es lo mismo, 90 varas castellanas. A las cañadas seguían en importancia los cordeles, cuyos márgenes son exactamente la mitad que los de las cañadas: 37,5 metros o 45 varas. Las veredas y las coladas son vías pecuarias de menor importancia. Las primeras sólo cuentan con 20 metros de anchura mientras que la colada es cualquier camino que une otros dos y su anchura no está especificada y varía según las zonas. Aparte, se encuentran los caminos vecinales y los de herradura o carne, pero la indefinición de cada uno de estos hace que en cada lugar del sur de España se le denomine de una manera. Este sistema de caminos ganaderos llevaba asociadas otra serie

de infraestructuras, sencillas, pero de vital importancia. Los abrevaderos eran pilones dispuestos a lo largo de los caminos, sobre arroyos, pozos o manantiales, y junto a estos se solían ubicar los descansaderos para pastores y reses, sitios donde además levantaban las majadas para pasar la noche con el ganado recogido. En puertos como los de Cabeza del Buey, Capilla o el Mochuelo, entre Córdoba, Badajoz y Ciudad Real se cobraban los impuestos de la Corona que gravaban el tránsito. Estas operaciones impositivas se solían realizar en los contaderos, que eran pasos estrechos ubicados principalmente en los puentes, donde se administraban las cantidades de ganado. La mayoría de las vías pecuarias y cañadas estaban señalizadas mediante hitos y mojones y en algunos casos señalaban distancias y lavaderos de lana o fincas.

Las grandes cañadas, gestionadas durante siglos por las instituciones de La Mesta, se presentan como verdaderas autopistas de ganado que surcan España de norte a sur. La necesidad de trasladar los anima-



✉ **Viejos y nuevos tiempos.** De los mojones de piedra de granito a la cartelería actual de tráfico median siglos. En la imagen de la izquierda, se observa la piedra que señala los márgenes de la cañada, conocida en la zona como de Extremadura o Real de La Mesta, en El Viso. Sobre estas líneas, aparece el indicador de paso de la Cañada Real Leonesa, una de las más importantes de España, por una carretera en La Serena.



les hacia los invernaderos del sur, en busca de un clima más templado, hizo necesario el trazado de estas redes. Las grandes cañadas reales son nueve, según coinciden la mayoría de los autores. La de la Vizana o de la Plata, la Leonesa occidental, la Leonesa oriental, la Burgalesa, la Segoviana, la Soriana oriental, la Soriana occidental, la Riojana o Galiana y la Conquense o de los Chorros. La mayoría de éstas terminaban en Sierra Morena o se extendían en ramales de menor importancia hasta los valles y llanuras de esta alineación montañosa. Algunas, como la Soriana oriental o la Conquense, alcanzaban el Valle del Guadalquivir. Y de ahí bajaban mediante otras cañadas y cordeles hasta las Sierras de Grazalema y de Ronda. Estos caminos, aparte de servir como redes de traslado de ganado se convirtieron en la base de la comunicación entre pueblos muy alejados, entre tradiciones muy distantes

que se pusieron en contacto gracias al trasiego de pastores y ganados, convertidos en primigenios vectores de una historia única en el mundo: la de la trashumancia relacionada con la explotación de las dehesas mediterráneas.

Esta densa malla de cañadas se complementaba, como se ha dicho, con multitud de cordeles, caminos y coladas que servían para llevar los ganados hasta los puntos más alejados. Las cañadas, los cordeles, las vías pecuarias utilizadas por los pastores desprecian por completo los aspectos más intrincados de la orografía y atraviesan cordilleras y valles sin aparente orden ni razón. Se desprecian las cumbres y los puertos de montaña. Pedro García Martín y Julio Grande Ibarra, en su artículo *De los nombres de las cañadas*, incluido en *Un camino de Ida y Vuelta*, sostienen que los ganaderos deciden muchas veces su camino en función de las

ESTA DENSA MALLA DE CAÑADAS SE COMPLEMENTABA CON MULTITUD DE CORDELES, CAMINOS VECINALES Y COLADAS.

✘ **De leyenda.** Desde el Cerro de la Aparición, en las inmediaciones de la ermita de Veredas, en el término de Torrecampo, se aprecia cómo entran en Andalucía las cañadas Real Soriana y Real de La Mesta o de Extremadura tras atravesar el valle de Alcudia y salvar el río Guadalmez. El paisaje agreste de Sierra Madrona contrasta con las dehesas del entorno.

✘ **En el corazón de Sierra Morena.** La comunicación de la Sierra de Sevilla con el sur de Badajoz y con poblaciones del norte de Córdoba fue constante en el pasado. Importante vías pecuarias atraviesan Sierra Morena en sentido horizontal. Una de éstas, es la actual carretera que une Cazalla con Fuente Obejuna, que salva el Bembézar por el puente que aparece en la imagen.



lluvias y de las nieves, de ahí lo irracional del trazado de estas vías. Además, explican que los rebaños eluden las poblaciones «ávidas de gravar fiscalmente el paso». Estos autores consideran también que al evitar el paso por las poblaciones se evitan roces con los vecinos pues no se afecta en nada a sus cultivos, antaño desprovistos de las hoy frecuentes alambradas.

La historia de las cañadas reales y de sus ramificaciones se pierde en el pasado. En muchos casos, sus trazados se reconstruyen gracias a la tradición oral y al uso que los pastores de una determinada

zona siguen haciendo de éstas. Y es que las administraciones autonómicas, que tienen transferidas las competencias de Vías Pecuarias desde 1995, se encuentran muchas veces con la dificultad de que la toponimia utilizada por los pastores no coincide con la oficial, de ahí la dificultad del deslinde o amojonamiento. En cualquier caso, hasta nuestros días han llegado recorridos que son perfectamente conocidos, aunque, por lo mismo, han sido usurpados o cortados por propiedades privadas. Pero la conciencia ambiental de la sociedad actual está reclamando que se liberen estos bienes para uso y



disfrute de todo el mundo por ser un patrimonio del pueblo.

GRANDES CAÑADAS EN SIERRA MORENA.

Si hablamos de zonas de invernada, Alcudia es aún hoy una de las zonas del suroeste español con más tradición. El paisaje de esta comarca alterna extensas dehesas con amplios llanos deforestados de siembra y pastizal. La cara norte de Sierra Morena, en los montes de Almodóvar del Campo, Brazatorras, Almadén, Almadenejos, Mestanza, Solana del Pino, Cabezarrubias del Puerto, Alamillo o Fuencaliente, es hoy un inmenso bosque mediterráneo que da cobijo a algunos de los mejores cotos de caza mayor de España. Su variedad de espacios abiertos pone en comunicación esta tierra con Sierra Madrona, frontera norte de Los Pedroches y principal eje de comunicaciones del Valle del Guadalquivir con la Meseta durante siglos.

La Cañada Real Soriana oriental atraviesa los Montes de Toledo y La Mancha y entra en las dehesas y estepas de Alcudia procedente de las denominadas Tierras de Yanguas, al norte de la

provincia de Soria. Así, sorianos, burgaleses, alcarreños, conquenses o segovianos alcanzaban estas tierras por esta vía pecuaria de más de 800 kilómetros de longitud, pues finaliza en Sevilla tras atravesar Sierra Morena. En realidad esta cañada y la Segoviana cuentan con importantes caminos que las comunican por Alamillo y Almadenejos, pero el recorrido principal de la que parte de Segovia, en realidad, apenas toca la provincia de Ciudad Real, según cifran los últimos estudios. Aparte de la Cañada Real Soriana, hay que tener en cuenta la cercanía del trasiego de ganados que bajaban por la Conquense o de Los Chorros, que termina en Jaén, aunque uno de sus recorridos se funde con la Real Soriana.

Si seguimos las indicaciones de los *Cuadernos de Trashumancia* editados por el Ministerio de Medio Ambiente se tienen que considerar caminos y cordeles como el de Puerto Suelta, que atraviesa Sierra Madrona y enlaza en Fuencaliente con los caminos que se adentran en Los Pedroches. Los cordeles de Alamillo, entre esta población y Solana del Pino; de la Sardina, en Mestanza, y de Tres Ventas y Alma-

denejos, entre esta última población y la unión con la cañada segoviana son otros de los ejemplos de las buenas comunicaciones ganaderas que siempre existieron en Alcudia.

La Cañada Real Soriana va dejando Alcudia cuando el territorio cambia. De los extensos pastizales se pasa a frondosas dehesas. Y poco a poco se va ascendiendo hasta Sierra Madrona, la cara norte de Sierra Morena. Se trata en realidad de la Sierra de la Umbría de Alcudia, desde cuya cuerda se divisaban Los Pedroches al sur y las primeras llanuras de Castilla-La Mancha al norte. El paisaje es único. Se trata del monte mediterráneo en todo su esplendor y, al pie, las dehesas más extensas y mejor conservadas de Europa, que es tanto como decir del mundo. La flora y la fauna de este espacio, en la entrada de la Cañada Real Soriana en Andalucía, es espectacular. Del Puerto del Mochuelo, monte

arriba del río Guadalmez en la divisoria de los términos de Torrecampo y Conquista, hasta las sierras de Cardena, Fuencaliente y Andújar se encuentran las alturas más importantes de la discreta cordillera que es Sierra Morena. Además allí se hallan los refugios de especies protegidas tan destacadas como el linco, el lobo o el águila imperial.

El acceso de la Cañada Real Soriana a Los Pedroches se produce por el río Guadalmez en el término de Torrecampo, al norte de la dehesa donde se asienta la ermita de la Virgen de Veredas. Deja atrás los altos de la Sierra Madrona y se introduce en la penillanura de Los Pedroches. Históricamente, a esta comarca llegaban pastores de Soria, Cuenca y de las Sierras de Albarracín. En el caso de los conquenses y de los turolenses descendían hacia el sur por la cañada conquense o de los Chorros, que se une en Alcudia con la Real Soriana. Adentrarse por



✉ Desde la Cañada Real Soriana.

Esta vía pecuaria atraviesa muchas localidades enclavadas en las dehesas del sur, como es el caso de Pozoblanco, que aparece al fondo visto desde una altura cercana al recorrido de este histórico camino.

EN EL CASO DE LOS CONQUENSES Y DE LOS TUROLENSES DESCENDÍAN HACIA EL SUR POR LA CAÑADA CONQUENSE O DE LOS CHORROS.



La Venta de la Inés y la habitación de Cervantes.

Hay lugares entre las dehesas donde el tiempo se detiene y genera caprichosas historias. Detrás de la fachada de lo que parece un cortijo normal, junto a un camino, podemos encontrar respuestas a una parte de la obra de Miguel de Cervantes. Sólo hace falta impregnarse del ambiente, conocer algo de la literatura de este autor y, sobre todo, interpretar el paisaje. La Venta de la Inés, también llamada del Alcalde, está situada en el término de Almodóvar del Campo, a un paso de Andalucía. Si se llega a allí tras atravesar Sierra Madrona, partiendo desde Conquista y atravesando la finca de La Garganta por el que fuera camino de Córdoba a Toledo, el paisaje es de intrincados pinares y de elevaciones roco-

sas, las de más altitud de Sierra Morena. Si se accede a la venta desde el Valle de Alcu-día, el recorrido está flan-queado por dehesas de enci-nar extendidas por la llanura. Y es que su localización estra-tégica, justo en el pie de monte de la cordillera, la hi-cieron nece-saria para los viajeros que necesitaban descansar antes de adentrarse en la sierra o para los que se recomponían tras el cansa-do recorrido entre montes. Es curioso cómo un camino que hoy está prácticamente en desuso, el de Córdoba a Toledo, fuera hasta el siglo XVIII la vía que comunicaba

dos de las ciudades con más historia de la Península. Y no sólo eso, sino que articulaba también los viajes entre Sevi-lla y Madrid cuando estas dos últimas relevaban en esplendor a las anteriores. Hoy es el AVE el que hace el trayecto, pero en La Venta de la Inés

La trama del Quijote no se podría entender sin los episodios en los que Don Alonso Quijano se traslada a Sierra Morena «por Almodóvar» para hacer penitencia.

quedan recuerdos de su pa-sado glorioso como parada de postas. Cervantes viajó mucho de Andalucía al cora-zón de Castilla y se cree que durmió en una de las habita-ciones de esta venta. El pro-

pietario del lugar. Felipe Fer-reiro, cuyo nombre denota su ascendencia gallega, tiene claro que el autor del Quijote se albergó en una de las es-tancias de la casa a finales del siglo XVI. La lógica está a fa-vor de esta afirmación, pues el célebre autor cita este lu-gar en su nove-la *Rinconete y Cortadillo*. En-tonces se la denominaba Venta del Al-calde, ya que el nombre se le cambió en

1783, cuando adquirió la pro-piedad una señora llamada Inés Ruiz Castellano. Además, la trama del Quijote no se podría entender sin los episodios en los que Don Alonso Quijano se traslada a

Sierra Morena «por Almodó-var» para hacer penitencia. ¿Qué paisajes inspiraron a Cervantes, que conocía esta Venta de la Inés? Sierra More-na, por Almodóvar, como dice este autor en su obra cumbre, arranca justo de este lugar histórico del camino de Cór-doba a Toledo, que fue su fuente de inspiración al igual que la Fuente del Alcornoque, situada a poca distancia de la citada venta. Para refor-zar esta teoría, este lugar apa-rece citado en el capítulo 12 de la primera parte del Quijote como el punto donde se desarrolla parte de las andan-zas de Marcela y del pastor Grisóstomo, que quería ser enterrado allí: «Y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el cam-po como si fuera moro, y que

fuera al pie de la peña donde está la Fuente del Alcornoque, porque, según es fama, allí es donde la vio por primera vez».

La estructura actual de la venta no ha cambiado y aunque por fuera se ha enfoscado y parece una construcción de las que abundan junto a estos caminos, por dentro es todo un recuerdo de cómo debían ser este tipo de edificaciones, que se desarrollaron a partir del siglo XV, cuando el flujo de viajeros entre Castilla y Andalucía se intensificó por estos caminos. A la fachada con ventanas al calle y encamarado, le sucede un amplio pasillo central de empedrado impecable. A ambos lados quedan las habita-

La estructura actual de la venta no ha cambiado y aunque por fuera se ha enfoscado y parece una construcción de las que abundan junto a estos caminos.

ciones y la techumbre de la planta baja es de madera. En la estancia central se encuentra el hogar, que, como es habitual por estas sierras, no tiene vanos al exterior y al fono se accede al corral o patio. Esta propiedad, que es un enclave junto a una gran finca, contaba con amplias cuadras para las caballerías. Felipe Ferreiro, que tiene una memoria prodigiosa y recuerda con detalle toda su vida, resiste en su Venta frente a

los litigios que mantiene con su vecino, que según él, le ha cortado la luz y el agua, que tenía una acometida fechada en 1575. A costa de estos problemas ha salido en todos los medios de comunicación de ámbito regional y nacional. «Es una vergüenza lo que nos está pasando con el vecino –al que llama el poderoso- y es una vergüenza que se corten todos los caminos de la sierra con las mallas cinégeticas», afirma este hombre casi

octogenario. Sus recuerdos no sólo giran en torno a la venta. Recuerda cómo su abuelo gallego llegó hasta las dehesas del sur para trabajar en las cercanas Minas del Horcajo: «Allí vivían más de 10.000 personas y había hasta plaza de toros, que la inauguró Corchaíto, el torero de El Viso». Hoy en el Horcajo, rodeado totalmente por fincas

de caza mayor y por la vía del AVE apenas viven tres o cuatro familias. La venta, que está declarada Bien de Interés Cultural, tiene una visita, al igual que el entorno al que se dirigió Don Quijote para librarse de sus tormentos y donde además existe una cueva en la que se aprecian pinturas rupestres. Es todo un viaje al pasado.



esta vía pecuaria, hoy recuperada por la Junta de Andalucía en casi toda su extensión en el norte de la provincia de Córdoba es un espectáculo único pues las dehesas de encinar adquieren una gran densidad. Atrás queda el sustrato arbustivo mediterráneo y ahora el paisaje se convierte en monótono y bellamente homogéneo. Una de las características de este sector de Los Pedroches, el más oriental, es que estuvo sometido a la Corona de Castilla y no se entregó a ningún señorío –excepto en la etapa del marquesado de El Carpio–. Fue de realengo a partir de la conquista a los musulmanes. Las Siete Villas: Pedroche, Torremilano, Pozoblanco, Villanueva de Córdoba, Torrecampo, Añora y Alcaracejos tenían comunidad de pastos en la denominada dehesa de La Jara, de más de 40.000 fanegas, y eso impedía el arrendamiento o la explotación de la tierra por parte de pastores foráneos en

busca de dehesas de invernadero. De hecho, apenas existe constancia documental de la existencia de estos pastores en las villas citadas. La mayor parte de los trashumantes que llegaban a Los Pedroches tenían que optar por su sector occidental, que sí había estado sometido al proceso de señorialización con la creación del Condado de Belalcázar y del Señorío de Santa Eufemia. Es precisamente la situación en la que se encontraban las Siete Villas, con derechos sobre tierras comunales, la que podría haber supuesto que muchos pastores de Castilla se establecieran en esta zona del norte de Córdoba, trayendo así sus tradiciones y cultura a un espacio donde fracasó el proceso repoblador iniciado a final de la Edad Media. Su vecinamiento en localidades como Pedroche o Pozoblanco les habría ayudado a servirse de los pastos de La Jara, cuya gran extensión hacía necesario un mayor concurso de ganaderos.



✉ **Entre talleres y cuadras.** Los caminos de la sierra bajan hasta pueblos como Guadalmez, donde los ganados siguen atravesando los alrededores del casco urbano, a veces deformados por polígonos industriales, talleres, cuadras y alguna que otra vivienda.

LA MAYOR PARTE DE LOS TRASHUMANTES QUE LLEGABAN A LOS PEDROCHES TENÍAN QUE OPTAR POR SU SECTOR OCCIDENTAL.

Para acceder a las dehesas de la zona occidental de Los Pedroches y del Valle Alto del Guadiato, de la Cañada Real Soriana partía la denominada en la zona como Cañada Real de La Mesta o de Extremadura, que se separa de la anterior a la altura de la ermita de la Virgen de las Cruces y de ahí parte hacia El Viso, Hinojosa, Belalcázar y Fuente Obejuna, desde donde enlazaba con la Cañada Real Segoviana en tierras de la Granja de Torrehermosa y Azuaga, ya en la provincia de Badajoz.

La Cañada Real Soriana, por otro lado, sigue su curso entre las dehesas de Pedroche, capital histórica de la zona, y llega hasta Pozoblanco tras atravesar huertas y majadales cercados con piedra de granito. Esta vía atraviesa parte del núcleo urbano de la que hoy es la principal población del norte de la provincia de Córdoba y uno de los centros ganaderos más importantes del sur de España. Desde aquí la cañada arranca en dirección sur hacia el valle del Cuzna. El paisaje cambia en esta zona y se va fundiendo de nuevo con el monte bajo hasta que se alcanza el Puerto Calatraveño, en el corazón de Sierra Morena.

Se podría decir que este enclave tiene muchas connotaciones históricas, algunas casi legendarias. Otras han quedado en la Literatura, como las *Serranillas* que compuso el marqués de Santillana en el siglo XV en las que se alababa la belleza de una vaquera de la Finojosa. Íñigo López de Mendoza (1398-1458) afirma que «*faciendo la vía del Calatraveño a Santa María*» se encontró con esta joven. El episodio poético nos sirve además para entender la importancia que ya en esta época tenía el citado puerto, clave en las comunicaciones del Valle del Guadalquivir con la Meseta.

Si hacemos caso del diccionario de Pascual Madoz, editado en 1855, nos damos cuenta de la pujanza que tuvieron los caminos que atravesaban este sector de Sierra Morena hasta que Carlos III enviara el tránsito hacia Despeñaperros en el siglo XVIII. «*Doloroso es confesar, –dice Madoz– que habiendo sido en lo antiguo, según demuestran los restos, magnificas calzadas las que atravesaban el Valle de Los Pedroches, yacen hoy intransitables en su totalidad, siendo los que hay para Córdoba y Sevilla más bien que caminos precipicios*». Sobre

✘ **Linderos.** La piedra, a falta de alambrada, fue siempre la solución a cercados y señalización de caminos como el que aparece en esta imagen tomada en la localidad manchega de Alamillo.

✘ **La subida al Calatraveño.** El río Guadalbarbo –que debe su nombre a la derivación de Guad al-Barb (río de los Bereberes)– marca el inicio por el sur del ascenso al mítico puerto que da acceso a Los Pedroches y que separa a esta comarca de la del Valle del Guadiato.

Adamuz, zona de trasiego de personas por la antigua vía de Armillat señala que «*el camino de Madrid –éste atravesaba luego Alcudia tras atravesar Conquista y La Garganta–, llamado de La Plata, ahora sólo es usado por la arriería*». Siglos después el tren de Alta Velocidad realiza esta misma ruta por raíles y ya hay proyectada una autopista a la que se busca una ruta similar a la de los caminos de antes de las reformas de Carlos III.

El Calatraveño, hoy puerto de acceso a Los Pedroches, tiene más historia de la que aparentemente se muestra. Con un nombre más manchego que andaluz, alberga el paso de la Cañada Real Soriana, que parte desde aquí hasta Espiel y Villaharta. Tras salvar el mítico Guadalbarbo, que traducido significa Río de los Bereberes, cruzará La Nava de Vacas, donde los vecinos de Pozoblanco tuvieron sembradas 2.000 hectáreas de viñedo. A Villaharta sube la cañada tras pasar extensas umbrías que se sembraron de olivos en el siglo XIX. Las desamortizaciones y el empuje de la población para roturar los frágiles montes de la Dehesa de La Concordia, en los actuales términos de Alcaracejos, Pozo-



EL CALATRAVEÑO, HOY
PUERTO DE ACCESO A
LOS PEDROCHES, TIENE
UNA HISTORIA MÍTICA.





☒ **Pastos libres.** Las cañadas, cordeles y veredas son patrimonio de todos desde tiempo inmemorial. Siempre se han aprovechado además para que el ganado,

aparte de atravesar sierras y llanuras, pudiera pastar mientras era trasladado. Hoy, con el abandono de la actividad trashumante, las cañadas tienen mucho más

alimento para las reses y constituyen una oportunidad para muchos pequeños propietarios de los pueblos de las dehesas del sur que no tienen tierra. Se trata de

pastos libres a lo largo de cientos de kilómetros. En la imagen, ovejas junto a un gran alcornoque seco en la Sierra Norte de Sevilla.

blanco, Villanueva de Córdoba y Obejo supuso la roza de miles de hectáreas de monte para sembrar nuevos plantíos de olivar. Dice la tradición que para la plantación de estos olivares colaboraron muchos vecinos de Guadalajara y Cuenca, quizá concedores del terreno por la tradición oral de los pastores que llegaban hasta estos predios desde Castilla.

La Cañada Real Soriana pasa Villaharta y de allí parte hacia El Vacar y Cerro Muriano. Es curioso porque estas dos pequeñas poblaciones surgen al amparo de esta vía. Incluso algunas viviendas usurpan el recorrido del camino, como ocurre en Villarrubia, una vez pasada Córdoba. La cañada baja entre olivares y monte bajo hasta la capital cordobesa y ahí se une a muchas otras vías pecuarias que flanquean el Guadalquivir hasta Sevilla. Villarrubia, Almodóvar del Río, Posadas, Hornachuelos,

Palma del Río o Peñaflor, ya en Sevilla son algunas de los términos municipales por los que atraviesa este recorrido pecuario.

La segunda gran cañada en dirección este-oeste que termina en Sierra Morena es la Segoviana. También atraviesa el corazón de los Montes de Toledo, casi roza la provincia de Ciudad Real, como se ha dicho, y tiene varios ramales pecuarios que la unen íntimamente con la Real Soriana. Esta vía pecuaria, que arranca desde los confines de la provincia de Burgos, en la Sierra de Neila, casi en el límite con La Rioja, fue de vital importancia para los ganaderos del centro y del norte de Castilla pues estaba a medio camino entre la Cañada Real Leonesa y la Soriana. Eso hacía que esta senda estuviera muy bien considerada y fuera muy utilizada, sobre todo porque acababa en los límites de las provincias de Badajoz, Córdoba y Sevilla, a la altura de la Granja

LA CAÑADA BAJA ENTRE OLIVARES Y MONTE BAJO HASTA CÓRDOBA Y AHÍ SE UNE A MUCHAS OTRAS VÍAS PECUARIAS QUE FLANQUEAN EL GUADALQUIVIR.

Sierra Madrona: El gran salto a la Meseta.

Juan Bernier retrató Los Pedroches como una inmensa azotea de la sierra. Esta península tiene más altitud en algunos puntos que la mayor parte de las sierras que la bordean por el sur y por ello es todo lo contrario a un valle, aunque se la denomine así desde mediados del siglo XIX. No es una llanura definida por un río, pero si está flanqueada al norte por las elevaciones de Sierra Madrona, que suponen el gran salto a la Meseta para el viajero que llega desde el Valle del Guadalquivir. Los montes de Fuencaliente y de Almodóvar del Campo, con las elevaciones más importantes de toda la cadena montañosa hacen que Los Pedroches sea una transición de Andalucía hacia la Meseta, una transición que no sólo se ve en lo geográfico. También la historia y las

tradiciones. De no haber sido por Sierra Madrona Los Pedroches pertenecería hoy a Castilla, pues pasado el Calatraveño entraríamos derechos en la gran llanura. Porque la barrera que supone el límite con el Valle de Alcudia es mucho más amplia que la que separa Los Pedroches de La Serena. De hecho, la comarca más septentrional de Córdoba pertenece al ámbito de la Meseta, aunque su posición marginal hace que se considere una unidad de Sierra Morena. Es por ello que Sierra Madrona es una de las grandes fronteras de Andalucía por el norte, quizá la más importante y significativa, pues salvar esta alineación siempre fue un hándicap para quienes querían viajar hacia



Toledo o Madrid o llevar sus ganados de norte a sur. Niebla, Puerto Mochuelo o Valderrepisa son algunos de los puertos con más historia de estas elevaciones. El olvido de estos montes y la escasa población que ha resistido en el área definida entre Almadén, Puertollano, Pozoblanco, Cardena y Fuencaliente hace que se haya conservado su enorme patrimonio natural y aún hoy es una odisea cruzar estos montes por la infinidad de vías pecuarias que los recorren como muestra de un esplendoroso pasado trashumante. Aunque la mayoría de

De no haber sido por Sierra Madrona Los Pedroches pertenecería hoy a Castilla.

estos caminos están perdidos o usurpados por fincas de caza mayor. Pero el tiempo ha dado la razón al carácter estratégico de esta sierra. La mayor infraestructura de transporte diseñada en siglos en España, el AVE, eligió la antigua ruta de Armillat para ir de Madrid a Sevilla y hoy es posible ver, en una imagen evocadora, cómo los antiestéticos viaductos del tren de alta velocidad desafián al puente del tren minero que partía del sur de Badajoz, en Fuente del Arco, y tras recorrer toda la Sierra Morena cordobesa y Los Pedroches se adentraba en las fragosidades de la sierra para llegar hasta Puertollano. A la altura de la aldea del Horcajo, en un escondido paraje de la sierra se pueden ver, en paralelo, los puentes de los dos ferrocarriles: el del siglo XXI y el del XIX.

de Torrehermosa, en las estribaciones de Sierra Morena, después de haber atravesado toda la comarca de La Serena y tras recorrer 500 kilómetros. Esta senda servía para quienes buscaban sus pastos en los términos de Alanís, Constantina, el Real de la Jara, Santa Olalla del Cala, El Pedroso, Guadalcanal o Almadén de Plata y se ramificaba hacia Fuente Obejuna y Belmez por caminos de herradura. También a través de la Cañada Real conocida en el norte de Córdoba como de Extremadura se comunicaba con la Cañada Real Soriana. Este sistema viario delimitaba un extenso predio con forma de trapecio que ponía en comunicación las zonas de Sierra Morena más relacionadas con las grandes rutas de La Mesta. Hasta la construcción de los grandes pantanos de Extremadura, que han afectado al trazado de este vía, La Serena contaba con un sistema de cañadas y cordeles que la convertían en el invernadero más importante del país. Tanto auge tomó esta costumbre en la zona que muchos de los ganaderos avocados en municipios como Campanario, Cabeza del Buey, Llerena, Monterrubio o Castuera realizaron durante siglos trashumancia

inversa; es decir, llevaban sus ganados al norte en verano. Este hecho está documentado desde el siglo XVIII y supone una excepción a tener en cuenta en la comunicación entre pueblos en una época en la que la movilidad de los habitantes del lugar era sumamente reducida. Entre La Serena y las poblaciones extremeñas más situadas al sur de la región, ya en los límites con Sevilla y Huelva, se establecen nuevos sistemas de comunicación pecuaria que parten de dos cañadas sumamente importantes: la Leonesa oriental y la Leonesa occidental. Ambas arrancan de un espacio perteneciente al antiguo Reino Astur Leonés y son las responsables, junto con la repoblación del siglo XIII, de que buena parte de la cultura de estas tierras y de los repobladores viajaron desde estos lugares del norte de la Península hasta comarcas tan apartadas como las Sierras de Aracena y los Picos de Aroche. Aunque estas influencias se analizan en otro apartado de esta obra, es necesario reseñar que estos fenómenos son fundamentales para entender la cultura de amplias zonas de Sierra Morena y la mezcla de hablas, bailes y tradiciones que



- ☒ **Puentes sin ganado.** Cada vez es más difícil ver ganados trashumantes, aunque queden puentes en las vías pecuarias como éste de la Sierra de Huelva.
- ☒ **Bucólico.** Anochecer entre las montañas que rodean el valle de Alcudia.
- ☒ **Rectas interminables.** La llanura de La Serena ha sustituido los caminos por carreteras de trazado rectilíneo, como ésta, que parte de Campanario.

se han conservado a través de los siglos gracias, en parte, al aislamiento de estas zonas de media montaña del sur. La Cañada Real Leonesa oriental parte los puertos situados al noroeste de Riaño y hasta alcanzar casi el límite de la provincia de Sevilla ha recorrido algo más de 700 kilómetros, mientras que la Leonesa occidental inicia su recorrido desde las cercanías de León y acaba en la localidad pacense de Segura de León, muy cerca ya del límite con la provincia de Huelva. También transcurre por unos 700 kilómetros. Hacia el sur, en su último tramo, la Cañada de la Plata o de la Vizana, según los trazados del Ministerio de Medio Ambiente, tiene dos importantes ramificaciones: una que llega hasta Sevilla y otra que se adentra en el Andévalo y el Condado de Huelva tras atravesar toda la Sierra de Aracena. Y es que aparte de las repoblaciones

iniciadas por Sancho IV en el siglo XIII en la zona con leoneses y gallegos, en las sierras de Huelva y Sevilla hubo un contacto constante con habitantes del norte del país, de ahí las influencias que se percibieron. Una de las descripciones más detalladas de la Cañada Real Leonesa oriental la realizó el Visitador Extraordinario para la Asociación General de Ganaderos en 1852. Este documento, recogido en parte en los *Cuadernos de la Trashumancia* del Ministerio de Medio Ambiente, describe con detalle cómo la Cañada Real Leonesa oriental discurría por Casas de Don Pedro y de ahí salía para Puebla de Alcocer, una localidad que estuvo durante siglos vinculada a los señores de Belalcázar. De la Puebla de Alcocer entraba en tierras de Esparragosa de Lares. El visitador relata cómo existen dos ramales: Uno de ellos parte hacia Cabeza del Buey para

HASTA EL DISEÑO DE LOS GRANDES PANTANOS LA SERENA CONTABA CON UN IMPORTANTE SISTEMA DE CAÑADAS Y CORDELES.



luego entrar en Córdoba. Así atraviesa también las localidades de Castuera, Malpartida de la Serena, Quintana de la Serena, Zalamea, Valle de la Serena, Higuera de la Serena, Retamal y Campillo. De ahí partía en dirección sur, donde se ramificaba en cordeles y coladas hacia Sevilla y Huelva.

DE LA CAÑADA AL CAMINO ENTRE COMARCAS.

Más allá de las grandes cañadas reales, existe un entramado de caminos que es, si cabe, aún más importante en Andalucía. Un ejemplo de esta red es la que une las distintas comarcas del entorno de Sierra Morena con el Valle del Guadalquivir y este territorio con las Cordilleras Penibéticas. Si la trashumancia vertical es aquella que se practica, fundamentalmente, de norte a sur, la horizontal ha sido clave en Andalucía y ha llevado a muchos ganaderos a mover sus ganados desde las sierras de Ronda, Granada o Jaén hasta las vegas del Guadalquivir e incluso hasta las primeras estribaciones de Sierra Morena. Es en este apartado cuando se puede sacar a colación el término transterminancia, que se refiere a los traslados entre municipios

cercanos o entre comarcas. Se trata, por ejemplo, de los rebaños que se apacientan durante el invierno en sierras como la de Sevilla o Huelva y que a final de primavera se desplazan al entorno del Guadalquivir o incluso a las campiñas de Azuaga para aprovechar la rastrojera y la denominada derrota de mieses. Este sistema, cada vez menos utilizado, tiene una vital importancia en la conservación de las dehesas y en la regeneración de las mismas. Mientras más sobrecarga ganadera hay en una determinada finca menos posibilidades tiene un árbol de tan lento crecimiento como es la encina de salir adelante. Y es que la voracidad del ganado acaba con los brotes, algo que no ocurre cuando las reses se trasladan durante unos meses a otro lugar y dejan de pastar en una determinada finca. En el ámbito en el que se sitúa este trabajo podríamos delimitar tres casos de transterminancia perfectamente diferenciados. El primero tendría como entorno geográfico el pie de monte de Sierra Morena en Córdoba, Sevilla y Huelva, el siguiente podría situarse en los traslados de cambio de fincas que se realizan aun hoy de Los Pedroches y el Alto

☒ **A un paso de Extremadura.** Fuente Obejuna, la Fons Mellaria de los romanos, está enclavada en un punto estratégico desde el que se controlaba el paso de los ganados que bajaban desde Burgos y Soria hacia Extremadura y de los que iban directamente a pastar en su extenso término municipal procedentes de La Serena o de la Sierra Norte de Sevilla. Su historia está relacionada con órdenes militares y con corregidores tiranos, pero si por algo se la conoció es por ser un importante centro ganadero, controlado en el pasado por importantes familias de hidalgos ricos y labradores.

☒ **Recuerdos.** Los caminos estaban poblados de ventas, como la que hoy se llama de La Pastora, junto a la estación de Veredas, en Brazatortas.

☒ **Antiguas señalizaciones.** La Colá de Bacamón es una de las vías pecuarias más importantes de la Sierra de Ronda. Todavía se pueden ver los mojones que indicaban su recorrido, colocados hace décadas.

Guadiato o la Sierra Morena cordobesa hacia Alcu-dia y La Serena y viceversa. En tercer lugar, se debería considerar la llegada de ganados procedentes de Sierra Nevada, de Cazorla, Segura y las Villas o de la Sierra de Ronda al Valle del Guadalquivir. Aparte de las citadas relaciones entre comarcas ganaderas, habría que tener en cuenta la denominada ganadería itinerante, la que practican los cuneteros o pastores sin tierras que aprovechan las cañadas para ir alimentando a sus ganados mientras recorren un territorio.

Desde Sevilla capital hacia el condado de Huelva, Aroche, Aracena y Almonaster hay censadas en torno a 20 vías pecuarias distintas. Son recorridos de una distancia considerable que en muchos casos continúan hasta Badajoz. Se trata sobre todo de cordeles y de veredas que en muchos casos se superponen con las carreteras o con otras infra-



UNA DE LAS DESCRIPCIONES MÁS DETALLADAS DE LA CAÑADA REAL LEONESA ORIENTAL LA REALIZÓ LA ASOCIACIÓN GENERAL DE GANADEROS EN 1852.



estructuras de importancia como los canales de riego. Y es que hasta bien entrado el siglo XIX, la Sierra de Aracena estaba bajo la jurisdicción de Sevilla, de ahí lo intenso de las comunicaciones con estas tierras, que además servían de acceso a Portugal. Desde Sevilla también sube una importante cañada hasta Llerena, en Badajoz, que articula toda la red ganadera de municipios tan significativos como Cazalla de la Sierra, El Pedroso o Constantina.

Más allá de Sierra Morena y del Valle del Guadalquivir se encuentra la Serranía de Ronda, una alineación montañosa del ámbito de las Cordilleras Béticas que presenta diversas particularidades. Una de las más importantes desde el punto de vista ganadero reside en que se halla enclavada entre las comarcas costeras y las sierras con uno de los índices de pluviosidad más elevados de España. Esto propicia movimientos ganaderos muy particulares pues los paisajes cambian en muy pocos kilómetros cua-

✉ **Iglesia en Aracena.** El templo erigido a la advocación de Nuestra Señora del Mayor Dolor presenta unas arcadas de claro corte gótico de influencia castellana. Este conjunto monumental se encuentra enclavado en el castillo de esta ciudad del norte de la provincia de Huelva y está considerado como uno de los referentes de la denominada Banda Gallega.

drados de forma radical. De las amplias llanuras del Valle del Guadalquivir se pasa a los intrincados relieves de una sierra donde ocasionalmente se llegan a alcanzar registros de lluvia de 1.500 mm/año, casi tres veces más que en el interior de Andalucía. Esto motiva que los traslados de ganado sean frecuentes, sobre todo porque la diversidad climática se da en un área muy reducida. La comarca de la Sierra de Ronda tiene una superficie de unos 1.400 kilómetros cuadrados en los que pastan, sobre todo, rebaños de ovino, cuyos movimientos más frecuentes se realizan hacia las estribaciones serranas de localidades como Olvera o Algodonales. Incluso llegan a sierras como la de Yeguas, en las cercanías de Morón de la Frontera, ya en Sevilla, Montellano o Coripe. Otra de las rutas más frecuentes de los ganados de la Sierra de Ronda es la que se sigue hasta la campiña de Jerez y zonas como San José del Valle, también en Cádiz. En otras direcciones alcanzan Villamartín, Prado del Rey o Bornos. Estos circuitos atraviesan lugares de tanta importancia ambiental como las Sierras de Grazalema o el Parque Natural de Los Alcornocales, que cae más al sur.

LA SIERRA DE RONDA TIENE 1.400 KILÓMETROS CUADRADOS EN LOS QUE PASTAN, SOBRE TODO, REBAÑOS DE OVINO.

Según testimonios orales recogidos en estas serranías, la humedad de estos predios hace que los pastos del pie de monte y de la media montaña aguanten en sierras como la de las Nieves hasta bien entrado el mes de junio e incluso julio. Una vez agotados estos comederos, los pastores conducen a sus ganados hacia las campiñas y tierras más bajas de Cádiz para que acaben con las rastrojeras en una trashumancia transterminante de vital importancia para la conservación del medio natural, porque evita las sobrecargas ganaderas en las cumbres y valles de la Sierra de las Nieves. Pasados tres o cuatro meses, los rebaños retornan a sus lugares de origen. Y es que en un lugar de tanta riqueza arbustiva y arbórea es fundamental este tipo de traslados porque así se permite la regeneración

de la flora mediante la conservación de sus ciclos naturales.

Para realizar los traslados de ganado sin invadir fincas o sembrados, entre la Sierra de Ronda y las campiñas de Jerez, la costa o el Valle del Guadalquivir existe una de las redes de vías pecuarias más importantes de España. No llega hasta aquí ninguna cañada real de las más significativas de las

dibujadas por La Mesta, pero las comunicaciones están garantizadas en estas comarcas por una tela de araña intercomarcal que apenas deja un palmo de la sierra sin cubrir. La Junta de Andalucía se encuentra en proceso de recuperación de estos caminos, muchos de ellos perdidos, pero que sí aparecen recogidos en catálogos como los del Ministerio de Medio Ambiente.



☒ **En tiempos del contrabando.** Vista de la localidad de Encinasola desde la Vereda de los Contrabandistas. Y es que los caminos no sólo servían para conducir ganados. También eran terreno fácil para salteadores y gentes de mal vivir. Bajo estas líneas abrevadero para el ganado en esta senda de la Sierra de Huelva.



En los *Cuadernos de la Trashumancia* se explica que los ganaderos de Ronda, Alpandeire y Cartá-jima, en Málaga, marchan hacia Jerez, Arcos de la Frontera, Algodonales, Bornos, Teba, Villamartín y Olvera utilizando vías pecuarias como la de Ronda a Algodonales. Este recorrido está relacionado con la Cañada Real de Sevilla y pasa por la Casa de Los Cerrillos, el Cortijo del Fresnillo y el de la Sepultura hasta llegar al puerto de Montejaque. Luego tras solaparse con carreteras como la N-333 se introduce en la Sierra de la Sanguijuela y por el Cerro de Cueva Bermeja se une finalmente a la carretera N-333 hasta alcanzar Algodonales.

Sería muy extenso reproducir el recorrido de todas las rutas que se abren desde la sierra de Ronda hasta las zonas de cultivo de Cádiz, pero basta decir que desde estas dehesas del sur partían los ganaderos cada verano hasta Olvera siguiendo la cañada

que lleva el nombre de estas dos poblaciones. Como las citadas existen otras 17 cañadas y otras tantas veredas y cordeles. Casi todas las poblaciones de la Sierra de Ronda y de las Nieves están comunicadas mediante estos caminos. Llama la atención, aparte, que muchos traslados coinciden con la denominada Real de Sevilla, donde este sistema de vías pecuarias conectaría con las grandes rutas de La Mesta, ya que Cañada Real Soriana y los ramales de la Leonesa y de la Segoviana alcanzan la capital hispalense. La comunicación principal entre Ronda y poblaciones como Villamartín, Espera, Bornos, Arcos de la Frontera o Jerez se hacen mediante la citada cañada sevillana. La dehesa está muy presente en todos estos caminos de trashumancia, también el alcornocal, que tiene otro aprovechamiento fundamental: el del corcho. Pero estas dehesas son menos sabaniformes que las que se dan en Sierra

LA JUNTA ESTÁ RECUPERANDO ESTOS CAMINOS, QUE APARECEN RECOGIDOS EN CATÁLOGOS COMO LOS DEL MINISTERIO DE MEDIO AMBIENTE.



☒ **Del pastor al tren.** El camino de hierro, el ferrocarril, cambió los hábitos de los pastores. Miles de ovejas comenzaron a trasladarse en vagones desde principios del siglo XX. Arriba, un tren de mercancías atraviesa la Sierra de Sevilla por la ruta que une Mérida con la capital hispalense y abajo la estación de Guadalmez, donde desembarcaba el ganado que iba para Alcudia, la Serena y Los Pedroches.

Morena; son mucho más mixtas y se alternan con pinsapares en la media montaña; con pinares y con matorral arbustivo menos uniforme que el monte bajo del norte de Andalucía y sur de Extremadura y Castilla-La Mancha.

Los ganaderos de las Sierras de Ronda y de las Nieves no sólo parten hacia la vecina provincia de Cádiz, sino que mantenían y siguen manteniendo unas estrechas relaciones con la costa. Esta comunicación habría que dividirla en dos partes, porque las cosas han cambiado mucho en la Málaga rural desde que se produjo el boom turístico y, sobre todo, desde que la moda del turismo rural ha avanzado. Antes de la llegada masiva de visitantes, los ganados de la sierra bajaban hasta la misma playa, según testimonios orales de pastores, pero ahora la sierra se ha convertido en un complemento del turismo playero y, además, es parte de la despenza de la elevada población que elige Málaga para pasar las vacaciones. De los cordeles y las cañadas que bajaban desde la Sierra hasta Estepona o Bena-havis desde tiempo inmemorial se ha pasado a un aprovechamiento más relacionados con el ocio en

LOS GANADEROS DE LAS SIERRAS DE RONDA MANTENÍAN UNAS ESTRECHAS RELACIONES CON LA COSTA.



✘ **Recorrido turístico.** Vía Verde de la Sierra Norte de Sevilla.

✘ **Ya sólo pasa el AVE.** En los embarcaderos de la estación de Veredas, en Brazatortas, se descargaban cientos de reses al día. No sólo llegaban ovejas, a veces, hasta

toros de lidia, como indican los burladeros que hay en las corraletas. Pero hoy todo esto está abandonado y en las vías por las que llegaba el ganado, hoy sólo se

puede ver el AVE atravesar la vieja ruta de Córdoba a Toledo, que ahora se llama Madrid-Sevilla. Es el progreso: del lento rebaño a la alta velocidad.



☒ **Historia y camino.** La Posada del Moro de Torrecampo es un vestigio vivo del paso del camino de Córdoba a Toledo por las puertas de esta antigua venta y fonda. Como ésta, existían decenas en una ruta tan importante para ganados y viajeros como la que unía a dos de las ciudades más importantes de Castilla.

estos caminos y los suculentos platos derivados del aprovechamiento ganadero hacen las delicias de quienes cada año visitan estos lugares. Por eso hay una antes y un después de la entrada en escena del turismo en la Sierra de Ronda.

En cualquier caso, hay memoria de importantes redes de vías pecuarias que bajan desde las cumbres de la Sierra de las Nieves hasta el nivel del mar. Las cañadas reales de Cortes de la Frontera a Gaucín o la de Los Bueyes son algunas de las más utilizadas en estos traslados. Mediante un sistema de vías pecuarias, estas cañadas llegan a Casares, ya más

cerca de la costa. El avance urbanístico de estos espacios y del trazado de nuevas infraestructuras, sumado todo ello a la regresión de las prácticas ganaderas han llevado a la desaparición de buena parte de estos recorridos, que también servían para el disfrute de los denominados pitarreros o cuneteros, aquellos que se bastaban con los terrenos libres que dejaban la amplitud de las cañadas. En estos momentos, la Junta de Andalucía procede a la labor de catalogación de todos estos sistemas viarios, pero el desarrollo y recuperación de toda la extensa red que tenía como centro la Sierra de Ronda se antoja

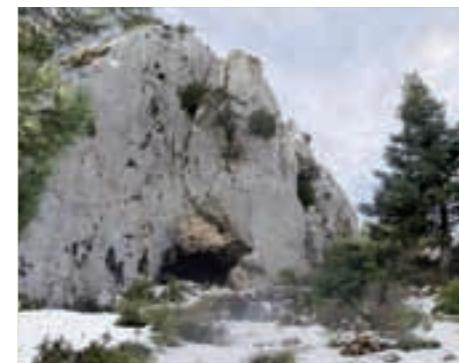
complicada. La especulación inmobiliaria que han sufrido distintas zonas de la provincia de Málaga es otro de los factores que han motivado la pérdida de cañadas, cordeles y veredas. Donde antes pastaba el ganado, hoy hay grandes residenciales.

A MODO DE CONCLUSIÓN.

De norte a sur, las vías pecuarias han marcado los aprovechamientos ganaderos en España. El accidentado relieve de la Península Ibérica sumado a la variedad climática y paisajística han hecho imprescindible el concurso de las cañadas, cordeles y veredas para que el traslado de ganados favoreciera la biodiversidad de España. A los condicionantes geográficos y ecológicos habría que sumar los históricos. La existencia de una institución como La Mesta y de asambleas locales de ganaderos interesadas en la conservación a toda costa de los caminos han propiciado que estos recorridos se hayan mantenido en un digno estado de conservación hasta nuestros días. Pero es necesario hacer más y recuperar este patrimonio de todos. Como también es necesario revivir las prácticas

ganaderas extensivas usando estas vías pecuarias, puesto que la sobrecarga ganadera está afectando cada vez más a las dehesas del sur y eso provoca la muerte de cientos de árboles que no encuentran la regeneración adecuada por el pastoreo abusivo, que no deja respirar a los nuevos brotes. El conocimiento de todas estas vías abre además un camino único e insoslayable para su aprovechamiento de cara al turismo rural por el alza que han tomado actividades como el senderismo o determinados deportes de aventura, que además pueden convivir en perfecta armonía con la conservación de la naturaleza.

Y es que tan importante es el sistema de vías pecuarias que mediante cañadas reales de gran recorrido surca España de Norte a Sur como ese otro entramado de cordeles, coladas y veredas que existen en nuestras comarcas, pues conociendo estas sendas se puede llegar a los lugares más intrincados y más atractivos desde el punto de vista ambiental sin tener que pisar ninguna propiedad privada. La recuperación y, sobre todo, su conocimiento es tarea de todos.



☒ **Tras la nevada.** Los abrigos naturales, como la Cuevecilla del Agua, servían de protección a los pastores que apacentaban sus ganados entre las alturas de la Sierra de las Nieves y las campiñas.

☒ **Entre provincias.** Aparte de los pastores que bajaban de Castilla, a la Sierra de Sevilla y a las campiñas del Valle del Guadalquivir llegaban ganaderos de lugares tan lejanos como Castrii, en Granada. Era otro tipo de trashumancia, muy poco estudiada.

3 VIVIR ENTRE CAÑADAS Y DEHESAS.



La trashumancia y la dehesa tienen un camino paralelo, pero configuran identidades distintas. Si el trasiego con animales se encuentra a un paso del nomadeo, la dehesa es el paradigma de explotación permanente,...

...aunque ambas formas de entender el campo están ligadas y han permanecido inmutables hasta hace pocas décadas gracias a la relación que han mantenido. La vida de quienes protagonizaban estas dos maneras de entender el entorno natural se hacía muy dura, pues el contacto diario con un medio agreste condicionaba su existencia. Las limitaciones productivas de buena parte del suroeste español –como se ha referido anteriormente–, con suelos pobres y sequías prolongadas y con diferencias geográficas y climáticas acusadas entre territorios muy cercanos, hacen necesaria la dehesa y el traslado del ganado para evitar el agotamiento de los recursos. Es una gestión del campo que piensa en el mañana por encima de todo. Aunque haya habido etapas de roturaciones y de destroz del arbolado, quienes han vivido cerca de las dehesas y quienes se han aprovechado de ellas siempre han reconocido que encinas y alcornoques son fundamentales para su sustento.

De los muchos estudios y planteamientos agronómicos, geográficos o históricos que existen sobre el funcionamiento de las dehesas en el suroeste ibérico se puede extraer que la explotación del encinar ha quedado distribuida a lo largo de los siglos en tres tipos de propiedad bien diferenciados pero comunes en todas las comarcas donde se da este sistema. Las tierras comunales, gestionadas por los concejos, los latifundios de nobles y de grandes propietarios y la pequeña o mediana explotación son elementos de administración de la tierra que han jugado un papel vital en la conservación de la dehesa. Estas formas de aprovechamiento son la base sobre la que se va creando todo un organigrama productivo, que es distinto en cuanto a la naturaleza de la propiedad y a los ciclos de explotación, pero similar en el objetivo: la conservación de las encinas centenarias y de sus frutos. En realidad, la existencia de las tierras comunales es la base de la conversión de las dehesas en minifundios y en mu-

☒ **En montanera.** Los cerdos son conducidos a las dehesas entrado ya el otoño. Allí aprovechan la bellota y las hierbas silvestres, que son la base del jamón ibérico de mayor calidad. Esta actividad genera mano de obra y es fruto de un legado de tradiciones extenso y exclusivo de las dehesas del sur.

chos latifundios formados después de los procesos desamortizadores del siglo XIX, aunque también habría que tener en cuenta las extensas dehesas señoriales, que se han ido heredando dentro de las familias propietarias desde hace siglos.

CORTIJOS Y HACIENDAS.

Una negativa evolución de las desamortizaciones y de la propiedad de las grandes extensiones de tierra sometidas a señorío nobiliario hacen que el campo andaluz y extremeño quede convertido en grandes fincas a mediados del siglo XIX. Las consecuencias sociales de todo este proceso convierten el cortijo y la dehesa en una unidad productiva casi autosuficiente, independiente y de la que dependen desde hace siglos muchas vidas. La pobreza de los territorios de Sierra Morena hizo que, en siglos pasados, los grandes propietarios vivieran obsesionados con aumentar sus fincas para incrementar sus rentas porque la ganadería extensiva, principal motor de la explotación, se vendía en bruto y apenas existía transformación de las producciones en origen. La organización de las dehesas en los

grandes cortijos se hacía de forma concéntrica a la vivienda principal. La casa se convertía en eje de la vida de quienes apenas visitaban los pueblos. La vivienda en el campo del propietario, del «amo» o del «señorito» –este término por derivación del uso señorial– como servilmente se conocía al inmueble principal en toda Sierra Morena, era el centro de decisiones. Testimonios de personas mayores que han vivido bajo este orden reconocen que había trabajadores que podían pasar años o incluso una vida sin entrar en la casa del dueño de la dehesa. Pero las costumbres de los responsables del capital fueron cambiando. En un primer momento vivían en los mismos pueblos. Hasta principios del siglo XX, lo normal era que los grandes latifundistas desarrollaran su vida, sobre todo, en localidades de cierta importancia como Villanueva de Córdoba, Almodóvar del Campo, Zafra, Cazalla de la Sierra, Constantina, Aracena, Ronda, Palma del Río, Écija, Fuente Obejuna, entre otros. Vivían cerca de sus tierras y soportaban, de hecho, el poder municipal en muchos casos, con lo que el control sobre algunas poblaciones recaía en unas pocas familias. Esta

✉ **Pujanza.** Los grandes cortijos y haciendas han sido durante siglos el centro de la actividad de las dehesas. La casas del propietario, las de los trabajadores, las cuadras, zahúrdas y majadas y todo el entramado de cercados surgían del edificio principal y alargaban su dominio sobre cientos de hectáreas. En las imágenes, se pueden ver tres haciendas distintas en la Sierra Norte de Sevilla.

forma de vida hizo que se construyeran palacetes en los pueblos o mansiones de considerable valor artístico en muchos casos. Así el poder se ejercía desde la gran casa del pueblo, desde el Casino o desde el propio cortijo. Pero en las primeras décadas del siglo pasado, muchas de estas familias se marcharon a ciudades como Madrid o Sevilla, donde se dedicaron a otros sectores cercanos a la industria, vivían de las rentas de la dehesa o encauzaban a sus hijos hacia carreras universitarias para convertirlos en profesionales de prestigio. También hubo familias de grandes propietarios que quemaron su patrimonio y se vieron obligadas a vender, pues al alejarse de un medio tan delicado como la dehesa se descuidó su generación de rentas y se hundió el sistema.

En cualquier caso, la vivienda del dueño de la finca se convertía en el epicentro de todas las actividades.

MUCHAS FAMILIAS SE MARCHARON A CIUDADES COMO MADRID O SEVILLA, DONDE SE DEDICARON A OTROS SECTORES.



Y es que muchas de estas tierras solían tener su gestión adjudicada a un administrador que tenía una estrecha relación con el propietario. Estos administradores se encargaban de dar salida al ganado en ferias o contactando con tratantes y vendedores del mismo pueblo o de la capital más cercana. También

era tarea del administrador llevar las cuentas de los trabajadores de la dehesa, la gestión de los permisos, los pagos y las compras. Este administrador también era el encargado de los arrendamientos de la tierra a colonos, algo común en la Sierra de Sevilla y la Sierra de Ronda, o a pastores llegados de Castilla



☒ **Tradiciones.** Carros y mulas eran el conjunto ideal para ganarse la vida en el pasado. La primera prestación de servicios en el mundo rural es el transporte, que se hacía en el pasado con recuas y carruajes.

buscando los invernaderos, como ocurría en Los Pedroches, en el Alto Guadiato, en la Sierra Morena cordobesa, en Alcuía y en La Serena. La mayoría de los administradores solían residir en los pueblos o en ciudades cercanas, y aunque los había que llegaban a ocupar las dependencias del dueño en el campo, lo normal es que no estuvieran permanentemente en la dehesa, ya que siempre tenían a su cargo a capataces o a aperadores de confianza. Una de las figuras más importantes de la dehesa es el casero. En muchas explotaciones el casero se confunde con los capataces o con los mayores, pero en el organigrama del gran latifundio, donde hay una importante cuadrilla de trabajadores, el casero es una especie de auxiliar de mantenimiento que solía tener empleada a su mujer y a sus hijas, si las tenía, en las tareas domésticas del cortijo

principal o vivienda del propietario. El casero es un privilegiado en el cortijo, pues a estos empleados, cuyo cargo se solía heredar de padres a hijos por la necesaria confianza que se depositaba en ellos, se les daba vivienda, se les permitía tener animales propios e incluso se les proporcionaba una pedazo de tierra para que cultivaran un huerto. También tenían permiso para cazar, coger bellotas, espárragos y setas. Incluso podían tener aves de corral de su propiedad. Lo normal en las explotaciones de mayor dimensión era que el oficio de casero fuera independiente de otras actividades, pero hay fincas en las que este empleado también desarrollaba tareas de capataz y organizaba cuadrillas; incluso se convertía en una especie de jefe de personal de la dehesa por la confianza de la que gozaba. En íntima relación con este cargo se encontraban por tanto



☒ **Corraleta.** Restos de una pequeña explotación agraria y ganadera en Aracena.

UNA DE LAS FIGURAS MÁS IMPORTANTES DE LA DEHESA ES EL CASERO. AUNQUE A VECES SE LE CONFUNDE CON EL CAPATAZ O CON EL MAYORAL.

los capataces. En muchos casos, capataces y caseros pertenecían a la misma familia y confundían sus funciones porque llevaban varias generaciones en el cortijo. A su vez, éstos daban trabajo en determinadas temporadas a primos, hermanos o sobrinos que nada tenían que ver con la vida en el cortijo y que actuaban a cambio de un jornal.

Las viviendas de los caseros y de los capataces solían estar en el patio o corral central del cortijo, anexas a la vivienda principal. Las haciendas de Sierra Morena presentan múltiples tipologías según el lugar donde se ubiquen y en función de las influencias que una determinada comarca haya tenido. Así, los grandes caseríos de las sierras de Sevilla Huelva, incluso en el sur de Extremadura, conforme avanzó el siglo XX, fueron adoptando elementos propios de las campiñas y de las haciendas más ricas de estas provincias. Una de las características de esta evolución se aprecia en el uso de tonos color albero o

verdes para remarcar dinteles y jambas de puertas y ventanas. Mientras, en Los Pedroches o en la Sierra Morena cordobesa, se sigue utilizando el granito o la piedra más típica de la zona, como es el caso de la molinaza en Montoro y Adamuz.

Si el corazón del cortijo lo conformaban las viviendas principales del dueño, de los caseros y de los capataces, que son empleados fijos, la actividad productiva concentraba su base en las cuadras, pajares, almacenes, naves ganaderas y demás edificios auxiliares como el guadarnés. Estas estructuras, que siempre son de obra y mampostería, se convertían en habitación durante temporadas como la siega, el esquilo, la poda de las encinas, la recogida del corcho en aquellas fincas donde hubiera alcornocal o las cacerías. Y es que la mayoría de los empleados de estas labores llegaban al cortijo por temporadas. Uno de los ejemplos más singulares de la arquitectura tradicional de las dehesas del sur relacionada

LA MAYORÍA DE LOS EMPLEADOS DE LAS DISTINTAS LABORES LLEGABAN AL CORTIJO POR TEMPORADAS.

Mastines y careas, protección y ayuda en el camino.

La vida resultaba más dura aún para los pastores cuando la amenaza del lobo planea por el monte. La imagen del mastín se hace imprescindible como elemento de protección, mientras que la del perro de careo o perro carea se erige como el delegado del pastor en el rebaño, pues ponía orden en el complicado manejo del ganado ovino. Desde cachorros mastines y careas convivían con las ovejas para trabajar con ellas gracias a un especial sentido de la compañía y de la defensa en la dehesa. Aunque el carea y mastín son imprescindibles en el rebaño trashumante, no es bueno que se críen juntos, según los pastores a los que se ha consultado, ya que contaminaría sus funciones, que son bien distintas. El carea no es ni puede ser un perro guardián. Es tímido y huidizo para el extraño y sumamente cer-

cano para el propietario. Los perros de carea tienen una inteligencia natural que les hace conducir rebaños a veces de forma instintiva. Su rapidez es fundamental para poder ir colocando a las ovejas de guía, las que llevan cencerro, al frente del rebaño en las cañadas. Y si en estos tiempos, el uso del perro carea sigue siendo fundamental para los pastores, en el pasado lo era más, debido a la inexistencia de cercados y a la mayor frecuencia de los traslados de los rebaños, no sólo de los que hacían trashumancia de largo recorrido, sino de los que cambiaban de finca por caminos y cañadas que atravesaban delicados sembrados de cereal o viñedos y donde la entrada del ganado de forma accidental podía provocar un problema grave. El carea siempre debe ir recortando el rebaño por los flancos y ha de



La vida resultaba más dura aún para los pastores cuando la amenaza del lobo planeaba por el monte.

estar atento a la voz del pastor, que lo dirige con silbidos y voces. No existe una única raza de perro carea y las que existen no están del todo definidas ni reconocidas, por lo que corren grave peligro de desaparición. Quizá el carea leonés es la variedad que está más cerca del reconocimiento, pues existen estudios de la Universidad de León es este

sentido. Pero también están más o menos definidos los tipos de careas castellanos y manchegos, aunque en Andalucía se llegó a usar el perro de aguas español como carea. En muchos casos, sencillamente, se utilizaron perros mestizos pero fieles a su amo y que eran hijos y nietos de careas que pasaban de pastor a pastor sin tener definido ni un tipo ni una raza.

El mastín español, por el contrario, sí tiene unas características definidas y un estándar de raza. De gran corpulencia, viajan dentro del rebaño, donde por sus colores leonados y atigrados llegan a confundirse con las ovejas. En el pasado, cuando la presencia del lobo era frecuente en todos los montes españoles estaban equipados con collares de pinchos llamados carlan-cas que les servían de defensa de los colmillos del lobo. El mastín es noble por regla general, pero sumamente fiero cuando extraña o advierte el peligro.



con los temporeros se da en la Sierra Norte de Sevilla. A medio camino de Constantina y de Cazalla de la Sierra aún se pueden encontrar las denominadas tribunas, construcciones específicas para jornaleros de las que desgraciadamente apenas quedan dos o tres en pie. Se trata de edificaciones de fuertes muros con tejado a cuatro corrientes. El aspecto exterior llama la atención por su forma totalmente cuadrada, a diferencia de los tradicionales cortijos rectangulares y a dos aguas.

A raíz de las estas naves auxiliares y de los establos y zahúrdas surgían los cercados. Hasta la generali-

zación de la alambrada, estas divisiones se hacían siempre de piedra. La construcción de estos muros, que en algunos casos tienen hasta un par de decenas de kilómetros, debió ser una tarea ingente y da una idea de los medios del pasado, de los escasos honorarios de la mano de obra y de la abundante materia prima. Porque el cercado cumple dos funciones: la primera es cerrar el ganado y la segunda es la utilización de las piedras que dificultan las siembras y el crecimiento de los pastos. Estos cercados ganan en tamaño conforme se alejan de la casa, pues junto a la vivienda principal se disponen



✘ **Una construcción singular.** Las tribunas eran viviendas adecuadas para jornaleros propias de la Sierra de Sevilla. Alrededor del fuego, que se situaba en el centro del interior de estos edificios, de cuatro corrientes, se colocaban los colchones y esteras de los jornaleros, que dormían en unos bancos de mampostería. Más al norte, entre Guadalcanal y Extremadura, hay una construcción parecida que se denomina torruca.

parcelas más pequeñas que se utilizan como cebadero o como lugares habilitados para el ordeño o el apartado y destete de reses.

Es muy común en las grandes haciendas de las dehesas del sur la existencia de casas y de chozos diseminados por la propiedad. La enorme extensión de estas fincas hacía necesaria su división por hojas y la vigilancia y explotación de todo el territorio; en una época en la que los únicos medios de locomoción estaban relacionados con los animales de carga y tiro se daba valor a estas viviendas de segundo orden. Quienes residían en ellas pasaban meses sin relacionarse con nadie que no formara parte del núcleo familiar. Al estar en las zonas más apartadas estaban expuestos a las peores inclemencias del tiempo y a las consecuencias de las enfermedades. Sin embargo, estos cortijillos los habitaba personal fijo de la finca en la mayoría de las oca-

siones. Los porqueros, por ejemplo, encargados de llevar a los cerdos a las montaneras, permanecían alejados de la casa grande durante el periodo de engorde del ganado, entre octubre y febrero. Los guardas de caza que vigilaban las lindes y los lugares más intrincados del coto, los carboneros o piconeros y los pastores también ocupaban estas humildes moradas, aunque estos últimos vivieran con más frecuencia en chozos. «De pequeña, siempre me preguntaba el motivo por el que las familias de los pastores vivíamos en chozos y los porqueros se alojaban en los cortijos». Es el testimonio de Ángeles Cruz, quien a sus más de 90 años recuerda cómo su padre, pastor en distintas fincas en las sierras de Córdoba, en la zona de Espiel, Villaviciosa y el Calatraveño, siempre les tenía de un lado para otro mudándose de chozo, mientras que otros operarios de los cortijos podían vivir en las casas de



✘ **Pequeños cortijos.** Los asalariados, caseros, porqueros y pequeños propietarios solían vivir en cortijos situados en la periferia de las grandes fincas o en pequeñas parcelas de su propiedad. Es el caso de esta coqueta casa de campo situada en Constantina.

ES MUY COMÚN EN LAS GRANDES HACIENDAS DE LAS DEHESAS DEL SUR LA EXISTENCIA DE CASAS Y DE CHOZOS DISEMINADOS POR LA PROPIEDAD.

obra o anexas a la vivienda del propietario. La respuesta es muy sencilla: el pastor estaba continuamente moviendo el ganado en estas extensas fincas, que a veces tenían parte de sierra, de vega en regadío y de siembra de cereal. Así, tenían que cambiar su humilde vivienda para aprovechar al máximo los pastos de la dehesa sin esquilmarlos, las mieses del rastrojo y los restos de las podas de encinas y olivares. Se daba el caso además de que los grandes propietarios solían tener varias fincas en una misma comarca o término municipal con una explotación distinta. Normalmente, en todas las comarcas de las dehesas del sur se podía optar por los llanos cerealistas del entorno de las poblaciones para la derrota de mieses, por las dehesas en tiempo de

EL GRANITO, LA PIZARRA,
LA MOLINAZA Y A VECES
SÓLO ADOBE SON LA
ESENCIA CONSTRUCTIVA
DE LOS MUROS.



bellota, por los olivares de la sierra una vez acabada la recogida de la aceituna o por los pastos de media montaña de espacios como la Sierra de las Nieves. Así se aprovechaban todos los ciclos y los restos de los cultivos. En el caso del olivar de montaña, la oveja jugaba y sigue jugando un papel muy importante, puesto que durante la primavera se come la hierba manteniendo limpias las calles que existen entre las líneas de olivos. El ovino evita igualmente que salgan varetas en los pies de los árboles y abona la tierra con sus excrementos mientras deambula por la explotación.

Los materiales con los que se construían estas viviendas diseminadas por la finca varían según

la zona, pero tienen una característica común: se levantan con elementos recogidos en el mismo entorno. Así se convierten en una especie de chozos de obra. El granito, la pizarra, la piedra molinaza y a veces sólo adobe son la esencia constructiva de los muros. Para los dinteles y jambas se llegaba a utilizar, aparte de la piedra, madera de encina, de roble o de castaño, aunque las dos últimas variedades son mucho más costosas. Las cubiertas se realizaban con elementos que van desde la teja hasta las ramas de jara, retama u otros tipos de matorrales propios del monte mediterráneo. Este tipo de construcciones no se solía blanquear. Se dejaba la piedra viva. Por dentro, los habitáculos tenían una chimenea y

✉ **Para el ganado.** Distintos de tipos de cuadras y zahúrdas con el modelo tradicional, el que se imponía en los corrales de los cortijos en siglos pasados. Como se aprecia en estas imágenes, todo se construía con mampostería alrededor de la construcción principal. De izquierda a derecha, cuadras en los alrededores de Capilla (Badajoz), corral para ovejas entre Cazalla y Guadalcanal, cerrado de ganado en Campanario y zahúrdas de piedra de granito en Cortegana.



la cama podía estar en el mismo salón o en un recinto contiguo. Más de una habitación era un lujo, pues el resto de la pequeña construcción se dedicaba a cuadra; las bestias dormían bajo el mismo techo que las personas.

LA MONTANERA.

La montanera o proceso de engorde de los cerdos ibéricos es la principal actividad de las dehesas del suroeste español. Este proceso, aparentemente sencillo, tiene muchas implicaciones en una gran finca. Las cochinas de cría solían parir en chozas construidas con todo lo sobrante en el campo, desde hierros hasta maderos, o en zahúrdas. Algunas de estas últimas dependencias son verdaderas obras de arte, pues tienen techos abovedados de mampostería que se han conservado hasta nuestros días. Además del refugio donde criaban las cochinas, lo propio de las zahúrdas es contar con un corralillo delantero. El manejo de este tipo de ganado apenas ha cambiado en las grandes dehesas del sur. El nacimiento de los lechones llega entre la primavera y el verano y su periodo de estancia en el cortijo oscila

entre los 12 meses y los dos años en algunos casos. Muchos de estos cerdos destetados no llegaban a comer las bellotas de las encinas porque se consumían como lechones de ferias y fiestas, pues constituyen uno de los platos más suculentos de la gastronomía de la dehesa.

La entrada en montanera se produce entre octubre y noviembre. Desde siempre, en las explotaciones de más importancia, se contaba con uno de los capataces, o era el mismo casero, para distribuir por la finca a los vareadores o *engordaores* que se llevaban piaras de hasta 100 animales para tirarles la bellota de los árboles. El cerdo ibérico aprovecha la hierba y las raíces además del fruto de la encina y del alcornoque, algo que resulta fundamental para que sus derivados tengan el toque de grasa justo. La montanera movilizaba a todos los operarios del cortijo, que incluso empleaban a sus hijos de corta edad para guardar las piaras en determinados puntos de las fincas. Hay cantidad de testimonios de personas de Sierra Morena que cuentan sus peripecias como pequeños porqueros, su primer oficio.



✉ **Bajo la encina.** Los cerdos ibéricos pasan el invierno deambulando por la dehesa. Su dieta: la bellota. El resultado: productos cárnicos de inigualable calidad como el jamón.

Acabada la montanera comenzaba la poda del encinar y con ésta nuevos aprovechamientos como el picón, la leña y el pastoreo de ramoneo. Las dehesas solían dividirse en lotes de entre 25 y 50 hectáreas, que se entregaban a cuadrillas de varios hombres, aunque más que de usos y costumbres, la disposición del proceso de poda variaba según la competencia de quienes estaban encargados de esa labor, así como del lugar escogido. Los *talaores* se encargan en la mayoría de los casos de cortar en tacos la leña, que luego se conduce al cortijo principal para abastecer el fuego. Las ramas de menor importancia se suman al arranque de matorrales como la jara, la retama o el jaguarzo, entre otros, que son la base del picón. Este aprovechamiento tenía muchas variantes, aunque en la mayor parte de los casos se entregaba a los propios jornaleros o trabajadores de los cortijos que se trasladaban con su familia al

campo para elaborar este combustible. Este aprovechamiento suponía un aporte fundamental para las rentas de muchas personas, que vendían este elemento por las calles de los pueblos. El piconeo se convertía en la principal fuente de calefacción de los hogares más humildes, donde no había chimenea ni se compraba leña porque era más cara. Con el picón se «echa el brasero» por la mañana temprano. Esta labor correspondía a las mujeres, que nada más levantarse prendían fuego a las primeras ascuas y abanicaban la pequeña llama para que se extendiera. Este carbón vegetal se convirtió en un elemento vital para muchas economías de ciudades como Córdoba, donde había incluso un barrio, el de Santa Marina, que era el de los piconeros. Muchos de los residentes en esta zona partían con sus burros o mulos hacia la cercana sierra para hacer el picón que luego se vendía en la capital.

EL PICÓN SE CONVERTÍA EN LA PRINCIPAL FUENTE DE CALEFACCIÓN DE LOS HOGARES MÁS HUMILDES, DONDE NO HABÍA CHIMENEA NI LEÑA.

Rufino Acosta, en su artículo *La Cultura de la Dehesa*, describe cómo aparte del tratamiento que se daba a las podas del encinar de cara a la elaboración del picón o la leña, existía toda una cadena de aprovechamiento del matorral. Nosotros, por otra parte, y como antes se ha apuntado hemos constatado que había una lucha continua para frenar la proliferación de jaras y demás arbustos mediterráneos en las dehesas con peor terreno o mayor pendiente. Con frecuencia, los dueños de estas zonas las entregaban a cuadrillas de materos o colonos, pegujaleros y yunteros, que, según coincide Acosta, explotaban estas tierras más pobres a cambio de mantener limpia la propiedad o por una pequeña renta. Con el matorral hacían picón. Cuando la propiedad cubierta de monte era un baldío controlado por un concejo ocurría una cosa muy distinta. Los colonos o jornaleros que desmontaban

el matorral se quedaban con la tierra y, andado el tiempo, ostentaban su propiedad por haber pasado ésta de generación en generación. Es lo que ocurre en localidades como Santa Eufemia, al norte de Los Pedroches. Aún hoy en día existen muchos terrenos que no tienen escrituras, pero sí propietario. Se trata de territorios que se desbrozaron hace siglos, se pusieron en cultivo y se hurtaron a los grandes baldíos de este término. Tenían poco terreno, diez hectáreas a lo sumo, pero se convertían en verdaderas unidades productivas en las que incluso se llegó a sembrar un olivar de bajo rendimiento que todavía se explota.

Porque en la gran dehesa se aprovechaba todo. Hasta el monte más rebelde servía, como relata Acosta Naranjo, para hacer escobas, tejer el entresijo de los tejados, para chumascar los cochinos de la matanza y para calentar los hornos. También recuerda este

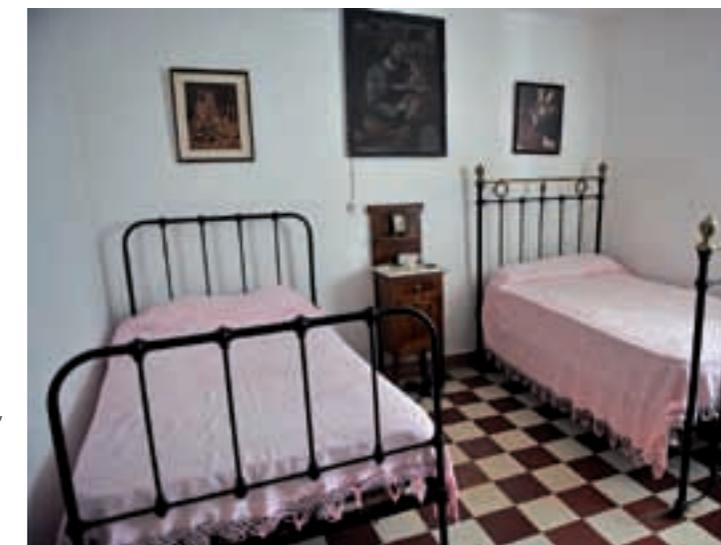


LA RIQUEZA DE LA DEHESA ESPAÑOLA PERMITÍA LA EXISTENCIA DE PEQUEÑOS Y MEDIANOS PROPIETARIOS AUTOSUFICIENTES.

autor los usos medicinales del monte y la riqueza que suponían los frutos silvestres como los hongos, las setas o los espárragos. Y es que la dehesa no se ha mantenido únicamente por el celo de los grandes propietarios. Existió también una especie de clase media propietaria muy diversificada, de muy distinto carácter que vivía gracias a este sistema que permite, en la mayoría de los casos, la autosuficiencia.

UNA FINCA, UNA ECONOMÍA.

Los avatares de la historia agraria del sur de la Península propiciaron la existencia del latifundio. Pero pese al empuje de éste, la riqueza y la diversidad de aprovechamientos de la dehesa española permitían la existencia de un porcentaje considerable de pequeños y medianos propietarios que labraban su tierra y realizaban distintas combinaciones con su propiedad, con arrendamientos o con trabajos externos para poder salir adelante. Estamos hablando de dehesas cuya extensión podría encontrarse por debajo de las 100 hectáreas, una superficie a partir de la cual sería necesario el concurso



✉ **Cortijo modelo.** Los pequeños propietarios de dehesas ya podían contar con viviendas de cierto porte. En las imágenes, distintas estancias, bodega incluida, de un case-río en la Sierra de Huelva.

de demasiados operarios externos como para considerar esta tierra como pequeña o mediana propiedad. Es cierto que distintos tratados agronómicos consideran latifundio toda finca mayor de 200-300 hectáreas, pero en esta obra no somos partidarios de poner límites, ya que la naturaleza del terreno y las tareas a desarrollar en el mismo condicionan en buena parte si una finca es o no un latifundio. Y es que no es lo mismo un olivar de 100 hectáreas que una dehesa o una finca de monte con el mismo terreno. En Andalucía, se puede considerar gran propiedad una explotación de 500 hectáreas, sin embargo, en algunas zonas de Galicia o de Asturias, latifundio puede ser una extensión de apenas 50 hectáreas de terreno.

Caracterizar al pequeño y mediano propietario es muy complicado dada la heterogeneidad de modalidades de aprovechamiento que se dan en los distintos nichos de productores. Además hay que contar la evolución de la propiedad en los últimos dos siglos. Pese a todo, existe una serie de características comunes que se dan entre Huelva y Córdoba y de La Serena y Alcudia hasta la Sierra de

Ronda. La base de la pequeña propiedad, quizá del autoabastecimiento, la ocupan el colono o propietario que adquiere su tierra a través de algún derecho relacionado con su trabajo o con el asentamiento en una determinada zona, bien porque es un espacio de repoblación bien porque está sometido a vaivenes bélicos. En la tierra de Las Contiendas, conocida así por los litigios con Portugal en la Edad Media, se dio un incipiente fenómeno colonizador que fue posible gracias a la cesión de tierras a personas llegadas desde el norte de la Península Ibérica.

También cabría reseñar aquí las repoblaciones de Sierra Morena desarrolladas por Carlos III. El colono también obtiene su propiedad mediante el trabajo. En zonas como la Sierra Morena cordobesa, en la Sierra Norte de Sevilla, en el Valle del Guadiato o en Los Pedroches se da el nombre de labrados a determinadas zonas situadas en baldíos o tierras prácticamente improductivas que a fuerza de rozas y siembras generan una pequeña propiedad que en el futuro acaba en manos de la familia que desde tiempo inmemorial la venía trabajando.

La clase más baja de los dueños de tierra vivía en



✘ **Decadencia.** La crisis que sufrió el campo en los años 60 y 70 llevó a la desaparición a muchas explotaciones de importancia de las que apenas quedan los muros, pero que merecerían una restauración urgente. En las imágenes, viga de un antiguo lagar con su casa principal en el término de Constantina.



chozas o en viviendas peores, en la mayoría de los casos, que las de los empleados del latifundio. Pero estos pequeños labradores se podían permitir el lujo de tener cosecha propia, de engordar sus propios cerdos y de ocuparse de sus aves de corral. Hasta las migraciones del campo a la ciudad de los años 60 existían en Andalucía infinidad de familias que se sustentaban de esta forma. Eran propietarios tan humildes que tenían que dar jornales para ayudar a su hacienda. El huerto jugaba un papel vital. Se sembraban patatas, tomates, melonares y toda suerte de hortalizas. Más de la mitad de estas escasas producciones se vendían en rudimentarios puestos en los mercados de los pueblos y con eso se podía salir adelante. Las posadas de colmenas, la fabricación de quesos y la venta de leche eran otras fuentes de ingresos de estas fincas.

Por encima del colono o del jornalero que llega a ser propietario a base de mucho trabajo se encuentran

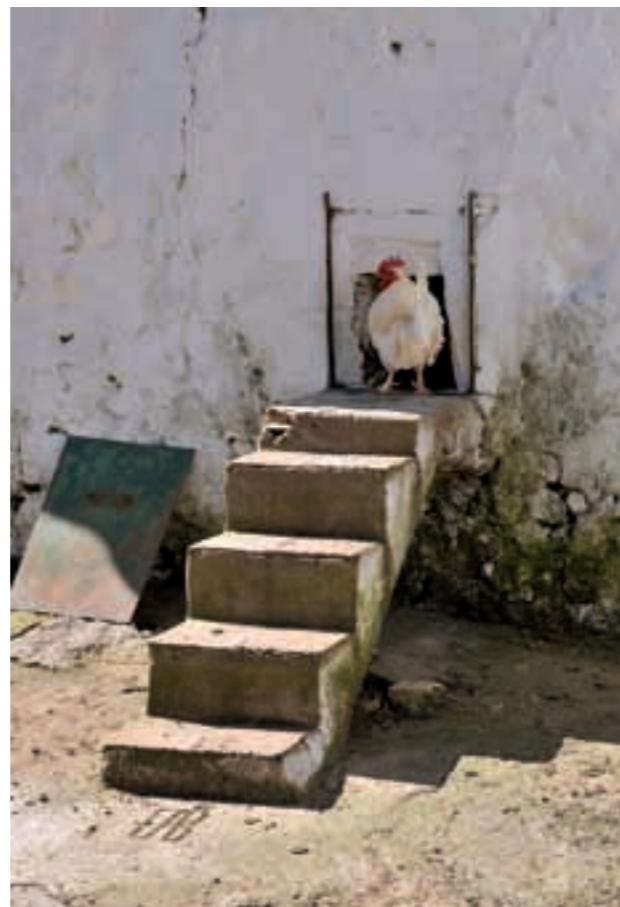
ENTRE 10 Y 50 HECTÁREAS DE DEHESA ERA UNA CANTIDAD SUFICIENTE PARA ABASTECER A UNA O A DOS FAMILIAS.

los dueños de fincas que permitían el abastecimiento suficiente de una familia con las necesidades del pasado. Hoy sería absurdo pensar que una familia podría vivir de lo que producen 10 hectáreas de dehesa, sobre todo porque las necesidades creadas en la sociedad actual hacen imposible que estas unidades puedan competir. Pero hasta hace apenas 40 años, quienes poseían entre 10 y 50 hectáreas de dehesa, una cantidad suficiente para abastecer a una o a dos familias, se les consideraba auténticos privilegiados. Las familias: padres, hijos, hermanos o cuñados desarrollaban la gestión de la tierra sin tener que dar peonadas en otras explotaciones y sin tampoco contratar a ningún operario salvo en ocasiones eventuales. La vida de estas gentes era austera, no estaba exenta de necesidades puntuales, pero,

como se dice en los pueblos del sur: «Iban tirando». Las viviendas que ocupaban estas familias ya tenían otro porte. Se podían permitir la piedra y elementos constructivos de mayor solidez aunque en un mismo cortijo residieran dos o más núcleos familiares. Tampoco faltaban en estas explotaciones el huerto, los melonares, el viñedo, las siembras de cereal, y además podían contar con varias cabañas ganaderas. Los pequeños propietarios ya sacan al mercado sus producciones. Venden lechones, corderos y ello les sirve para sobrevivir a los años malos debido a su necesario carácter ahorrativo. En las dehesas del sur es vital la mentalidad básica del campesino, del que subsiste a la sequía gracias a lo que guarda en tiempos de bonanza y no derrocha ni exhibe su riqueza en los años buenos. Un tercer escalón lo constituyen a quienes podemos denominar medianos propietarios de dehesas, aque-

llos que están a un paso del latifundio pero que por carácter y porque dependen de su trabajo diario no se les puede considerar latifundistas. Se puede decir que ésta es la clase media agraria, que, desgraciadamente, siempre fue escasa en muchos puntos de Andalucía. Sin embargo, en Sierra Morena tuvieron un papel esencial en la distribución de la riqueza y de los organigramas sociales de los pueblos. En localidades como Pozoblanco, en Los Pedroches, al pequeño y al mediano propietario desde estas características se le denomina zoleja y tenía y sigue teniendo mucha presencia en la economía local. El zoleja puede tener varias fincas, pero también trabaja en lo suyo de sol a sol. Los más afortunados, los que ya cuentan con propiedades que rondan las 100 o más hectáreas se pueden permitir el lujo de contratar a jornaleros para determinadas temporadas como la siega, la tala o la montanera, pero la ges-

EN POZOBLANCO, AL PEQUEÑO Y AL MEDIANO PROPIETARIO DE TIERRAS SE LE DENOMINA ZOLEJA.



✉ **Sustento necesario.** Las aves de corral son fundamentales para la economía de los cortijos. Gallinas, pollos y pavos servían para preparar el guiso casi a diario. En la imagen, una gallina junto a una original piquera en la Sierra de Huelva.

tión del ganado es cosa suya. Incluso suelen tener algún que otro trabajador de confianza que ejerce las veces de casero y que puede tener parte en la explotación en régimen de aparcería. El dueño de la finca ponía la tierra y el asalariado el trabajo a cambio de una parte de la producción. En estas fincas se daba una extensa montanera y se solían apacentar ovejas y vacas de carne al tiempo. También daban abundante caza al propietario, puesto que al tener una mayor dimensión propiciaban la práctica de una actividad situada a medio camino entre la necesidad y el ocio.

El origen de estas fincas de tamaño intermedio es muy diverso y varía según las zonas. La partición de una finca de mayor tamaño tras una herencia o la adquisición de tierras tras desamortizaciones como las de Madoz o de Mendizábal son algunos de los motivos por los que se generó este escalón de clase propietaria. Y es que buena parte de las fincas comunales que eran disfrutadas por colonos y por las personas vecindadas en un determinado concejo se vendieron por quintos o lotes. Esto enriqueció a unos, los que compraron en subastas organizadas

por los gobiernos de turno, y empobreció a quienes rozaban y labraban esta tierra porque o adquirían la finca en la que trabajaban o volvían a ser asalariados. A veces, la venta de un latifundio por partes debido a una mala gestión o la agrupación de pequeñas fincas por una medida política de matrimonios entre familias era la causa de que la propiedad creciera en territorio.

ABANDONO Y REINVERSIÓN.

«Ya nadie quiere campo». La modernización del agro fue duro golpe para los distintos sistemas de explotación de las dehesas. Y si en los 60 aún quedaban caseros y aperadores en los cortijos de Sierra Morena, hoy los operarios de las grandes fincas tienen su residencia en el pueblo más cercano. Pocos duermen en el cortijo. Se podría decir que la dehesa, hasta que se produjo el cambio en su gestión, era un sistema redondo. Todo se aprovechaba y los elementos incluidos en su organigrama de explotación encajaban. La siega daba paso a la derrota de mieses, luego comenzaba la montanera, después la poda y al final el picón. Los huertos, melonares, las aves de



✉ **Necesaria subsistencia.** Los huertos y las conducciones de agua como las de la fotografía son una muestra de que aún hoy se siguen usando mecanismos de producción básicos que fueron claves en el pasado.

corral, entre otros elementos, eran fundamentales para la economía doméstica, que obtenía casi todos los recursos del entorno natural. La crisis de la explotación de la dehesa llega por dos motivos: el desarrollo de núcleos fabriles con importante demanda de mano de obra y promesas de una mejora de la calidad de vida y la entrada en escena de la maquinaria agrícola y de la consiguiente modernización del campo, a veces de forma impuesta y poco racional. La segadora sustituye a las cuadrillas y la alambrada al pastor. El propietario que antes necesitaba varios operarios para el manejo del ganado se encuentra con que tras una pequeña inversión puede reducir de forma considerable la mano de obra, que además es cada vez más escasa debido a la emigración. Si miramos las tablas de los padrones y censos de las localidades enclavadas en las dehesas andaluzas,

extremeñas o manchegas nos encontramos con que más de un 30 por ciento de la población entonces joven se fue a la ciudad. El desinterés por la explotación tradicional de la dehesa hizo que muchas fincas se abandonaran o que descendiera su rendimiento de forma considerable. Donde antes convivían varias cabañas ganaderas y familias enteras apenas queda un mayoral y sólo se aprovecha la montanera. Para colmo, el cerdo ibérico se vio afectado por la peste porcina africana y esta producción entró en crisis. Cambios tan bruscos en tan poco espacio de tiempo generaron una situación complicada que sólo ha podido ser amortiguada por quienes han aguantado en el campo gracias a las ayudas europeas y a la llegada de capitales procedentes de otras actividades como la construcción, cuyos beneficios se han invertido en fincas.

☒ **Recuperación.** Vista del Lagar del Duende, en la Sierra Norte de Sevilla, que ha sido recuperado

y hoy ofrece las enormes tinajas donde se fermentaba el vino en el pasado. Junto a las antiguas

dependencias, se ha construido recientemente una nueva bodega.





El descenso de la explotación de la dehesa trajo consigo que muchas fincas fueran tomadas por el monte bajo que recubrió lo que antes eran rozas y siembras de cereal entre las encinas y alcornoques. Ya no se aprovechaba el matorral para la fábrica de los tejados por la entrada en el mercado de nuevos elementos constructivos, como los techos de materiales plásticos, que llenaron las dehesas de antie-téticas cubiertas, ni se hace picón salvo en contados casos. El avance del monte ha convertido muchas dehesas en cotos de caza mayor superpoblados de

QUEDAN POCOS PASTORES Y LOS QUE AÚN EXISTEN HAN QUEDADO RELEGADOS A LAS ZONAS MÁS APARTADAS.

cérvidos. El avance de estas especies hace posible que en pleno siglo XXI se puedan avistar manadas de venados y ciervas en lugares como las llanuras de cereal desprovistas de vegetación mediterránea que se extienden por Los Pedroches, el Valle del Gua-



diato, La Serena o Alcudia. Y es que este fenómeno se ha dado con especial significación en las provincias de Sevilla, Córdoba y Ciudad Real, por ello hoy albergan junto a la Sierra de Andújar las mejores fincas de montería de España.

Pero en muchos de estos lugares, mencionados en el *Libro de la Montería* de Alfonso XI en el siglo XIV, nunca se habían visto jabalíes y mucho menos venados desde la Edad Media. El pintor y escritor Mariano Aguayo, en su obra *Montear en Córdoba*, donde incluye cientos de testimonios de cazadores, afirma que en las sierras de Belmez, Alcaracejos, Pozoblanco, Obejo, Espiel, Villaviciosa, Villaharta o Adamuz no se llegaron a ver venados hasta entrada la década de los 60. A veces, las gentes del campo se topaban con algún jabalí, pero el venado, más esquivo, tardó en repoblar la Sierra Morena cordobesa a partir de las primitivas y tradicionales poblaciones de Hornachuelos y de Andújar. La razón por la que las reses han ganado terreno reside sobre todo en el abandono del campo y de las actividades tradicionales. Además coincide la proliferación de la caza mayor con la marcha a las ciudades de

quienes cuidaban las dehesas y, sobre todo, con la creación de grandes cotos, la mayoría cerrados con malla de dos metros de alta, en los que los grandes capitales de la industria, de la banca y de la construcción tienen un seguro refugio ante crisis como la de 1973. Los cotos se convierten, además, en centros sociales y las monterías en oportunidades de negocio, pues son un encuentro de personas que gestionan importantes capitales.

PASTORES, UN MUNDO APARTE

La imagen del auténtico pastor casi ha desaparecido de nuestros campos. La modernización del agro ha supuesto la práctica extinción de un oficio imprescindible para la economía rural durante siglos. La proliferación de alambradas y cercados, la intensificación de las explotaciones y la mejora de los accesos a las fincas hacen que el personal encargado del ganado pueda vivir lejos de su rebaño, sin necesidad de pasar la noche junto a las ovejas y, sobre todo, sin tener que padecer las inclemencias climáticas que supone la vida al aire libre. Quedan pocos pastores y los que todavía luchan con el ga-

✘ **En Alcudia.** Un pastor recoge sus ovejas al atardecer. De la indumentaria de antaño apenas queda nada. Hoy es más cómodo y funcional ir al campo con modernos monos de trabajo.

✘ **Elemento clave.** Tijeras de esquilar en el Museo del Pastor de Villaralto.

nado de forma tradicional han quedado relegados a las zonas más apartadas. Se podría decir que los pastores han configurado a lo largo de los siglos una sociedad propia, con registros muy marcados. Sus tareas cuentan con un léxico propio, con una cultura material asociada y con un manejo del ganado singular. Además, la vida apartada ha generado incluso líneas literarias y multitud de cuentos y de leyendas que van de lo religioso a lo fantástico.

Las diferencias entre la vida pastoril de quienes recorrían las grandes cañadas y cordeles de norte a sur en busca de los invernaderos y la de los que trabajaban en una gran explotación son amplias, aunque la esencia de su trabajo sea la misma: el traslado constante y diario del ganado. Distinto es el caso de los cuneteros o pitarrereros, como se denomina en distintos puntos de Andalucía a los pequeños propietarios de reses sin tierras propias que alimentan a sus animales mediante el trasiego constante por las cañadas y las zonas baldías o de monte, aprovechando los pastos que dejaban los trashumantes.

Los pastores que quedan siguen pasando gran parte del día en el campo y, ayudados de sus perros, manejan el ganado. La antigua jerarquización de La Mesta y la que imperaba en las grandes fincas se ha perdido. Las cabañas trashumantes que bajaban hacia las comarcas de Sierra Morena y muchas de las que pastaban en las grandes fincas de la Sierra de Ronda y del Valle del Guadalquivir solían tener una estructura clara que ayudaba a la distribución del trabajo y de las responsabilidades al frente del ganado. Si hablamos de grandes rebaños, estaban dirigidos por el mayoral. Los hacendados o los señores –muchos de ellos con título nobiliario o altos cargos de órdenes militares– de Castilla depositan toda la confianza en un encargado que vigilaba los pastos que se arrendaban en el sur, contabilizaba las reses y marcaba el tiempo de partida y el de regreso. En ocasiones, según explica Máximo Diago Hernando en su obra *Mesta y Trashumancia en Castilla. Siglos XIII a XIX*, el propietario otorgaba poderes notariales a sus mayores para que pudieran disponer de su dinero y contratar fincas. El tamaño de las cabañas y el orden de gestión de



☒ **Entre paredes de piedra.** Algunos caminos discurren encajonados entre muros de granito en perfecto estado de conservación. En la imagen, un rebaño pasa a duras penas por una vereda de Los Pedroches.

cada una variaba y era muy heterogéneo, pero lo normal es que cada rebaño de entre 800 y 1.500 cabezas estuviera controlado por varios pastores, entre tres y seis, a cuyo frente se encontraba el rabadán. Según su labor y en función de su situación en el organigrama del rebaño, al resto de los pastores se les denominaba compañero, ayudador, sobrado y zagal, este último de corta edad y encargado de tareas que van desde la intendencia de los pastores hasta el cuidado de ovejas que precisaran trato especial por estar enfermas.

La preparación de los viajes hacia las dehesas del sur comenzaba con el esquila de las ovejas, una tarea que se convertía en una ceremonial por todo lo que significaba cuando la lana era una importante –quizá la más decisiva– fuente de ingresos del ganadero. Hoy, los vellones apenas dan para pagar la cuadrilla que pela el ganado. Tras el esquila se dis-

ponía todo para el apareamiento de las reses en los pastos de verano del norte de la Península. Según Diago Hernando, los pastores sorianos, leoneses o segovianos, procuraban que las hembras estuvieran preñadas en julio para que tras un periodo de gestación de cinco meses parieran ya en los campos de invernada. Y es que así daba tiempo al engorde, al trayecto hacia tierras meridionales y al descanso del recorrido antes del parto.

La partida hacia el sur se hacía en el entorno de la festividad de San Miguel, el 29 de septiembre. Existen muchos documentos que así lo atestiguan. Además, este día es de referencia para la firma de contratos de arrendamiento de pastos y para la celebración de ferias como la de Zafra, la más importante del sur en materia ganadera. La preparación del viaje dependía del tamaño del rebaño, de los hombres que estuvieran a su cargo y del

TAMBIÉN HABÍA PASTORES QUE DESARROLLARON UNA ESPECIAL HABILIDAD EN LA CAZA DE LIEBRES ENCAMADAS CON EL CAYADO.



☒ **De categoría.** Acceso a una de las fincas más importantes de La Serena.

☒ **Una raza imprescindible.** La oveja merina es producto de una mejora genética realizada desde principios de la Edad Media. Su resistencia, su rendimiento cárnico y la calidad de su lana la hicieron protagonista de buena parte de la historia de España.



proceso de arrendamiento de los pastos del sur, puesto que se daba el caso de que el rebaño partía sin tener contratado el invernadero. Esto podía suponer una verdadera tragedia porque o se adquirirían luego los pastos de peor calidad o se pagaban a más precio los mejores. Los grandes rebaños iban acompañados por recuas de hasta seis y siete mulas donde se llevaba el hato de los pastores. El mayoral otorgaba la gestión de su cabaña por partes entre los rabadanes. Hay constancia de sorteos para la adjudicación tanto de las cabezas como de la tierra entre quienes participaban en esta labor. Es entonces cuando surgen denominaciones como los millares, los quintos o los lotes. Esta terminología se sigue utilizando hoy en comarcas como La Serena, Los Pedroches o las sierras de Sevilla y Huelva. Hay autores que consideran que la palabra millar proviene de la capacidad para mil cabezas que podría tener una determinada dehesa, mientras que el quinto lo era para quinientas. Y si en La Serena se extendió la denominación de los millares, en Los Pedroches se dio más el quinto. Así la Dehesa de la Jara, bien comunal de las denominadas Siete

✉ **¿El siglo XXI?** Un hombre regresa de sus tareas agrarias a lomos de su borrico en las cercanías de la localidad de Encinasola (Huelva). Muchos pastores conducían así el ganado durante la ruta.

Villas, se dividió en el siglo XIX en quintos para adjudicarla por partes a cada uno de los municipios antes de ser vendida a particulares. Los nombres de aquellos quintos, que tendrían una cabida de entre 400 y 600 hectáreas, permanecen, como es el caso de los de Rozas Viejas, Navalobo, Cañada de la Pila, Vibanco, Portezuelo, Moheda, entre otras denominaciones.

La vida a partir de la salida hacia el sur se hacía dura. El sustento de los pastores era muy pobre y a una jornada laboral de sol a sol se sumaba que el alimento quedaba reducido a unas migas, algo de carne de oveja y embutido en el mejor de los casos. Lo normal es que las ovejas fueran pastando durante el trasiego y a la caída de la tarde se escogía algún lugar, que solía coincidir con un abrevadero o un arroyo, para dar de beber al ganado y descansar. El conocimiento de las cañadas era imprescindible, pero estos hombres llegaron a tener tal sentido de la orientación y sabiduría que no sólo se manejaban por los principales caminos, sino que al llegar al sur tomaban por carriles y veredas de importancia menor para alcanzar las fincas. El comienzo de cada

una de las jornadas se hacía antes de la salida del sol. El desayuno: migas. Se sacaba a las ovejas de las cercas y se partía. A la caída de la tarde, se preparaba un redil, que en la mayoría de los casos consistía en un círculo de matorrales guiado en ocasiones con tablones y palos. Éstos se llegaban a transportar, para hacer más fácil el proceso de cerramiento del ganado. Así todos los días hasta que se llegaba a los pastos del sur.

Las modalidades de arrendamiento de la hierba variaban según jurisdicciones y regímenes de propiedad. Y es que hay que diferenciar entre tierras de señorío, realengos con comunidades de pastos y tierras de órdenes militares. No obstante, los privilegios del arrendamiento fueron importantes para los ganaderos. Uno de los elementos de defensa más importantes de cuantos otorgaron preeminencia a los ganados trashumantes se firmaron en 1501. Mediante una Real Cédula se prohibía que las tierras que los ganaderos tenían arrendadas cada año se roturaran o se sembraran. Esta ley terminó denominándose de posesión, pues casi implicaba el adueñamiento de los pastos por parte de quienes

POR LA TARDE, SE PREPARABA UN REDIL QUE A VECES CONSISTÍA EN MATORRALES.

simplemente los tenían arrendados. Sólo impago de rentas o que el ganado estuviera enfermo eran motivo para que el rebaño fuera desahuciado, según se cita en los *Cuadernos de la Trashumancia*. Esto provocó múltiples pleitos que fueron resolviéndose mediante disposiciones posteriores que ordenaban que se dejara espacio suficiente para los animales de abasto y las siembras de los pueblos de destino de la cabaña trashumante.

Aparte de las múltiples tradiciones, coplas y usos que trajeron los pastores leoneses y castellanos hacia el sur, éstos fueron artífices de una forma de entender la vida propia. Hasta tuvieron una cultura material singular. Hay autores que llegan a hablar incluso de un arte pastoril, que se refiere a obras realizadas en determinados aperos y en disciplinas



como la cerámica, la cestería, la madera o el cuero. Muchas de estas obras se obtenían en los tiempos muertos en las dehesas del sur, mientras se apacentaba el ganado. Esta cultura material tiene mucho que ver con la vida cotidiana. Los utensilios para la comida se solían decorar. Las cucharas de madera se convirtieron en uno de los soportes más utilizados. Los pastores ponían en el cubierto el nombre y lo llenaban de imágenes de animales, de santos o de mujeres, entre otros motivos. De madera también era el cayado o garrote del pastor, que también solía estar ornamentado y tenía una punta metálica. Este

✉ **Museo del pastor.** La localidad de Villaralto, al norte de Córdoba, alberga una muestra dedicada a la vida pastoril. En la imagen, se pueden ver útiles y cacharros propios de la vida cotidiana de estas gentes.

elemento, de forma curva en uno de sus extremos, ayudaba a la marcha por las cañadas, se podía lanzar contra alguna oveja descarriada, servía para cogerlas del cuello en momentos como el apartado e incluso podría esgrimirse contra algún animal salvaje. También había pastores que desarrollaron

una especial habilidad en la caza de liebres encamadas con esta pieza. Y es que este animal permanece tranquilo ante los rebaños consciente de que la oveja no le hace nada, momento que se aprovecha para golpearla con el bastón. Los cuernos de las reses muertas o de los carneros, a los que se les

amputaban para evitar daños en otros ganados, se utilizaban como recipientes de almacenamiento de productos tan dispares como el agua, el vino, el aceite o incluso la pólvora. También se decoraban y además, por su dureza, se solían convertir en agujas o elementos punzantes para coser cueros o cu-

biertas para los chozos o los catres donde dormían los pastores. El corcho era un elemento clave de la vida pastoril. La abundancia de alcornoques en el suroeste peninsular hacía que este elemento fuera un aislante habitual. Las tapas de las cántaras en las que llevaban el

Del campo a la plaza. Traslado de ganado bravo.

Las corridas de toros en las distintas plazas con las que ha contado Madrid llegaban a la capital desde los campos de Andalucía o de Salamanca por cañadas y caminos. Antes de que se generalizara el uso del ferrocarril o del camión con jaulas y cajones adecuados para manejar un animal tan complicado como el toro de lidia, las reses llegaban a las plazas a pie, conducidas por vaqueros y mayores que

se valían de los cabestros para llevar los toros del campo a la plaza. Muchos de los encierros que tienen lugar en las fiestas de cientos de pueblos y ciudades de España son herencia de la llegada de los ganados de lidia al lugar donde luego se celebraba la corrida. Los mozos del pueblo a pie o

a caballo se hacían cargo de la manada y la conducían por caminos hacia los corrales. Es lo que ocurre en poblaciones de toda Castilla. Pero antes de que esto sucediera, los mayores de las fincas de

donde partía el ganado tenían que atravesar campiñas y sierras con siete u ocho toros y los correspondientes cabestros. Aún hoy no resulta difícil imaginar cómo se podía conducir un toro desde fincas

como la de Zahariche, propiedad de los Miura, en Lora del Río, hasta Madrid, donde frecuentemente se celebraban corridas de este hierro ya en el siglo XIX. Lo normal es que una corrida fuera acompañada de tres hombres y de seis cabestros, dos de avanzadilla, dos que se colocaban a los flancos y dos traseros, denominados cerrojos. Incluso se solían incluir otros dos bueyes para llevar el equipaje y algo de pienso o de trigo para que las reses comieran en el tra-



yecto. Y es que el toro de lidia es uno de los grandes protagonistas de las dehesas del sur, donde pasta más del 60 por ciento de la cabaña ganadera de España. El sur de Badajoz, las dehesas del norte de Sevilla y Huelva y algunas fincas de referencia de Sierra Morena y de la Vega del Guadalquivir en Córdoba albergan los hierros de

mayor prestigio de la fiesta, que tienen su otro punto de referencia en Salamanca. Precisamente, la delicada cría del toro de lidia ha hecho que se conserven muchas dehesas en muchos puntos de Cádiz y de las campiñas del sur, pues el encinar es el hábitat ideal de este ganado. Llevar estas reses desde los encinares y alcornoques de origen hasta ciudades como Madrid, Valencia o Pamplona hacía obli-

gado el paso por las cañadas reales y por los caminos ganaderos que atraviesan Sierra Morena y la Meseta. Una buena forma de conocer la forma de trabajar de los vaqueros y mayores es observando las láminas de revistas de toros ilustradas de finales del XIX y principios del XX como La Lidia. En grabados de autores como Perea se ve, en imágenes de marcado carácter romántico, a los mayo-

rales a caballo ataviados de fajines, garrochas, sombreros de ala ancha y chaquetilla corta. El riesgo de estas tareas solía estar presente y en muchos de los dibujos suelen aparecer gentes subidas a los árboles o a muros del camino que suponía el paso de una corrida de toros por mucha profesionalidad y seguridad que ofreciesen vaqueros y cabestros.



agua o el vino, los tapones para los cuernos o liaras se hacían de este material. Incluso se fabricaban fiambreras, donde guardaban la comida para aprovecharla al máximo. Marcos, asientos, cajas para los útiles de la costura, asas, saleros y un sin fin de objetos necesarios para la vida cotidiana del pastor salían de la versatilidad del corcho.

Junto con la madera y el corcho hay que considerar la importancia que tenían para la vida pastoril elementos como el cuero y el metal. El cuero era el elemento fundamental del calzado, las correas, los morrales o zurrones y los ataderos más duros de los chozos. Eran muchos los pastores que llegaron incluso a aprender su curtido y lo elaboraban a partir de una oveja o de una cabra muerta. El cuero también era el elemento más utilizado para hacer los

collares de los que prendían los cencerros y todavía hoy se sigue empleando con este fin. Los cencerros o campanillos, según la zona donde se utilice la denominación, son fundamentales para guiar al ganado, pues los portan las ovejas más viejas o las más dóciles.

Todos estos elementos estaban, como se ha dicho anteriormente, profusamente decorados con cientos de motivos relacionados con la naturaleza, las astrología, la religión, la tauromaquia, nombres propios del pastor, fechas, lugares, iniciales e, incluso, seres míticos.

PASTORES EN LAS DEHESAS DEL SUR.

La llegada al sur ya entrado el otoño suponía la convivencia de la cultura pastoril que llegaba de

☒ De distintos tipos.

Los chozos se convirtieron en la vivienda habitual de los pastores, tanto de los trashumantes durante la internada en las dehesas

del sur como de los que ejercían su oficio en las grandes fincas. En la imagen de la izquierda chozo de piedra y ramas en La Contienda,

cerca de Aroche. A la derecha, chozos en La Serena (arriba) y en Rosal de la Frontera (abajo).



Castilla y León con la de los pastores que ya vivían aquí. Esto supuso un intercambio cultural importante. Tanto que los usos de unos y de otros pastores fueron al final básicamente los mismos. Es pues el momento de hacer un recorrido por la jornada del pastor que ya tiene su rebaño aposentado en una dehesa y bien depende un propietario que vive en Soria bien de uno que reside en Córdoba, Sevilla, Ronda o en alguna de las localidades de Sierra Morena, donde la ganadería generó importantes capitales. Elemento fundamental e inexcusable del pastor es el chozo. Este requisito es clave en la vida a la intemperie pues los trashumantes tenían su morada a cientos de kilómetros y los pastores residentes en el sur no podían ir a dormir a los pueblos puesto que ni debían abandonar el ganado ni existían medios de transporte a su alcance que posibilitaran el trayecto entre el campo y la ciudad.

Tampoco solía vivir el pastor en el cortijo, pues estaba permanentemente buscando pastos en la finca del propietario o recorriendo cordeles, cañadas o riberas de ríos para aprovechar al máximo la superficie pública.

Es curioso cómo los elementos fundamentales de los chozos son similares en toda la Península, ya se hayan levantado en las sierras del norte o en los extremos del sur. La mayoría tenían bastante solidez, pero un escaso porte. Sin embargo, hay constancia de chozos donde podían dormir hasta 15 pastores, como nos hizo llegar un ganadero de la Sierra de Ronda, Gervasio Rodríguez, quien aseguraba que la construcción tenía un techo de unos seis metros de alto. Pero lo normal es que en el chozo durmieran no más de seis personas. En el caso de los pastores estantes, eran sus familias las que se trasladaban a vivir a esta precaria vivienda.



ES CURIOSO CÓMO LOS ELEMENTOS DE LOS CHOZOS SON SIMILARES EN TODA LA PENÍNSULA, EN LAS SIERRAS DEL NORTE Y EN LOS EXTREMOS DEL SUR.

Por norma general, la base de estas construcciones de las dehesas y montañas se hacía de piedra. En círculo, se construía una pequeña cerquita con materiales recogidos del mismo entorno. Los pedruscos se enterraban en el suelo y luego se iba construyendo la pared sobre la que descansaban tres o cuatro tablones que se unían en forma de cono. Si el chozo se hacía con más elaboración, a estos machones de madera se les claveteaban tablas que luego se recubrían con barro y paja, con los que se aislaba una cubierta que se complementaba con ramas de distinto tamaño. Si el habitáculo era más sencillo las ramas se tejían entrelazadas en los tablones. Todo se aprovechaba en el chozo. El cuero sobrante también servía como cubierta y las ramas de los alrededores se usaban para las reparaciones continuas que precisaba la construcción. La puerta solía ser de tablas, aunque a veces se le colocaba chapa para proteger la madera. Por dentro, destacaba el fuego que se hacía en el centro. El humo salía por la abertura realizada en la punta de la cubierta cónica. Alrededor de la lumbre se colocaban los catres, el piso era de tierra muy batida y entre cama y cama se colocaban las

cantareras, las ollas y demás útiles necesarios para la vida cotidiana. Sobre una de las principales vigas de madera colgaba una cadena de la que se prendía un gran caldero en el se cocinaba o se calentaba agua para la higiene personal o para las tareas domésticas.

En muchos casos, y cuando el pastor tenía que desplazarse largas distancias, el propietario proporcionaba un burro o un mulo para facilitar la mudanza del hato, ya que los pastores solían trasladarse con frecuencia a las campiñas en el caso de quienes residían en las Sierras de Ronda, Huelva o Sevilla o hacia Ciudad Real o Badajoz cuando vivían en el norte de Córdoba. La jornada del pastor estante, como la de aquellos que hacían trashumancia, comenzaba muy temprano. También se comían las migas antes de la salida del sol y se abría el redil de la noche anterior para conducir al rebaño por los distintos lotes de la finca o del territorio adjudicado.



☒ **Recuperado.** Chozo de pastor expuesto en Pedroche. Su particularidad: es todo de ramas y no tiene cerca de piedra.

☒ **En la llanura.** Cercado de piedra en uno de los denominados millares de La Serena. Estas construcciones, de las que hay cientos en esta comarca, solían contar con un chozo anexo para el pastor, que guardaba en estos cerrados su rebaño.

El trabajo de pastor exigía una excelencia plena en el manejo del ganado, ya que en un tiempo en el que no había alambradas era vital la vigilancia a la hora de pasar por sementeras y sembrados. La intemperie se convertía en la mayor enemiga del pastor y para ello era preciso contar con buen abrigo. Manuel Moreno Valero, en su obra *La Vida Tradicional en le Valle de Los Pedroches*, realiza un interesante recorrido por la indumentaria y por la forma que los pastores tienen de tratar al ganado ovino. Así, según él, estos vestían elementos como las antiparras, unos remiendos de piel de oveja que se colocaban en los pantalones para hacerlos más resistentes a las rozaduras. La zamarra era el abrigo de piel de ovino para cubrirse de las lluvias y

SOLÍAN USAR LOS PASTORES CAPOTE, DE HULE O DE PAÑO, Y SE CALZABAN CON ALBARCAS DE TIRAS.



del mal tiempo. Solían usar los pastores capote, de hule o de paño, se calzaban con albarcas de tiras de cuero y suela de cuero, madera o goma, polainas para cubrir las espinillas y todos llevaban zurrón, útil éste cuyo cierre se decoraba con una tablilla de madera labrada.

Moreno Valero hace referencia también al carácter ‘veterinario’ de los pastores y enumera las enfermedades más frecuentes del ganado ovino. Y es que la lejanía en la que estos hombres practicaban su oficio hacía necesario que tuvieran una importante formación en este campo, aunque fuera a base de transmisión oral y de remedios naturales. Con mayor o menos éxito era frecuente que los pastores sangraran a sus ovejas en el cuello cuando estaban aquejadas de algún mal. Se encargaban además del destete de las crías cuando tenían edad suficiente para dejar de mamar a la madre; del desvieje o desecho, que es la retirada del rebaño del ovino de mayor edad; del rabotado, que se centra en cortar el rabo a los corderos que se iban a dejar como madres o como carneros, y de atetar o enmadrar, que consistía en aquerenciar a las ovejas con los corde-

ros o viceversa cuando había rechazo por alguna de las partes.

Siguiendo la senda de Moreno Valero en este capítulo, podemos citar una considerable lista de enfermedades y sus remedios. La fiebre amarilla tenía como síntomas la inapetencia del cordero y afectaba a la piel y las encías. Se trataba con hierbas aromáticas como el romero, el tomillo o el enebro y se mudaban los rediles con mucha frecuencia. La bacera se detectaba porque la oveja se ponía triste, tenía caídas, no rumiaba, según el citado autor, y se trataba con sangrías en la cola, el lagrimal y con hierbas. Otros términos que se utilizaban para nombrar los males de las ovejas eran la basquilla, las boqueras, la cucharilla en el hígado, la chamberga, el lobadillo y la modorra. Este último mal es uno de los más curiosos, porque el animal, según este autor de Los Pedroches, da vueltas sin parar y no sigue al rebaño. Su curación se hacía «metiendo la cabeza del animal en el agua y manteniéndola así durante el tiempo que se emplea en rezar dos credos, operación esta que se repetía tres o cuatro veces».

☒ **Al atardecer.** Los pastores trabajaban de sol a sol. Caída la tarde, recogían el ganado en rediles que iban mudando cada día para no saturar la tierra y contribuir al abonado de toda la finca. En la imagen, un rebaño de ovejas va de recogida junto a la Cañada Real Soriana en las inmediaciones de Pozoblanco.



El estudio y la difusión de cómo las relaciones entre pueblos del norte y del sur de la península constituyeron formas de vida, tradiciones con muchos puntos de vista y características similares abren horizontes infinitos.

La atracción de las dehesas del sur para los repobladores de Castilla, León y Galicia primero y para los ganaderos y pastores de la trashumancia después suponen un intercambio de costumbres y de valores que aún hoy siguen muy presentes en muchas poblaciones de Extremadura, Castilla-La Mancha y Andalucía. La tarea de recopilación de todo el acervo cultural compartido es ingente y se manifiesta con distintas variables entre los pobladores de las dehesas del sur. Estas dehesas se convierten en el hilo conductor de la arquitectura popular, de la forma de vivir las romerías, del léxico en forma de palabras, de la gastronomía, del folclore. Encinares y alcornoques se presentan en este apartado como algo más que un mero sistema de explotación agrario y conforman un bagaje cultural propio y con rasgos comunes en todo el suroeste español. Innumerables elementos de la vida tradicional de los pueblos ubicados en las dehesas que existen en las vertientes de Sierra Morena están vinculados a la comunicación Castilla-León-Andalucía. Es sor-

prendente admirar cómo las fachadas de determinadas casas de localidades tan distantes y apartadas como son Encinasola (Huelva) y Añora (Córdoba) tienen elementos tan idénticos como el granito surcado por tiras de cal. ¿A qué se deben estos parecidos tan exactos? ¿Qué nexo de unión existe entre estas construcciones, si llegar de Encinasola a Añora hace apenas un siglo sólo era posible utilizando las rutas de la trashumancia ganadera? Quizá sea más sencillo que todo ello. Tanto Encinasola como Añora están muy cerca de Extremadura y las influencias constructivas provenientes de Galicia o de determinados puntos de León, donde el granito también es santo y seña, han llegado al sur de forma similar.

UNA CASA ENTRE DEHESAS.

La arquitectura popular es uno de los elementos en los que se manifiesta la voluntad y el hacer de un pueblo. Es una importante fuente para conocer las influencias a las que ha sido sometida una comarca.

✉ **Estilo sobrio.** Hay lugares de Los Pedroches, como esta plaza de Añora, donde uno parece haber viajado al norte de Castilla. De no ser por las tiras de cal, se podría asegurar incluso que se encuentra en Galicia.

Se podría decir que la arquitectura que se da en el sur de Extremadura, norte de Huelva, Sierra de Sevilla, Sierra Morena cordobesa, Alto Guadiato y Los Pedroches está a medio camino entre las tipologías propiamente andaluzas, con más vigencia de lo andalusí, y la que presenta el modelo extremeño-leonés. En el otro extremo, en Alcudia, aun observando caracteres extremeños, existe una fuerte vinculación con los parámetros castellanos, que bajan desde Toledo.

En buena parte del suroeste español se dan inviernos con heladas y veranos calurosos. La amplitud térmica, los extremos del clima, hacen necesaria una vivienda sólida y con escasa entrada de luz para dejar fuera el calor estival y conservar en invierno el que produce la lumbre. Por eso la estructura de la vivienda más frecuente aísla la mayor parte de las habitaciones y la cocina y sólo se abre a la calle,

mediante una pequeña ventana, y al patio o corral, donde están las cuadras. En todas las construcciones se da el doblado, troje, cámara o encamarado, que es el piso alto donde se guardaba el grano y los aperos de labranza. En las casas más pudientes se excavaban bodegas, donde eran frecuentes las tinajas de vino y los humeros, de los que se colgaban los productos de la matanza.

Aunque la mayoría de los pueblos de La Serena, Los Pedroches, el Alto Guadiato, la Sierra Morena cordobesa y las sierras de Córdoba y Huelva responden en imagen a la tipología andaluza por el frecuente blanqueo de las casas, sí se dan multitud de elementos exportados de Castilla, de León e incluso de Galicia. Y no sólo eso, sino que la mezcla de influencias ha generado elementos propios y comunes en todos estos puntos. Es el caso de la construcción de bóvedas de ladrillo en la estructura de la planta baja y la



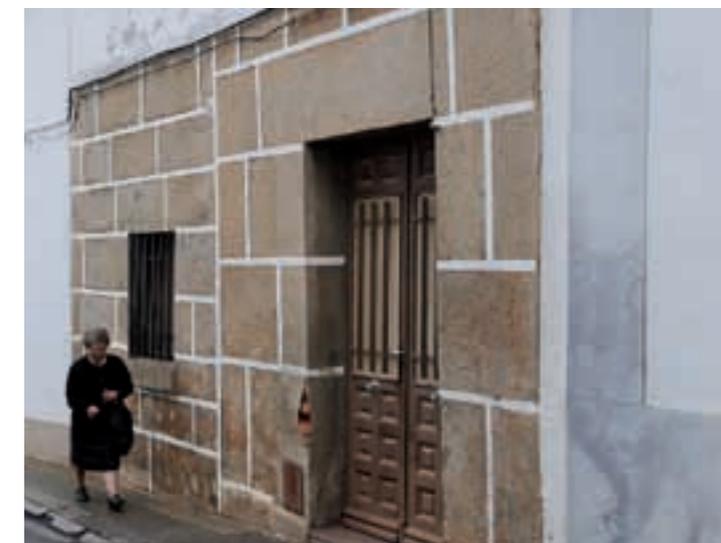
LA AMPLITUD TÉRMICA, LOS EXTREMOS DEL CLIMA, HACEN NECESARIA UNA VIVIENDA SÓLIDA Y CON ESCASA ENTRADA DE LUZ.

cubierta de vigas de madera o de castaño en el caso de las viviendas de la Sierra de Huelva. Pero como se ha dicho, estas precisiones no son uniformes y hay tipos de viviendas en Los Pedroches que se parecen más a las castellanas que las que se dan en localidades como Llerena o Zafra, ya que estos territorios siempre tuvieron importantes lazos con Sevilla por estar en plena ruta de la Plata. Hay quienes defienden, como es el caso de Juan Carlos Rubio Masa, en su obra *Arquitectura Popular de Extremadura*, que la apariencia exterior de muchas casas de la Baja Extremadura y su parecido con estilos del Valle del Guadalquivir responden más al criterio estético de la fachada que a la disposición interior de la vivienda que, en suma, es similar en las dos vertientes de Sierra Morena y sus estribaciones.

☒ **Extensión.** Las casas de tiras; es decir, en las que se ha impuesto la costumbre de blanquear el cemento o la argamasa que une las

piedras de granito, son una ejemplo de cómo las influencias constructivas llegadas con las repoblaciones medievales y la

trashumancia perviven. Al ejemplo de Añora, hay que sumar estos de Encinasola, Castuera y Cabeza del Buey.





✉ **Balcones y ventanas.** Es curioso ver cómo en lugares tan distantes como Zufre, en plena Sierra de Huelva, se utilizan arcadas de piedra del mismo estilo que las de Cabeza del Buey, con fuerte presencia de lo castellanoleonés.

Cuando hablamos de que las influencias recibidas de castellanos y leoneses en las viviendas han configurado elementos comunes nos referimos, por ejemplo, a la disposición de la vivienda típica del campesino medio, que incluso puede ser propietario de tierras. Este tipo de casa, cuyo desarrollo hemos constatado en toda Sierra Morena, no cuenta con patio central por regla general, sino que tiene corrales traseros donde se disponen las cuerdas, comederos y abrevaderos. En algunos casos incluso norias. Es preciso resaltar que la casa típica

de influencia castellano-leonesa a la que hace hacemos referencia se diferencia de la tipología que está más cerca del modelo andalusí, y que es propia de zonas como la Sierra de Ronda. Pero como las influencias en Sierra Morena están cruzadas, también encontramos en muchas localidades del norte de Córdoba, Sevilla y Huelva o de La Serena y Alcadía modelos de vivienda relacionada con el pasado musulmán de estas tierras. Aunque uno de los factores que marcan la fisonomía final de las construcciones es la ubicación de la población. Si

UNO DE LOS FACTORES QUE MARCAN LA FISONOMÍA FINAL DE LAS CONSTRUCCIONES ES LA UBICACIÓN DE LA POBLACIÓN.

está en una escarpada colina, la vivienda ahorra superficie, mientras que si se trata de una vivienda en una llanura se puede extender más. De ahí que las viviendas de poblaciones de sierras como las de Ronda, Córdoba o Huelva, por ejemplo, se arracimen ocupando el espacio disponible, mientras que en Los Pedroches, Alcadía o la Serena los pueblos muestran enormes caserones dotados con importantes corrales y dependencias dedicadas a la labranza y a las bestias.

A la hora de hablar de arquitectura popular hay que tener en cuenta además las diferencias sociales y económicas en las poblaciones, que es la que realmente marca estructuras y dimensiones. No es lo mismo la casa de un jornalero que la de un rico

hacendado o la de un noble, pero sí podemos establecer parecido evidente entre las viviendas que se dan en el norte de Extremadura y las provincias que antaño fueron el antiguo reino de León con respecto a las de las comarcas más meridionales. El granito y la pizarra son elementos fundamentales en la morfología de las

viviendas de los pueblos situados en las dehesas de las sierras del suroeste español. Hay un elemento clave que marca la forma de construir, que es la cercanía de la materia prima. En las dehesas de La Serena, en el entorno de Quintana de La Serena; en El Pedroso, en Sevilla, o en Los Pedroches, en Córdoba, se hace más que evidente la presencia del granito y por ello son frecuentes las viviendas con dinteles y portadas realizadas en este material. También esta piedra es el elemento básico de los muros, aunque alternado, con ladrillo, adobe o pizarra. La pizarra es otro de los elementos que abunda en las tierras de dehesas del suroeste español, pero se puede decir que este material es de segundo orden y se utiliza para viviendas más pobres, maja-

das y cercados. Es curioso como en muchos puntos de las sierras y comarcas incluidas en esta obra se da a la vez el granito y la pizarra según la zona y las construcciones son fieles al material más abundante en el entorno en el que se levantan. Así, en zonas como Los Pedroches, el Alto Guadiato, la Sierra de Sevilla o en Alcuña y La Serena podemos ver dos tipos de edificación diferenciadas en función de sus materiales. En Los Pedroches, por ejemplo, los pueblos están contruidos fundamentalmente a base de granito y las fachadas se rellenan al más puro estilo gallego o leonés. Hasta las cercas de los caseríos y de las dehesas están realizadas con este material. Igual ocurre en poblaciones de la Sierra de Huelva como Encinasola o en municipios de la Baja Extremadura como Cabeza del Buey. Es el caso de las casas de tiras y de las viviendas blasonadas de Dos Torres y de muchos puntos de Extremadura. Sin embargo, en estas mismas comarcas hay una importante cantidad de pizarra y allí los cortijos, las pequeñas majadas y los cerrados son de esta materia prima, aunque se utilizaba granito para dar cierto prestigio a la fachada en el caso en el que la



vivienda tuviera pretensiones de construcción importante. En las poblaciones serranas es distinto. Menos granito y más materiales de menor calidad, como adobe o pizarra. También madera. Es el caso de pueblos blancos como Alanís, El Real de la Jara, Aroche, Zufre, Villaharta, Espiel, Villanueva del Rey y la mayor parte de las poblaciones de Sierra de Ronda, entre otras. Esto no quiere decir que no se utilizara allí la piedra noble, sino que su uso quedaba reducido a las viviendas más importantes y significativas en detrimento de las populares. No se puede afirmar que exista una casa típica de las zonas de dehesa del suroeste español, pero sí que la trashumancia, la procedencia de los repobladores y las necesidades climáticas han configurado un modelo que varía poco de unas zonas a otras. Si descartamos la morfología de la vivienda de la Si-

erra de Ronda, que se verá aparte, la vivienda de un labrador medio de cualquiera de las zonas a estudio tenía elementos comunes en todas las comarcas de Sierra Morena. La fachada contaba con ventanales remarcados con granito en la mayoría de los casos, el cerramiento se hacía con piedra y la puerta tenía dintel y jambas de este mismo material. En el caso de que la vivienda perteneciera a algún personaje de la baja nobleza, muy frecuente en algunas poblaciones, exhibe escudo labrado. Otras veces se decoraba el granito con algún motivo. En determinados municipios, son muy frecuentes las fachadas de tiras. Estas viviendas, que se han conservado muy bien en Añora tienen una fisonomía típicamente castellanoleonesa y se aprecian de forma más o menos aislada en toda Sierra Morena, entre Huelva y Córdoba. En otros puntos como en Pozoblanco, aún se conservan buenos ejemplos, pero las fachadas se

LA VIVIENDA DE UN LABRADOR MEDIO DE CUALQUIERA DE LAS ZONAS A ESTUDIO TENÍA ELEMENTOS COMUNES EN TODA SIERRA MORENA.

✉ **Tres casos similares.** Constantina, Hinojosa y Pedroche. Las torres de sus principales iglesias parroquiales son sumamente parecidas. Identificarlas es fácil sobre todo porque las tres pertenecen a la obra de Hernán Ruiz II. Es una muestra de que entre las dehesas, aparte de arquitectura popular también se dan obras de relevancia, que responden a cánones y a autores de prestigio.

ha blanqueado por completo, no dejándose ver esta imagen tan peculiar.

En la vista exterior, destaca la puerta, de madera claveteada, con una piqueta o pequeña ventanita que permite la entrada del sol en los meses de invierno y sacia la curiosidad de los habitantes de la vivienda, que podían asomarse a ver qué pasaba en la calle sin necesidad de abrir la puerta. La entrada a la estancia se hace por el típico corredor de chinos, cantos rodados o guijarros. El empedrado del pasillo de las viviendas es más que usual en estas casas, y aunque en las reformas desarrolladas en los últimos años se le está dando valor a estos elementos, ha habido muchos casos en los que se ha destruido o ha sido sustituido por cemento o derivados. Las dos primeras ventanas que dan a la calle se corresponden con sendas alcobas. Éstas y las que dan al corral son las únicas que tienen ventilación natural. Según las dimensiones de la casa, la vivienda puede tener hasta siete habitaciones, pero lo normal son cuatro o cinco. A continuación de los dos primeros habitáculos se abre a la derecha la cocina, comedor y estancia habitual de la familia. En

el pasillo y en esta última habitación se sitúan las cantareras y los chineros y alacenas. Los chineros, denominados así por ser utilizados para guardar la porcelana, conocida en los pueblos como de China, y las vajillas se cerraban con dos puertas acristaladas y marcos de madera. En la parte exterior se solían colocar visillos de tela fina bordada. Las cantareras, por otra parte, podían ser de madera o mampostería y a veces se decoraban con azulejos o filigranas labradas en la madera o con incrustaciones metálicas. La cantarera, donde se guardaba el agua destinada al consumo humano soportaba el peso de dos grandes cántaras de una capacidad de entre cinco y 15 litros.

Siguiendo el pasillo se llegaba a otras dos alcobas, junto a las que se disponía la escalera para subir al doblado o cámara, pero andando hacía el interior de la casa se salía al corral. Según la categoría de la casa y la condición social de los propietarios, en este corral había mayor o menor espacio para cuadras, almiares, pesebreras o gallineros. En las grandes casas de los labradores de los pueblos de las comarcas de Sierra Morena, dada la escasez de tierras

✉ **Distintas construcciones.** En los pueblos asentados en el corazón de las sierras las construcciones son muy distintas a las de las localidades del llano y la dehesa. Economizan espacio y son de menor tamaño. En la imagen, calle en Espiel, en el Valle del Guadiato, y molino sobre un río en la Sierra de Ronda.

fértiles o por la extensión del ganado, se cultivaban incluso huertos en estas dependencias. Las caballerías y el ganado, sobre todo ovejas, cabras y vacas de leche que se guardaban las majadas del interior de los pueblos salían a pastar por la puerta principal de la casa, pasando por el pasillo empedrado. No obstante, en muchos casos, las grandes casas solariegas cuentan con un portón lateral o trasero para los trabajadores y para el ganado. Y es que el corral siempre es trasero y no tiene nada que ver con el patio de la casa de estructura romana, que sin embargo saldrá de las campiñas y tomará auge en muchas casas pudientes de las sierras a partir del siglo XIX.

En el doblado o encamarado, primer piso de la vivienda, se colgaba la matanza: jamones, chorizos, las hojas de tocino y las morcillas ya curadas. También se guardaba la cosecha o la parte destinada al

alimento del ganado de la casa. Se podía apilar paja y todos los aperos de labranza.

La cubierta más común tanto en el medio urbano como en el medio rural es la teja árabe, aunque hay zonas de Sierra Morena donde se dan los techados de pizarra al más puro estilo norteño, pero este tipo de techado exterior se da sobre todo en chozos y zahúrdas, nunca para casas de mayor porte. Y, por su puesto, la bóveda es la separación entre plantas más frecuente excepto en los casos de la Sierra de Huelva donde se generalizó el uso de las vigas de castaño.

En el entramado urbano de las poblaciones donde residían más familias de hacendados vemos ejemplos de heráldica notables. Blasones de otro tiempo que buscaban diferenciar al propietario del pueblo llano. El granito, al igual que ocurre en el norte de Castilla, de donde provenían la mayoría de estas



EN EL DOBLADO O ENCAMARADO, PRIMER PISO DE LA VIVIENDA, SE COLGABA LA MATANZA: JAMONES, CHORIZOS, HOJAS DE TOCINO Y MORCILLAS.

familias, es la materia prima más utilizada en municipios como Dos Torres, Constantina, Hinojosa del Duque, Belalcázar, Cabeza de Buey, Monte-rrubio de la Serena, Campanario, Almodóvar del Campo, Aracena, El Pedroso, Cazalla de la Sierra, Guadalcanal, Aroche, Fuente Obejuna, entre otros cascos urbanos de interés.

En el siglo XIX, Luis Ramírez de las Casas Deza, realiza una descripción de las viviendas de la sierra de Córdoba. Y si antes se han descrito estas construcciones como sólidas y adaptadas a los extremos climáticos de frío y calor de la zona, este autor las presenta como insalubres, faltas de luz y ventilación.

Dice Ramírez de las Casas Deza en 1840:

«Tienen la construcción más incómoda y menos saludable que es posible, porque generalmente constan de un cañón no muy alto formado de cuatro o cinco arcos que distan unos de otros

como unas tres varas, los cuales conducen desde la puerta de la calle hasta el patio o corral. A los lados de este cañón, entre los postes o machones que sostienen los arcos están las puertas de las habitaciones, a las cuales sólo las últimas y las primeras que dan al patio o a la calle y tienen luz pues las del medio no tiene por donde recibirla, y aún a la entrada de las casas suele estar el hogar ocupando el sitio de una habitación. Las cocinas, que por lo común están en el segundo compartimento no les puede entrar más luz que por la chimenea y así los cañones de éstas están descubiertos y cuando llueve cae el agua por ellos sobre la lumbre y sobre las personas que regularmente existen allí».

Este planteamiento es bastante fiel y reproduce muy bien los volúmenes de la vivienda de Sierra Morena, pero es bastante reducido y falto de objetividad,

EN EL SIGLO XIX, LUIS RAMÍREZ DE LAS CASAS DEZA, REALIZA UNA DESCRIPCIÓN DE LAS VIVIENDAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

pues la ausencia de vanos de las viviendas en estas comarcas se debe a lo extremado del clima y a la escasez de recursos para luchar contra esta situación, de ahí que las viviendas sean una especie de bloques de piedra con pequeñas ventanas. Es cierto, además, que en muchas zonas de Sevilla y de Huelva, por la cercanía de las campiñas y de las ciudades

más prosperas del Valle del Guadalquivir, andado el tiempo, se abrieron ventanas de considerable porte, de amplio tamaño y rejería, aunque la estructura interior de la casa apenas cambió. Otro de los aspectos criticables de la visión de Ramírez de las Casas Deza es el de la entrada de agua de la chimenea, ya que en la mayoría de los casos, los chupones de

La imagen más internacional de la vivienda andaluza.



Viajar por los pueblos que configuran la Sierra de Ronda constituye un espectáculo para los sentidos por lo accidentado de su callejero y la densa armonía que guardan. Cal, macetas, pendientes y viviendas arracimadas en un intrincado casco urbano constituyen un ejemplo claro de lo que fue la arquitectura andalusí, aunque el paso de los si-

glos haya introducido en su singularidad elementos derivados de la influencia castellana. Aunque evidentemente son muchos menos que los que se dan en las comarcas de Sierra Morena o en los de la Vega del Guadalquivir. No obstante hay que tener en cuenta que en poblaciones como Alpendeire, Jubrique, Benaolán, Montejaque, Gau-

cín, Algotocín o Parauta juega un papel decisivo la orografía a la hora de mantener este tipo de construcciones, mucho más adaptadas al relieve que los caserones con corrales y amplios patios que se dan más al norte. La traza urbana de estas poblaciones juega además con el paisaje, pues mantiene perfecta armonía con las sierras

pobladas de encinas, alcornoques, pinsapos y monte mediterráneo. Por ello ésta es la imagen más extendida de la arquitectura popular andaluza, la de las casas blanqueadas hasta el extremo que trepan por la montaña. A favor de esta simbología ha jugado desde siempre la cercanía de estas poblaciones a las zonas turísticas que comenzaron a

humo de las viviendas contaban como un tejadillo levantado sobre ladrillo, que se repite desde Jaén hasta Portugal de forma casi exacta.

Y eso que el autor cordobés se refiere a las casas de cierto porte porque las de los jornaleros y las de las clases bajas apenas pasaban de la categoría de chozo. La fachada exterior, encalada o en piedra viva, apenas tiene dinteles remarcados y las ventanas

quedan reducidas a ventanucos de pequeño tamaño. En la entrada se ubica el salón y la chimenea y a partir de ahí una o dos alcobas. Eso sí, pese a la escasez de terreno construido, estas pequeñas viviendas también tienen corral en la mayoría de los casos.

Buena parte de la arquitectura civil y religiosa –la popular es la que interesa en esta obra por guiarse

desarrollarse en los años 60 y que tuvieron en estos puntos una referencia clara de lo que fue la vivienda de las Cordilleras Penibéticas durante la dominación musulmana, que se extendió en muchos puntos de esta sierra hasta entrado el siglo XV.

Este entramado urbano también se da en otros muchos puntos de Andalucía, como las Alpujarras, Sierra Morena o la Sierra de Cazorla, pero es

en estos puntos apartados de las sierras de Málaga y Cádiz donde ha guardado una esencia más particular, ya que aunque ha mantenido desde siempre una relación con las comarcas de la costa y de las campiñas del Valle del Guadalquivir el modelo se ha perpetuado en distribución interior y en apariencia exterior. Mientras que en Sierra Morena las fachadas y los dinteles de las ventanas se

han ido cambiando con la introducción del granito o de otro tipo de piedra, en la Sierra de Ronda el blanco absoluto es lo que predomina. No existe ninguna licencia en este sentido.

Este entramado urbano también se da en otros muchos puntos de Andalucía, como las Alpujarras, Sierra Morena o la Sierra de Cazorla.

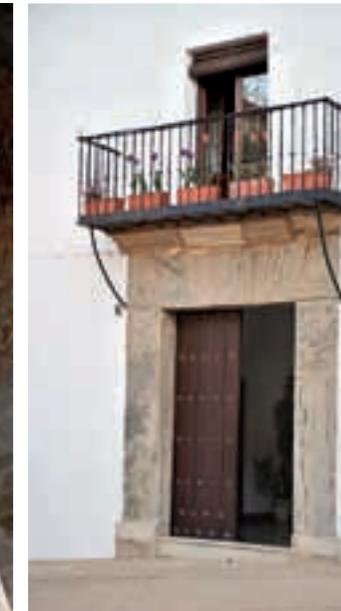
La disposición de las habitaciones de la casa también varía y repite la anarquía del casco urbano en el interior de una vivienda. Estas edificaciones, en el pasado, solían tener dos plantas. En la primera se

vivía y se encontraba el hogar, en la segunda se guardaban las cosechas de la escasa pero intensa agricultura de estos predios y se depositaban apenas de labranza. Hoy todo el doblado guarda las habitaciones de la familia a diferencia de los tiempos en los que había que optimizar al máximo los espacios por el escaso suelo útil para construir del que se dispone en estos cascos urbanos.

únicamente al albur de la voluntad de los pobladores de las dehesas del sur y a las influencias recibidas– también está impregnada de reminiscencias y de relaciones traídas por los repobladores y por quienes llegaban cada año desde el norte con sus ganados y mantenían relaciones con los habitantes de los valles y estribaciones de Sierra Morena. Aparece de nuevo el culto a la piedra, sobre todo al granito y a la pizarra, utilizada para empedrar calles y construir pilones, albercas y abrevaderos para el ganado. Este tipo de obras se levantaban en las plazas, que se convertían en el centro urbano o en las afueras de las poblaciones. Uno de los aspectos que más vinculan a los pueblos de las dehesas del sur con Castilla y León es precisamente el intento y conservación de plazas mayores en las poblacio-

✉ **Granito.** La piedra más típica de las dehesas del sur es el granito. Se utiliza para los dinteles, las portadas, los escudos heráldicos y para las bóvedas

y muros de importantes construcciones religiosas. En las fotos se puede apreciar cómo se ennoblesce esta materia prima mediante delicadas trazas.



Fachadas de Torrecampo y de Encinasola comparten espacio con el interior de la imponente torre de la Iglesia de El Salvador de Pedroche.

ES CIERTO QUE EXISTE UNA GRAN VARIEDAD DE TIPOS DE VIVIENDAS EN LAS POBLACIONES DE LAS DEHESAS DEL SUR DE ESPAÑA.

que ocupa el Ayuntamiento de la localidad. Se trata de construcciones de evidente acento castellanoleonés.

Es cierto que existe una gran variedad de tipos de viviendas en las poblaciones de las dehesas

del sur de España, pero se aprecia una uniformidad que proviene, sin duda, de la constante influencia y relación que mantuvieron estos pueblos y ciudades con poblaciones del norte a través de Castilla, León, La Mancha y Extremadura. Pero esta intensa comunicación iniciada en tiempos de las repoblaciones bajomedievales va más allá de las viviendas, los cerrados de piedra, los cortijos y construcciones públicas como plazas, abrevaderos, fuentes y pilares. Romerías, gastronomía, habla y expresiones festivas están repletas de elementos traídos desde regiones tan lejanas como el País Vasco y Navarra; son elementos que perviven aun hoy en día en las dehesas de Sierra Morena y en muchas zonas de las Cordilleras Béticas como es el caso de la Serranía de Ronda.

nes, algo casi inexistente en la Baja Andalucía. Sólo La Corredera, en Córdoba es ejemplo de ello, sin embargo, los importantes lazos que se mantuvieron desde la Sierra Morena cordobesa, Los Pedroches, el Alto Guadiato, Alcudia, La Serena, la Sierra de Sevilla y la Sierra de Huelva con el norte de la Meseta trajeron influencias que se convirtieron en fórmulas mixtas. La Plaza Mayor de Dos Torres, en Los Pedroches es de recio estilo castellano y sus soportales se dan de forma similar en infinidad de localidades castellanoleonésas. La galería de arcadas que aparece en su extremo sur tiene una forma muy parecida a la de Cuacos de Yuste, en Cáceres, y en la plaza del Ayuntamiento de Cazalla de la Sierra también se pueden apreciar arcadas de un estilo similar tanto en viviendas como en el edificio



DEVOCIONARIO ENTRE ENCINAS.

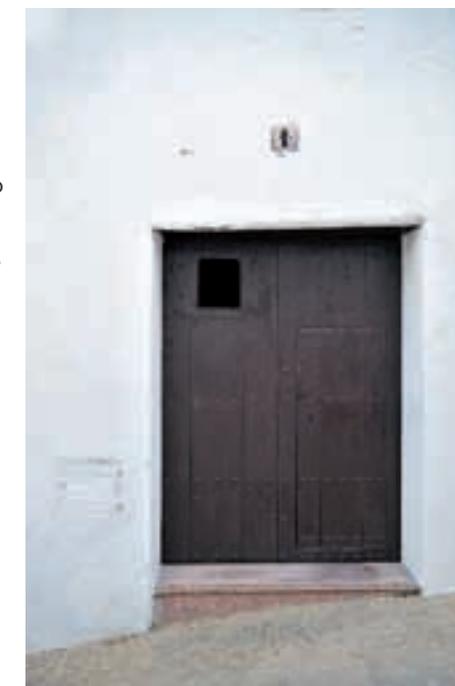
Una de las construcciones más características de las dehesas del sur es la ermita, a cuyo alrededor se celebran ritos que aunque hoy están consagrados al culto cristiano, en muchos casos desde la Prehistoria, tuvieron una estrecha relación con el mundo de las creencias y del sentido religioso del ser humano. Las características de las ermitas o de los lugares de celebración de romerías son sorprendentemente parecidos y siempre están relacionados con una excepción geográfica: un paisaje de interés, una peña, una fuente o abrevadero, un río o un monte. La conmemoración de la Virgen está estrechamente ligada al culto a la deidad femenina que desde anti-

guo celebran todos los pueblos del Mediterráneo. Y así, esta adoración se rodea de multitud de manifestaciones que por estar influenciadas por la cercanía cultural a Castilla tienen en todo el eje horizontal de Sierra Morena unas connotaciones similares. Poner en relación la constante comunicación, desde tiempo inmemorial, de los pueblos de las dehesas del sur con quienes llegaban con sus ganados desde el norte a través de las rutas de la trashumancia es la única manera de encontrar respuesta a la existencia de nombres de advocaciones como la del Espino de El Pedroso, del Robledo de Constantina o de San Mamés de Aroche, las dos primeras de evidente resonancia castellana y la tercera de carácter

✉ **Novedad.** Hasta el siglo XIX, los grandes ventanales, como el de la imagen de la izquierda, perteneciente a una casa de Belmez, eran exclusivos del Valle del Guadalquivir y de las grandes casas de

los pueblos de la Sierra de Ronda. En Sierra Morena, en comarcas como Los Pedroches o el Alto Guadiato, apenas se daba este elemento constructivo. El color albero, en este caso en Cabeza del Buey, tam-

bién llega impuesto por el estilo del sur y nunca está relacionado con la tradición castellanoleonés. Como contraste, pequeña piqueta en una casa de Peñalsordo, en Badajoz.



galaico-portugués o cantábrico. En el caso de El Espino, cuenta con una importante devoción en la provincia de Soria, tierra trashumante por antonomasia, y la de El Robledo se venera en Salamanca, con especial presencia en Sequeros. Otra de las advocaciones de especial interés y que pone en evidencia la relación de estas tierras del sur con las del

norte a través de sus rutas y caminos es la del Cristo de Orense de Brazatortas. Cuenta la leyenda que unos arrieros que transportaban aceite desde Andalucía a Galicia, –precisamente por uno de los caminos que arrancan de la Cañada Real Soriana, el que pasa por la Venta de la Inés, o quizá por la propia Cañada– llegaron a un arroyo que se encuentra en



✉ **Singularidad.** Las galerías en los pisos altos o los soportales cerrando plazas son exclusivos de Castilla. Sólo en Sierra Morena se dan plazas mayores y elementos de este tipo de traza castellanoleonesa. Al sur, sólo es posible verlos en La Corredera de Córdoba y en lugares como las plazas de Cazalla de la Sierra (izquierda) y de Dos Torres.



las inmediaciones de la localidad ciudadrealeña. Uno de los mulos de la recua porteaba un crucifijo de gran porte, pero no quería cruzar el cauce. Al advertir esta situación, el arriero desató la imagen y el animal cruzó el río, por lo que interpretaron que el cristo quería quedarse en aquel lugar, bautizando al crucificado como de Orense, por ser ésta la procedencia de aquel hombre.

Situaciones como la citada forman parte del acervo popular y se repiten entre las dehesas del sur. Una historia similar a la del Cristo de Orense, en el que la imagen no quiere abandonar el lugar donde ha aparecido, es frecuente y se asemeja, por ejemplo, a la de la Virgen de Luna, cuyo culto compartían a finales de la Edad Media Pozoblanco, Villanueva del Córdoba y Pedroche, aunque es posible que al estar en el corazón de la Dehesa de la Jara fuera venerada por todos los vecinos de las Siete

Villas. Dice la leyenda que un pastor la encontró en una encina y que cuando intentaba trasladarla al pueblo de Pedroche, la virgen desaparecía de su zurrón. El sentir popular pensó que la imagen quería estar en la dehesa y allí se levantó la ermita en la que hoy celebran las romerías los vecinos de Pozoblanco y de Villanueva de Córdoba, pues se dice que los de Pedroche la perdieron por no cumplir con el voto de trasladarla al pueblo cuando les correspondía.

También coinciden muchos nombres de advocaciones. La Virgen de la Antigua es venerada en localidades tan distantes como Hinojosa del Duque y Mestanza y La Solana, en Ciudad Real, y la de Luna es patrona de Escacena del Campo, en Huelva. Por si fuera poco, la Virgen del Espino de El Pedroso es patrona y venerada de varios pueblos de la provincia de Soria. Los nombres con acento geográfico

EN EL CASO DEL ESPINO, CUENTA CON UNA IMPORTANTE DEVOCIÓN EN LA PROVINCIA DE SORIA, TIERRA TRASHUMANTE POR ANTONOMASIA.



☒ **Con escopeta y sable.**

Las hermandades militares se han convertido en un elemento distintivo de muchas de las romerías que se celebran en las dehesas del sur. Se conservan cargos militares

y se mantiene la disciplina a rajatabla. A veces se trata de puestos electos y en ocasiones son hereditarios. En cualquier caso, son un vestigio de la protección que había que dar a las imágenes y a sus

ornamentos en tierras de frontera como es el caso de Sierra Morena. La hermandad de la Virgen de Luna de Pozoblanco es una de las que conserva de una forma más estricta sus reglas. Los integran-

tes de esta cofradía siguen llevando escopetas para realizar salvas entre el revoloteo de la bandera y portan sable y cuerno para la pólvora, un elemento que hoy es de adorno.



también son frecuentes. Nuestra Señora del Monte, de Cazalla de la Sierra, es un ejemplo de ello. Y es que todas estas referencias jugaban un papel primordial en la guía de quienes andaban constantemente en el campo por las rutas de la trashumancia, pues las ermitas y advocaciones les servían de guía. La Virgen del Sol, de Adamuz; la de la Estrella, de Espiel; la de Luna, de Pozoblanco y Villanueva de Córdoba; la de Veredas, de Torrecampo; la de Guía, de varias poblaciones de Los Pedroches, y la de las Cruces de El Guijo son ejemplos de elementos astrales y de referencias topográficas ligadas a los cami-

TODAS ESTAS REFERENCIAS JUGABAN UN PAPEL PRIMORDIAL EN LA GUÍA DE QUIENES ANDABAN EN EL CAMPO POR LAS RUTAS DE LA TRASHUMANCIA.

✉ **En plena dehesa.** Las ermitas responden a cánones sumamente ligados a la arquitectura tradicional. La ermita de la Virgen de Veredas en Torrecampo,

a la izquierda, que tiene una tipología similar, con pórtico anterior a las de las comarcas del sur de Extremadura y de Ciudad Real.

A la derecha, ermita de la Piedra Escrita, en Campanario, y abajo, detalle de los contrafuertes de una de las ermitas de Dos Torres.

nos de La Mesta, pues en el caso de Veredas o de las Cruces, están situadas junto a importantes cañadas de trasiego de ganado entre Andalucía y La Mancha. En cuanto a estas indicaciones, hay que tener en cuenta que también se venera a la Virgen de las Cruces en Daimiel y Saceruela, localidades ambas de la provincia de Ciudad Real muy vinculadas a la ganadería trashumante.

Buena parte de los historiadores y antropólogos que han estudiado este campo plantean que muchas de las apariciones y devociones surgen a raíz de las pequeñas imágenes que viajaban en el equipaje de los caballeros en pequeñas hornacinas, que se quedaron en los lugares considerados sagrados desde antiguo o en parajes que tenían una significación especial por alguna confrontación militar. Otras veces las ermitas se construyeron en el mismo castillo que había sido tomado a los musulmanes, como en el caso de Alanís o Cortegana. Estas ermitas ubicadas en las fortalezas responden a una intención que se repite en toda Castilla para defender el culto a capa y espada.

Sin embargo, la mayor parte de las ermitas tienen

un marcado carácter campesino y rural y se encuentran diseminadas por las dehesas, en lugares que posiblemente antes del medievo ya tenían un carácter sagrado o mítico. Incluso se las llega a relacionar con enclaves dolménicos.

La mayor parte de las ermitas de La Serena, del Valle de Alcudia y de la Sierra Morena andaluza tienen una construcción casi idéntica. Cuentan con una sola nave compacta fabricada con piedra del país: granito o pizarra y suelen estar blanqueadas. En muchos casos tienen un pórtico delantero con columnas o arcadas. Llamen la atención en este sentido las de la Alcantarilla, de Belalcázar, y la de la Piedra Escrita, patrona de La Serena, en Campanario. Pero no todo es sencillez, pues en el caso de las ermitas podemos señalar importantes contrastes. En Guadalcanal, encontramos la ermita de Nuestra Señora de Guadiatoca, que fue levantada a mediados del siglo XVII y que cuenta con fastuosas pinturas de estilo italiano realizadas por Brieva de Llerena en el año 1800. Como contraste, y en la misma población, se encuentra la del Cristo del Humilladero, cuya rusticidad y sus paredes blanqueadas en medio



de la dehesa muestran el lado más rural y sencillo de estas construcciones.

Las encinas, los alcornoques y los robles son árboles míticos en los que siempre se aparecieron las vírgenes a los pastores, arrieros, soldados o caminantes. El carácter sagrado que en la antigüedad se les confirió ha hecho que sean lugar frecuente de apariciones, como también ocurre con las fuentes o los ríos. Este es el caso de la Virgen de Gracia de Fuente Obejuna, que apareció en un manantial. Tal es la fuerza de las leyendas que ha generado a lo largo de los siglos la sabiduría popular que es frecuente encontrar cómo en las cercanías de los santuarios aparecen árboles en cuyo fruto, en las bellotas, aparecen imágenes sagradas. Es el caso de la Encina del Escapulario de la sierra de Sevilla, cuyas bellotas tiene un emblema natural en forma de templo. En los términos de Pozoblanco y de Adamuz también

existen estos árboles mágicos, en los que representan las imágenes de las vírgenes de Luna y del Sol respectivamente. Asociados a las romerías existen infinidad de rituales y de leyendas que enriquecen el patrimonio etnográfico de las tierras de dehesas. Aunque la mayor parte de las fiestas se celebran en torno a la traída de la virgen al pueblo desde su santuario, también existen peregrinaciones a la ermita para celebrar fiestas y rogativas. Incluso, en siglos pasados, se solía llevar a las imágenes a las poblaciones para implorar el fin de la sequía o de una determinada plaga o enfermedad. Dentro del capítulo ritual y quizá por la influencia de los repobladores y de quienes cada año llegaban desde el norte con sus ganados se conservan aún tradiciones que son similares de las que se dan en el País Vasco, norte de Castilla y León y Galicia. Es el caso de las danzas de espadas, que en muchos casos se hacen

ENCINAS Y ALCORNOQUES SON ÁRBOLES MÍTICOS EN LOS QUE SIEMPRE SE APARECIERON LAS VÍRGENES A LOS PASTORES Y A LOS SOLDADOS.



ya con palos, estacas o varas de acebuche. Se trata de rituales guerreros que hunden sus raíces en la tradición celta y celtíbera y que se han conservado como símbolo de la virilidad y de la importancia de la preparación para la guerra en el pasado. Una de las más significativas es la Danza de las Espadas de Obejo, que se realiza en honor a San Benito. Este baile, en cuya terminología caben palabras como *bachimachía* o *patatú*, de evidente resonancia noroesteña, entronca directamente con los *espata-dantza* del País Vasco. La indumentaria de los danzantes es muy parecida a la de quienes realizan coreografías idénticas en lugares tan alejados como San Lorenzo de Yagüe, en el límite de Soria con Burgos, desde donde partían los ganados que llegaban por las cañadas hasta Sierra Morena. La misma influencia tienen danzas como las de la Puebla de Guzmán, San Bartolomé de la Torre o Hinojales, en Huelva, que llegan a estar acompañadas con el tamboril y con una flauta, de una forma similar a la que se le da música al auresku o danza ritual vasca. Y si este tipo de baile tiene un origen ritual relacionado con el sentir guerrero, también cuentan con

un contenido bélico las denominadas hermandades militares, muy frecuentes en toda Sierra Morena, como testimonio de un pasado de tierra de frontera, y particularmente activas aún en la comarca de Los Pedroches. Algunas de éstas siguen manteniendo a sus miembros armados con escopetas reales que disparan salvas de fogueo. También mantienen mandos y un escalafón de tropa y oficiales, que son herencia de la disposición de los tercios y de los destacamentos militares del pasado. Otras han perdido las armas, pero mantienen los cargos. Capitán, alférez abanderado, sargento, cabos, tambor y soldadesca constituyen la base genérica de este tipo de cofradías. Los rituales de casi todas suelen ser los mismos. Al toque del tambor se revolotea la bandera y en el caso de que aún siga la cofradía armada se disparan salvas de escopeta. Donde el arma ha sido suprimida se han mantenido sin embargo las espadas, alabardas e incluso lanzas. La estructura militar de estas organizaciones se mantiene tanto para hermandades penitenciales como para las de gloria, siendo en estas últimas más frecuentes. Y si las armas se han ido perdiendo, más aún los uni-



✉ **Vírgenes.** Las imágenes son fundamentales en toda romería. A la izquierda, virgen de la Piedad de Cortegana, que se conserva en la ermita anexa al castillo de esta localidad onubense. A la derecha, la virgen de Piedraescrita, de Campanario, en el corazón de La Serena.

formes, que sólo quedan en casos aislados como en algunas de las hermandades de la Virgen de Guía, como la de Alcaracejos, en el sector occidental de Los Pedroches, y en la de Virgen de Luna de Pozoblanco, pues en Villanueva de Córdoba este uniforme se perdió.

VIANDAS Y PLATOS.

Está más que constatado que pese a las guerras entre musulmanes y cristianos, las relaciones entre los pueblos de ambos lados de la frontera fueron más que frecuentes en determinados momentos de la historia y en lugares concretos. El pago de tributos de una parte a otra según las distintas hegemonías que se alternaron durante los ocho siglos de presencia islámica hicieron necesario un contacto en el que se traspasaron esencias culturales. Y es que aunque tras el gran impulso conquistador experimentado después de la batalla de Las Navas de Tolosa en 1212, Sierra Morena y el Valle del Guadalquivir fueron zonas totalmente deshabitadas por los musulmanes, quedaron resquicios de su cultura. Mudéjares y moriscos, a finales de la Edad Media,



☒ Coreografías del pasado.

Los danzantes de San Benito son herederos de una tradición centenaria. La *Bachimachía* tiene características comunes con muchas danzas de Soria, Huelva y del Sur

de Badajoz. También cuentan estos bailes con elementos de la tradición vasca, aunque su origen se pierde en la noche de los tiempos. El baile acaba con el denominado 'degüello' del maestro.



también resguardaron buena parte del acervo cultural de su pasado, sobre todo en la frontera del Reino de Granada, costumbres que gracias, entre otros factores, a la trashumancia de los ganados entre comarcas se mezclaron una y otra vez en la época de las repoblaciones de Sierra Morena y del Valle del Guadalquivir. Es cierto que despobladas todas estas zonas de musulmanes, de linaje bereber, en la mayoría de los casos, se vino abajo su agricultura

florecente, basada en las huertas y en su manejo del agua, pero los cristianos aumentaron las cantidades de cerdos ibéricos que aprovechaban la bellota e introdujeron en las dehesas del sur toda su cultura relacionada con el cochino, una tradición que se enriqueció con el profuso manejo de las especias de la cultura islámica. Estas influencias cruzadas hacen de la gastronomía de Sierra Morena, y de muchos puntos de la frontera con el reino de Granada como



✉ **Platos típicos.** La gastronomía popular de las dehesas del sur abarca desde la cocina de carnes de primera calidad de cordero y de cerdo ibérico hasta dulces que

son muestra de la mejor tradición repostería. Sobre estas líneas aparecen distintos ejemplos de algunos de los platos más conocidos de cuantos se dan en las dehesas

del sur. Lomos, costillares, albón-digas con verdura, buñuelos y lomo de la orza o en aceite hacen las delicias de quienes visitan estas tierras.

es la Sierra de Ronda, una de las más interesantes de España, pues aúnan la contundencia castellana con la variada tradición andalusí.

Existe la teoría de que la agricultura del sur de la Península Ibérica se derrumbó tras la Reconquista y con la expulsión de los moriscos, pero en el caso de las dehesas de Sierra Morena, La Serena, la Sierra de Ronda y Alcadia no fue así. Es cierto que al principio, tras el impulso conquistador de Castilla y León, todas estas áreas fueron despobladas y hubo que esperar hasta el siglo XV para que resurgieran poblaciones de cierto nivel. La trashumancia y el creciente proteccionismo ganadero impulsado por la Mesta era lo que primaba por ser éste un bien móvil y de más rápido beneficio en la época, pero poco a poco los vecinos de las sierras y de los llanos comenzaron a manejar el agua como sus antecesores musulmanes y empezaron a labrar huertas y sembrados, sobre todo en los ruedos de los pueblos, pues las dehesas estuvieron exclusivamente dedicadas al ganado hasta bien entrado el siglo XVII y en el XVIII. Pero el comercio lanero comenzó a decaer y las nuevas ideas de la Ilustración empezaron

EXISTE LA TEORÍA DE QUE LA AGRICULTURA DEL SUR SE DERRUMBÓ TRAS LA RECONQUISTA Y CON LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS.

a valorar más la agricultura que la hasta entonces todopoderosa ganadería.

Existen abundantes testimonios de la riqueza hortelana de municipios como Cortegana, Aroche, Cazalla de la Sierra, San Nicolás del Puerto o Dos Torres desde el siglo XVI. Las huertas, junto con el cerdo ibérico, las carnes de caza y las aves de corral y los cereales y legumbres, son el elemento que más aporta a la gastronomía tradicional de las tierras de dehesas. A todo ello se sumó la traída de especies vegetales de América como el tomate, que aunque parezca lo contrario tardó en entrar en la gastronomía típica. Los olivares fueron cuidados escrupulosamente por los cristianos y así se prueba en los libros de repartimientos de Sevilla y su reino. En época cristiana creció el cultivo de viñedo, aunque

ya existía pese a la prohibición coránica de beber alcohol. Y en el labrado y roturado de dehesas de coras como la antigua Fash Al-Ballut, se aumentó la superficie destinada a los cereales, garbanzos y melonares. Importantes espacios que hoy son baldíos de monte mediterráneo estuvieron ocupados hace pocas décadas por labrados de vid, huertas y trigos.

Todo esto agudizó el ingenio y la cocina de Sierra Morena de Córdoba a Huelva pasando por Badajoz y Ciudad Real es sumamente igual y variada a la vez. Existe una tremenda homogeneidad de platos y de nombres, de sabores y de usos. Que duda cabe de que las dos grandes estrellas de la cocina que llegan a las dehesas del sur desde Castilla y León son el cordero y el cerdo ibérico. Mientras que el cordero se suele consumir de un tirón y en ocasiones especiales, algo que prácticamente estaba vedado para el pueblo llano, el cerdo ibérico se convertía en la despensa del invierno tras la matanza. En el acompañamiento de ambos tipos de carne jugaban y juegan un papel esencial las verduras de la huerta y las especias, herencia de la tradición musulmana.

Incluso, en momentos de carestía, se consumían las ovejas muertas o de desvieje con plantas silvestres como las verdolagas o los cardillos. A diferencia de la tradición puramente castellana, el cordero se suele consumir en el sur en caldereta con más frecuencia que asado. Pero también hay costumbres comunes. En la Sierra de Sevilla y en muchos pueblos de la Sierra de Ronda se siguen cocinando los rollos o tripas del ovino, también las patas de los chivos y el rabo de las ovejas. Este último plato, común en toda Sierra Morena, pero sobre todo en el triángulo que más tuvo que ver con la trashumancia soriana –Alcudia, Valle del Guadiato, Los Pedroches y La Serena–. A principios de la primavera, cuando los pastores decidían qué ovejas y qué carneros iban a reponer a los que morían en los traslados hacia el sur y cuáles iban a ser dedicados al abasto de los mercados o al consumo propio, se procedía al desrabado. Las ovejas, sin rabo, eran cubiertas con mayor facilidad y tenían un aspecto más higiénico. El apéndice, una vez cortado se solía sazonar y conservarse hasta que se estofaba con verdura o se rebozaba para comerlo frito en manteca de cerdo o

☒ **Despiece.** La primera tarea tras matar y pelar al cerdo es el descuartizado. De este proceso, surgen todas las piezas que luego se cocinarán o serán curadas.

en aceite de oliva. Los rollos también se ponían en guisos que llevaban verduras, pimienta, hinojo, romero y otras especias que restaban entidad al potente sabor, desagradable para muchos, de las tripas de las ovejas de edad.

Tanto las chuletas de cordero como el asado son costumbres más recientes en las dehesas del sur, ya que en el pasado constituían lujos que los pastores trashumantes no se podían permitir, pues éstos, de vida sobria o mísera en muchos casos, apenas podían ir tirando con las sobras del rebaño. Las calderetas de cordero, de mayor coste y propias de mesas de labradores acomodados, sí entroncan con la tradición musulmana, aunque en la mezcla de costumbres mora y cristiana se pierde el sabor agrídulce propio de los pueblos orientales. La caldereta, a la que se añade tomate tras la colonización de América, es un guiso que tiene como base un so-



TANTO LAS CHULETAS DE CORDERO COMO EL ASADO SON COSTUMBRES MÁS RECIENTES EN LAS DEHESAS DEL SUR.



Viñas entre olivares y dehesas.

Agrestes manchas de monte mediterráneo o de olivar de sierra como las que hoy se divisan en muchos puntos del Valle del Guadiato, de la Sierra Morena cordobesa, de la Sierra Morena sevillana o de distintos puntos de Los Pedroches fueron viñedos con considerables producciones hasta que la plaga de filoxera de finales del siglo XIX arrasó con todas las cepas del sur de la Península. En localidades como Belmez, Villanueva del Duque, Cazalla de la Sierra, Constantina, Pozoblanco, Obejo, Adamuz, Montoro o Las Navas de la Concepción se contabilizaban por cientos las hectáreas dedicadas a este cultivo. En Cazalla, el antropólogo Juan Agudo Torrico, afirma que la tradición oral habla de 6.000 lagares en este término, una cantidad

que parece exagerada, aunque da una idea de la consideración que los lugareños tienen hacia la producción vitivinícola. Y en Espiel, en plena Sierra Morena, los vecinos de la cercana localidad de Pozoblanco tenían plantadas más de 2.000 hectáreas de viña con sus correspondientes lagares, que se repartían por los predios de la denominada como Nava de Vacas. En la Sierra de Ronda, la potencialidad turística de la zona y la cercanía de la costa está sirviendo además para potenciar los caldos de una zona olvidada para la viticultura, que está resurgiendo para esta industria tan particular y cercana en

el pasado a la explotación de las dehesas del sur. Actualmente, el viñedo de Sierra Morena queda reducido, precisamente, a algunas fincas de la Sierra Norte de Sevilla, en el entorno de Cazalla de la Sierra, y en Villaviciosa, en Córdoba, donde se mantiene una secular tradición bodeguera asociada a producciones tan dispares como la cinegética o la forestal. Incluso, recientemente se ha dado a Villaviciosa la indicación de Vinos de la Tierra

El viñedo de Sierra Morena queda reducido, precisamente, a algunas fincas de la Sierra Norte de Sevilla, en el entorno de Cazalla de la Sierra, y en Villaviciosa, en Córdoba.

de Córdoba para que puedan comercializarse con un sello de calidad. Villaviciosa, que recoge uva de los términos de Espiel y de Villanueva del Rey, alterna con las producciones tradicionales de vinos de pitarra que se producen en estas mismas comarcas de Sierra Morena y del Alto Guadiato y del occidente de Los Pedroches, sobre todo en Hinojosa y Belalcázar, donde sigue muy viva la tradición de producción vitivinícola de mostos con sabor dulzón y mucho cuerpo. A estos caldos se les denomina de pitarra porque son de tinaja, se elaboran en una pitarra de pequeño tamaño del que se

toma el vino tras su correspondiente periodo de fermentación. Aparte de alguna bodega aislada, estas producciones no se suelen vender y tienen un carácter muy doméstico, de ahí que apenas se conozcan por parte del gran público. Con los vinos de Villaviciosa, generosos en su mayoría debido a la influencia de Montilla-Moriles, ocurre al contrario, las bodegas que siguen funcionando continúan invirtiendo y algunas, como las de Gómez Nevado, están volcadas con la exportación. No obstante, según la documentación hallada en los archivos históricos, la mayoría de las poblaciones ubicadas en las dehesas del sur eran deficitarias en la producción de vino, que se tenía que traer de otras zonas con más tradición.

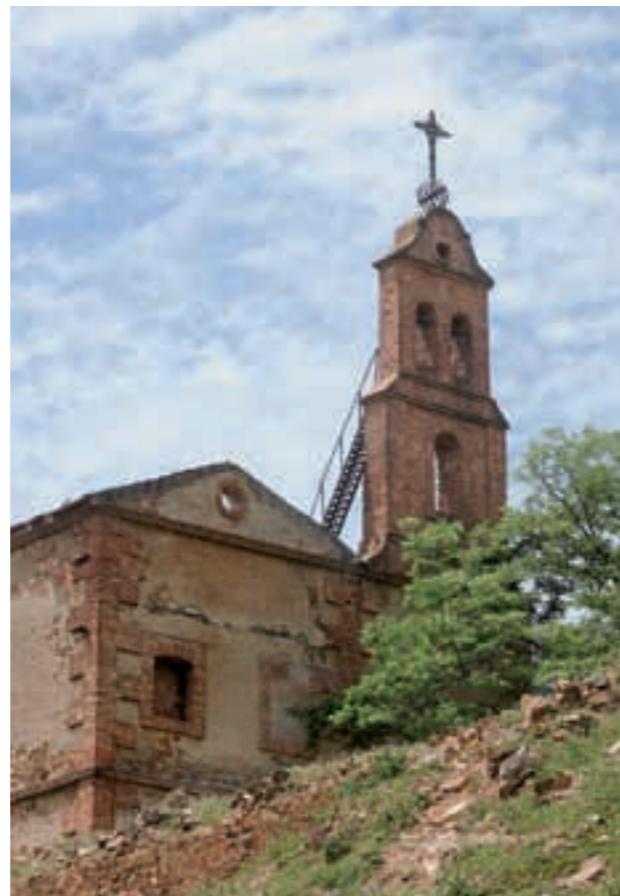
frito de ajos y cebolla, a los que se añade el cordero rehogado con pimiento y hierbas aromáticas como el tomillo. Estos guisos de cordero en tierras musulmanas solían estar acompañados de almendras, piñones y de otros frutos secos, a los que añadían frutas pasas como las uvas o los orejones de ciruelas y de albaricoque. Sin embargo, esta tradición es inexistente tras la conquista a los musulmanes. Sólo con la recuperación de la cocina medieval tanto mozárabe como morisca que se está haciendo en los últimos tiempos se han puesto en valor platos como el cordero a la miel.

El cerdo ibérico, que hoy se divide en presas, secretos, plumas y un sinfín de piezas más preparadas para ser puestas en la plancha, se pasaba casi íntegramente a embutido, salazón o a conserva en aceite o manteca. Chorizos y morcillas eran producto de las carnes de inferior calidad, el tocino se salaba,

al igual que los jamones y las paletas, y los lomos y solomillos se embuchaban o se freían para luego ser conservados en grandes orzas de barro.

Después del cerdo y del cordero, carnes más costeadas, y antes de entrar a hablar de los guisos y de las abundantes reposterías de todo el sur castellano, hay que poner de relieve el plato estrella de la cocina pastoril: las migas tostás. Lo normal en los tiempos que corren es que en las panaderías de los pueblos y de las ciudades se disponga de pan cortado en rebanadas o picos para cocinar este succulento plato, pero lo habitual en el pasado era el aprovechamiento del pan duro que sobraba con la comida del día anterior o de la harina de menor calidad, aunque lo normal siempre fueron los restos endurecidos. Tras rebanar la pieza de pan en finas capas se ponen en remojo la noche anterior tapadas con un paño. Luego, se fríen en aceite al que se le añaden

LO NORMAL ES QUE EN LAS PANADERÍAS DE LOS PUEBLOS Y DE LAS CIUDADES SE DISPONGA DE PAN PARA MIGAS CORTADO EN REBANADAS O PICOS.



unos ajos. El plato se acompaña con embutidos, torreznos, sardinas y verduras fritas, como es el caso de los pimientos, o frescas, como los rábanos. Pero el colmo del aprovechamiento de las migas llegaba cuando éstas sobraban y al anochecer se comían mezcladas con leche, migas canas, o con chocolate. Este plato puede ser heredero directo o análogo del *cous cous* musulmán, que se elabora con harina de trigo o con sémola.

A las migas, como plato diario y habitual de los pastores, se sumaban los cocidos con base de legumbres y las carnes de menor valor de la oveja o del cerdo –la ternera era un lujo y apenas quedan restos en el sur de su cocina que no sean los guisos o los estofados–. Potajes de garbanzos, lentejas o alubias; alboronías, que son esencias de la mejor cocina musulmana, y gazpachos constituían otra parte de la dieta de los pobladores de las dehesas del sur. Las aves de corral y la carne de caza también son un exponente clave de la cocina. Las primeras se criaban junto a los chozos de los pastores en las grandes haciendas y eran sustento de todas las clases sociales. La caza de los pastores y de los ha-

bitantes de las dehesas estaba basada en la mayoría de los casos en artes hoy prohibidas como los lazos, los cepos o el trampeo. La escopeta suponía un lujo de guardas mayores o de capataces. Ya en el siglo XVIII se prohibió en la mayor parte de los corregimientos de las dehesas de Sierra Morena la caza y la venta de especies que no fueran abatidas con arma de fuego.

Con platos como el potaje o el gazpacho pasa como con las migas, que cada pueblo o zona tiene una receta distinta y el resultado es diametralmente opuesto incluso en lugares próximos. Salmorejo se denomina a una sopa fría hecha a base de tomate, pan rallado, ajo y aceite de oliva en Córdoba y en la Campiña. Es similar a la porra antequerana, pero desde luego muy distinto a lo que se denomina salmorejo en muchos pueblos de las dehesas del sur. En lugares como Aroche, Alanís o en Cazalla de la Sierra, también en Villanueva de Córdoba, Torrecampo o Almodóvar del Campo, el salmorejo es un guiso que se puede servir frío o caliente, pero que puede contener carnes de perdiz o de gallina y que van aliñadas con verduras frescas rehogadas. Todo



☒ **Entre la mina y el pastoreo.**

Las ermitas diseminadas por las aldeas jugaron un papel muy importante cuando las rutas de la trashumancia traían a pastores del norte. En estas ermitas se compartían experiencias y se intercambiaban costumbres que luego se difundían por las comarcas de alrededor. A la izquierda, ermita de La Bienvenida, en Almodóvar del Campo, y a la derecha, iglesia de Minas del Horcajo, entre Alcuñía y Conquista.



se cuece luego y se le añade huevo duro. Nada que ver con el habitual salmorejo de las tabernas típicas cordobesas.

Y si en platos como los potajes, los guisos o en los aliños de las carnes de la matanza se ven influencias de los repobladores castellanos, de los pastores tras-humantes y del pasado andalusí, en la repostería, la personalidad de los platos se multiplica y se hace tan variada como los nombres que se le asignan a buñuelos, pestiños, fideos, tortas de manteca y de chicharrones, arropes, perrunas, obispos, borrachuelos, hojuelas, barquillos de canela, hornazos, roscos y un sin fin de delicias dulces que tienen como bases principales la harina, el azúcar, la miel, la manteca del cerdo y el aceite de oliva. La mayor parte de estos dulces tienen un sabor muy parecido se tomen en Constantina o en Almodóvar del Campo, en Aracena o en Castuera. Por el contrario, Castilla

aporta la manteca de cerdo y la harina de trigo. La vinculación de una determinada zona con su pasado se puede hacer también con la repostería. Mientras que en zonas como la Sierra de Ronda conservan elementos reposteros íntimamente ligados al pasado andalusí como la utilización de almendras, piñones y especias como la canela, en los puntos más cercanos a Castilla los usos gastronómicos de la repostería están más vinculados a la manteca, la harina, el aceite y, a lo sumo, la miel. Las perrunas, los roscos, los buñuelos o los pestiños son un claro ejemplo de la dulcería cristiana.

La mayor parte de la repostería de las dehesas del sur de la Península Ibérica está dedicada a celebraciones o a fiestas patronales, pues estos platos están considerados como un lujo y sólo son propios de hechos puntuales. Por ello están asociadas al motivo al que se dedican. Las gachas en Los Pedroches



☒ **En penumbra.** Así se produce el anís, en estos gigantescos alambiques, que pertenecen a las destilerías El Clavel, de Cazalla. No obstante, la producción de aguardientes y anises fue propia de muchos pueblos de Huelva y del sur de Badajoz en el pasado.

☒ **En frío.** Los jamones reposan en las bodegas y saladeros hasta obtener su punto óptimo de curación.

LA MAYOR PARTE DE LA REPOSTERÍA DE LAS DEHESAS DEL SUR DE LA PENÍNSULA ESTÁ DEDICADA A CELEBRACIONES O A FIESTAS PATRONALES.

se toman por la Festividad de Los Santos o por San Diego, el 12 de noviembre; el carnaval es una fecha muy propicia para degustar rosquillos, buñuelillos y pestiños en La Serena, en localidades como Quintana. También se da esta costumbre carnalera en Alcuía, donde suman a la fiesta buñuelos y hojuelas. En Aracena y en toda la Sierra de Huelva se dan mucho las compotas de frutas, quizá por la abundancia de éstas en estos predios, y los dulces de Semana Santa. En toda la Sierra Morena cordobesa o el Alto Guadiato, al igual que ocurre en Huelva, son frecuentes también los derivados de las frutas como los orejones o el pan de higo. Y en cada Feria o Fiesta de pueblo está presente la repostería típica. Enumerarlas todas precisaría un tratado completo.

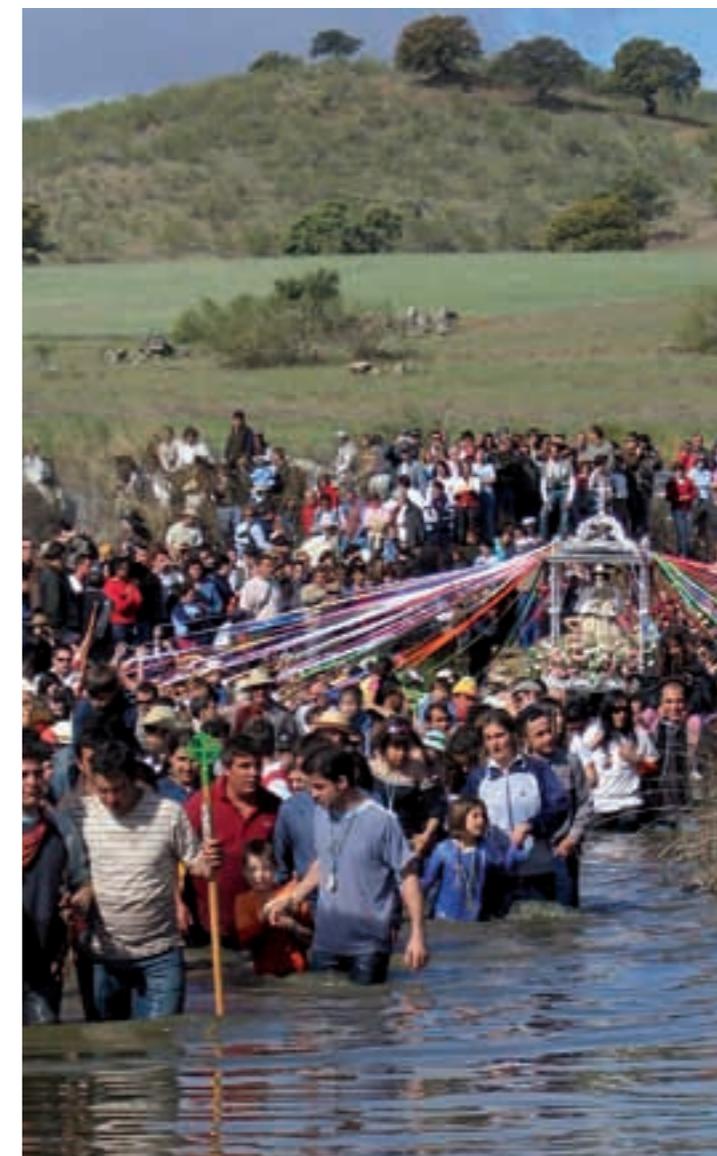
UNA DEHESA, CIENTOS DE HABLAS.

Tras la conquista del Valle del Guadalquivir por Fernando III el Santo en la primera mitad del siglo XIII comienza un intenso periodo repoblador que marca buena parte de la cultura de las dehesas del sur. Años antes de que esto ocurriera, muchos castellanos, leoneses y gallegos se habían ido asentando

LA CERCANÍA ENTRE EXTREMADURA, CASTILLA-LA MANCHA Y LA ANDALUCÍA DEL NORTE EN SIERRA MORENA ES PROVERBIAL.

al sur del Guadiana conforme avanzaba la conquista. Las dehesas del sur se poblaron de gentes con otra forma de hablar, con otros usos y que trajeron al sur unas palabras, una terminología que aún pervive, sobre todo, porque en muchas de las zonas de Sierra Morena y del reborde de la Meseta sur en las que se quedaron, el aislamiento de la población ha sido clave durante siglos para conservar un acervo cultural único. Eso ha supuesto que muchos vocablos sigan vigentes con una extraordinaria salud. Palabras, léxico, fonética muy particular y común que aúna influencias leonesas y gallegas cuando nos acercamos a la Sierra de Huelva y castellanas cuando nos adentramos en la Sierra de Córdoba, el Alto Guadiato o en Los Pedroches. Pero al final encontramos con que todas se han ido fundien-

do por fenómenos como el de trashumancia, que contribuyó durante siglos a un goteo de términos que se mantienen. La cercanía que existe entre Extremadura, Castilla-La Mancha y la Andalucía del norte en Sierra Morena es proverbial y basa sus lazos en el continuo trasiego de ganados, cimienta de las relaciones comerciales de las dehesas del sur peninsular. Un movimiento de reses y de pastores y gentes que no sólo llega de norte a sur, sino que viaja en sentido horizontal. De Huelva a la Sierra de Córdoba y del Sur de Badajoz al norte de Sevilla. Dice Rodolfo Recio Moya en su obra *Diccionario de la Sierra*, dedicado al norte de Huelva y al sur de Badajoz, que «*lo que subsiste del antiguo léxico usado en la sierra es únicamente la prolongación más meridional de los restos del dialecto leonés, fragmentado, tras su gradual absorción por el castellano, en un conjunto de subdialectos que van desde el bable, o rama principal, al pasiego, maragato, berciano, sanabrés, sajaqués, charro, castúo y otras venerables muestras que agrupan los dialectólogos bajo la denominación de hablas del Oeste de España*». La extensión de todas estas



✘ **Paso del Zújar.** Los romeros de Belalcázar atraviesan el río que separa Extremadura de Andalucía y portan las andas de la Virgen de la Alcantarilla.

variantes del español se pueden rastrear por toda Extremadura y, según hemos podido comprobar, alcanzan hasta Sierra Morena a la altura de Los Pedroches y de Alcuía, que siempre estuvieron abiertos a estos horizontes con sus relaciones comerciales y culturales. Estas voces, legadas por repobladores y ganaderos trashumantes, entre las que hay frecuentes galleguismos y términos llegados desde Navarra o el País Vasco fueron unificándose gracias al vigor del castellano. Rodolfo Recio defiende la teoría de que en los siglos XIII y XIV se reciben grandes contingentes de pobladores que llegan desde el noroeste de España. Las influencias se superponen, según él, de un modo abrumador a los arcaísmos que existen en la zona y que no desaparecieron del todo en la ocupación y reconquista. Términos judíos y mozárabes se funden con las palabras llegadas del norte y todavía hoy se pueden detectar porque se siguen utilizando, sobre todo por las personas de mayor edad. Recio Moya admite además que el castellano «avasalló» todas las voces leonesas y gallegas y que poco a poco fueron entrando en acción vocablos sorianos, conquenses o

aragoneses gracias a la trashumancia. Es de suponer que lo mismo que ocurrió en la Sierra de Huelva pasó en toda la franja de dehesas de Sierra Morena, en la Sierra norte de Sevilla, en la Sierra Morena cordobesa, en Los Pedroches, en el Alto Guadiato, en La Serena, en constante contacto con el castúo extremeño y las voces extremeño-leonesas, e incluso en Alcuía. Claro que si en las zonas más occidentales de las dehesas del sur se implantaron con más fuerza términos galaico-leoneses, la entrada en vigor de voces castellanas procedentes de Cuenca y Soria e incluso de Burgos, Navarra y del País Vasco en territorios como Los Pedroches o Alcuía es tremenda. En cualquier caso sí es verdad que en toda la sierra, a raíz de la conquista, el primer paso y las costumbres más arraigadas bajan de León y el occidente peninsular, ya que los lazos y el parecido que aún hoy guarda el acento de los habitantes de todo el norte de las provincias de Sevilla y de Córdoba tiene mucho más que ver con Extremadura que con la cercana Castilla-La Mancha. Se puede decir que la influencia y la constante relación con ganaderos de Salamanca, Cáceres e incluso

✉ **San Benito Abad, una costumbre única.** Los vecinos de Obejo, que utilizan todavía términos como *patatú* o *bachimachía* tienen la tradición de colgar billetes de la capa del santo, que preside el Baile o Danza de las Espadas.

Zamora y el intenso comercio a través de Ferias como las de Zafra, Trujillo o Hinojosa del Duque ha favorecido esta circunstancia. Y qué mejor evidencia de la diferencia entre las hablas de la sierra y sus formas comunes con respecto a las del valle que el seseo y el ceceo. Basta subir el escalón de Sierra Morena para darnos cuenta de que estos fenómenos desaparecen por completo en las dehesas del sur. En toda estas comarcas se diferencia a la perfección entre la *s* y la *c*. Es más, la *c* que pronuncian los habitantes de la sierras de Sevilla y de Córdoba es tan genuinamente castellana como la del corazón de Castilla. Otra cosa son las terminaciones de las palabras y rehilamiento o alargamiento de la vocal abierta final, tan propia de todo el entorno objeto de estudio. Pero el mundo de las palabras es todavía más ilustrativo. Hoy existen multitud de diccionarios y de

recopilaciones locales publicadas o colgadas en Internet con las que nos podemos hacer una idea de la existencia de palabras comunes en puntos tan distantes como Soria o la Sierra de Huelva. Incluso, muchos de estos términos han llegado al Valle del Guadalquivir y la Sierra de Ronda por mor de la trashumancia. Sólo hay que comparar diccionarios, algunos muy precarios y realizados por eruditos locales aunque con una gran carga etnográfica. No se trata de realizar aquí un tratado de lingüística ni de lexicografía, sino de recuperar voces que se repiten o que son similares y tienen el mismo significado en todas las comarcas que son objeto de esta obra. Antes de entrar en el plano léxico-semántico habría que establecer algunas características comunes de las formas de hablar propias de las dehesas del sur. Se trata en muchos casos de



LA C QUE PRONUNCIAN LOS HABITANTES DE LA SIERRAS DE SEVILLA Y DE CÓRDOBA ES TAN CASTELLANA COMO LA DE LA MESETA NORTE.

rasgos arcaicos de la lengua, algunos llegan intactos a nuestros días desde la época de la dominación romana y otros tienen connotaciones del habla mozárabe y judía que se mezclan con variedades dialectales de cada lugar a la vez que se produce la repoblación de Extremadura, Castilla-La Mancha

y Andalucía con gentes llegadas desde Castilla y León. A ello hay que sumar el constante refuerzo que supone la trashumancia a través de cañadas como la Leonesa o la Soriana. Por influencia extremeña y leonesa, fundamentalmente, se da una indistinción entre la *r* y la *l* en los infinitivos y en

El sabor del queso.

La precariedad de las economías de los pastores y de quienes pasaban largas temporadas en las dehesas convirtieron a los quesos de cabra y de oveja en manjares fáciles de elaborar y conservar en el monte. Siglos de tradición pastoril configuraron distintas tipologías de quesos según las zonas, aunque las dos variedades que más se imponen y que cambian conforme se avanza hacia el sur son el queso manchego y el

de La Serena. En la Sierra de Ronda, la cercanía a Grazalema y a las explotaciones de cabra payoya que también existen en la Sierra de las Nieves han hecho que allí se elaborase un queso de gran calidad que el denominado payoyo. Estas producciones, cuando eran para el consumo doméstico, solían curarse en los mismos chozos donde los pastores apacentaban las merinas. Y es que pocos alimentos como éste han tenido tan-

ta posibilidad de ser traídos y llevados en la antigüedad por un territorio tan amplio como la Península. Una de las características más importantes del queso como producto de primera necesidad en las dehesas es su facilidad de conservación siempre que se le proporcione un lugar fresco. Quizá por ello fue el compañero ideal de los ganaderos trashumantes, quienes podrían volver a Soria o León con este succulento manjar.



El queso manchego es sin duda el más conocido y su estrecha relación con la trashumancia ha hecho que tanto en amplias zonas de la Sierra norte de Sevilla, como en comarcas como en el Alto Guadiato o en la Sierra Morena cordobesa se hayan elaborado desde siempre quesos de una gran calidad y cercanía a la tipología manchega aunque con sensibles diferencias como la puntual mezcla de leches de vaca o el uso más ex-

tendido de la variedad semicurada. Los quesos de La Serena también influyen en la forma de elaboración propia de la Sierra de Huelva y de la Sierra de Sevilla, donde siempre se consumieron las denominadas tortas de La Serena, que también se fabricaban antaño en buena parte de Los Pedroches y de la zona norte del Valle del Guadiato. El queso de leche cruda de cabra también es un patrimonio de la Sierra de Aracena,

donde se está revitalizando esta tradición por parte de algunas empresas. Incluso se han organizado citas relacionadas con este producto

para darlo a conocer en su variedad típica del norte de Huelva. Junto al queso existen un sin fin de tradiciones y de útiles

Junto al queso existen un sin fin de tradiciones y de útiles que se conservan intactos en los tiempos que corren.

que se conservan intactos en los tiempos que corren. Es el caso de las pleitas y de las banquetas donde se dejaba sudar a los quesos sometidos a la presión de cáñamo o de las cuerdas que conformaban la forma del producto. Todo, además de la leche, tenía un carácter natural y el cuajo se extraía bien de los animales, del estómago de la ternera por ejemplo, o bien de hierbas silvestres que todos los pastores conocía.

palabras que incluyen estas consonantes. Aunque es un fenómeno que va a menos, aún es frecuente oír, sobre todo a personas mayores, en muchas zonas rurales *matal, decil, hacel, entral*, con el consiguiente alargamiento final de la palabra. Más cercana al andaluz está la pronunciación de la *l*

como *r*: *es argo, marvas, Bartasar...* A veces se da el fenómeno de forma doble: *arquilal*. También se da la pérdida en todos los casos de la *d* intervocálica: *asaura, deo*, en un fenómeno que sí tiene aún mucha vigencia. Uno de los grupos consonánticos que se mantienen es el *mb*, de origen leonés, en pa-

labras de esta procedencia como *cimbre* o *cimbra*: «*Ir a media cimbra*» es ir por mitad de un monte, ni por la nava ni por la cuerda. También se conoce como *cimbarón* al lindero. Se trata de un término que pasa directamente de la montaña leonesa a Extremadura y que tiene extraordinaria vigencia en la Sierra de Huelva. Con la forma *mb* encontramos además el término *embochar*, que es meter algo en un agujero de forma intencionada. En plano fonético, si seguimos a Manuel González Gómez en su *Diccionario de Casas del Monte (Cáceres)*, vemos cómo las características comunes de toda el área de las dehesas del sur se multiplican. Se dan las reducciones de diptongos en *pos* por *pues* o en *pacencia* por *paciencia*. También se usa *riyendo* por *riendo* o *friyendo* por *friendo*. Además se tiende a la reducción de palabras: «*Me he pegado una panzá de comer*».

La lista de elementos comunes continúa en el estudio de González Gómez, aunque la vigencia de determinadas formas de utilizar las palabras es perfectamente perceptible por la vigencia que aún tienen. Es el caso de la terminación en *ino*: *chiquinino*, *guarrino*. Aquí se aprecia claramente la influencia del español de León, puesto que en las variedades dialectales del castellano más cercanas al antiguo Reino de Aragón el sufijo más típico es *ico*: *bonico*, *perrico*. Otra de las terminaciones, ésta casi en desuso, propia de las dehesas del sur es *uco*: *zorrucu*, *chicuca*. Y en el apartado de los prefijos el inicio de las palabras por *es* se convierte en el más utilizado aún en los tiempos que corren. *Escachifollar* por *caerse* o *romperse*, *escacharrao* por *roto* y *escamochina* o *escabechina* por *destrozo* son algunos de los ejemplos más frecuentes del uso de esta construcción. Los arcaísmos del castellano también

OTRA DE LAS TERMINACIONES, ÉSTA CASI EN DESUSO, PROPIA DE LAS DEHESAS DEL SUR ES UCO: ZORRUCO, CHICUCA.

☒ **Herencia.** Los mayores son el hilo conductor del habla que imperaba en el pasado y las formas modernas, más condicionadas por los medios de comunicación y por una sociedad más abierta al cambio. En la imagen, un grupo de ancianos pasea por Zarza Capilla, a una paso de la frontera con Andalucía.



están presentes en las dehesas del sur. *La troje, la recua, la canal, la calor* eran tan frecuentes como el *harie* por haría o *dirie* por diría. A la vez se han utilizado en estas tierras términos como *dir* por ir: «*Voy a dir a por las ovejas*». Aparte, existe un uso particular de los verbos frecuente en toda Extremadura, y las sierras del norte de Andalucía. Es el caso del uso del verbo entrar por meter. «*Éntralo aquí*», en vez de mételo aquí o del verbo llegar por tocar: «*No te llegues a la herida*». Otro de los verbos que de forma curiosa se usa como expresión es el verbo haber pronunciado *habe*. Se suele utilizar como justificación: «*Habe, yo no sabía que había que sacar el ganado*».

Y es precisamente el nombre de una de estas tierras el que se trae desde la Castilla de Soria. *Alcudia* o *alcudias* son tierras desbrozadas, terrenos roturados para hacer dehesas o para tierras de sembradura. Como territorios vinculados a la ganadería fundamentalmente, la mayor parte de las palabras tienen que ver con esta práctica, como cuando se denomina *cendido* o *cencido* a un terreno que no ha sido aún no ha sido utilizado para meter ganado.

Este término lo encontramos en toda Sierra Morena, desde Huelva hasta Córdoba y en la Sierra de Ronda, donde se le denomina, al igual que algunos puntos de la Sierra de Córdoba como *sensio* por la cercana influencia del seseo. También es soriano el término *guache*, convertido en el sur a *bache*, que es el tajo de esquila de los ovinos. Carear el ganado es conducir las reses con un perro, que por cierto se llama carea y es originario de Castilla, mientras que al rastro en forma de huella se le denomina *fuélliga* o *juélliga* por influencia de arcaísmos leoneses. Una ración de trigo de bellotas o de cualquier otro elemento dedicado a la alimentación animal es una *almostá* en Soria y una *almorzá* en las dehesas del sur. Los pastores del norte de Castilla trajeron también el término *achiperri* para definir los útiles de menor valor que traían consigo cuando bajaban a las dehesas de invierno. Esta palabra ha deformado en *achiperres*. Otro término con este significado, radicado en este caso en Cuenca, que se usa, al menos en las sierras de Córdoba y Sevilla, es *apechusques*. Y de entre los *achiperres* o *apeschusques* destaca el *azafate* o plato hondo

☒ **Experiencia.** La matanza se convierte en uno de los puntos fuertes de generación de palabras en las dehesas del sur. En la imagen, unas mujeres avían las tripas del cerdo para hacer embutido.

donde se sirven las migas. El *chero*, por otra parte, es el hedor que desprenden los animales cuando están encerrados o cuando son desollados después de haber sido sacrificados. Esta palabra se utiliza incluso hoy en la Sierra de Huelva y en la Sierra de Ronda. Y hablando de campo, una *uebra* o *huebra* es la extensión de terreno que ara una yunta en un día. El término, según el *Diccionario de la Sierra de Huelva* de Rodolfo Recio Moya, es la deformación realizada en León de obra y se repite en muchos topónimos de Salamanca, donde da nombre a un río, y de Zamora.

Uno de los términos que más se repiten en todos los diccionarios y glosarios estudiados para realizar esta sucinta recopilación es *zurriaga* o *zurriago*, palabra de la que deriva *zurriagazo*. Los significados son variados y van desde *látigo* o *latigazo* hasta golpe fuerte y seco. En el caso de Cuenca, uno de



LOS PASTORES DEL NORTE DE CASTILLA TRAJERON EL TÉRMINO ACHIPERRI PARA DEFINIR LOS ÚTILES DE MENOR VALOR QUE TRAÍAN CONSIGO.

TÉRMINOS COMO ZURRIAGA SON CLAROS INDICADORES DEL INTERCAMBIO CULTURAL.

los puntos donde se da esta palabra, el *zurriago* es un juego de niños. Términos como *zurriaga* se convierten, por su extensa presencia en todo el sur, en claros indicadores del intenso intercambio cultural con el norte de la Meseta e incluso con Galicia. Y es que hay palabras como *cuchifarrá* o *chafarrá*, con lo que se define a una herida producida con un objeto cortante o punzante, que, con distintas formas pero con una construcción similar aparece en las sierras de Sevilla, Huelva, Córdoba, la Sierra de Ronda y las llanuras de Alcadia y La Serena. En Cuenca y Soria, por ejemplo, a este tipo de corte se le denomina *chincharrá* y en Cáceres *chanfarrá*, de lo que puede haber derivado a *chafarrá* o *cuchifarrá* en las dehesas del sur.

En Cáceres, al igual que en Los Pedroches o la



Sierra de Huelva, una *tupitina* o una *tupitanga* es un hartazgo de algo. «*Se dio un tupitón de llorar cuando perdió al hijo*» o «*se pegó una tupitina de comer y aún está durmiendo*». Para una acepción relacionada con la cantidad como *tupitina* o *tupitón* también hemos recogido *perfa*: «*Le dio una perfa de bofetadas*». Y en Cuenca hemos recogido *zangarriana*, un término que también se utiliza en La Serena, en Alcadia, en Los Pedroches y en toda la Sierra de Córdoba y que define algo que está mal o a una persona enferma. «*Cuidado al sentarte pues esa silla está zangarriana*» o «*A José le dio un infarto y está zangarriano*». Lo mismo ocurre con *apolijar* o *aporijar*, que es hacerse cargo de algo o quedar al cuidado. Suele utilizarse *aporijar* cuando alguien da cobijo a otra persona por caridad o por que le hace falta. A veces se da cobijo a *titirivainas*, como se dice en Soria a las personas endeblés y se repite en el sur, o a *lloramigas*, que tiene un significado similar a aunque esta palabra proceda de León. Y cuando se tiene cariño a alguien o se le quiere llamar de forma amable se le dice *amante* o *querido*. Es curioso como en Los

Pedroches se dice, al igual que en el norte de Soria, «*oye amante tráeme ajos para cocinar*». Lo de *querido* pervive con mucha fuerza en El Viso para llamar, por ejemplo, a un hijo, a un nieto e incluso a un amigo: «*Ay querido, que guapo te has puesto hoy*».

La lista de ejemplos y de términos que se comparten en las dehesas del sur afecta a miles de palabras utilizadas en el día a día. La mayoría se están perdiendo con nuestros mayores, pero muchas otras tienen extraordinaria vigencia. Y, sobre todo, en la vida cotidiana utilizamos términos que, sin darnos cuenta, tienen una lejana procedencia. Es el caso de los *somarros* o *somargos*, que es como siempre se llamó a los trozos de carne fresca de la matanza en el norte de Castilla y hoy se repite en toda Sierra Morena. Y es que costumbres como en la matanza acrecientan el número de palabras difundidas por todas las dehesas del sur, como *molondrosco*, procedente de León, o prueba de morcilla o de chorizo antes de ser embuchada. Aunque todo esto es una simple muestra de un acervo léxico y cultural extensísimo y que merecería ser puesto en común.

✉ **Acento.** El habla de las dehesas del sur, en esencia, tiene muchas características comunes y entre Huelva, Badajoz y el norte de Córdoba, por ejemplo, apenas median algunos diferencias. Un grupo de mayores se relaja en la puerta de una casa con dinteles de granito de Peñalsordo.



La conservación de la dehesa es vital para el desarrollo económico de decenas de poblaciones del suroeste español. Su aprovechamiento agrosilvopastoril se está complementando...

...de un tiempo a esta parte con el turismo rural y con otras iniciativas que buscan hacer sostenible la salvaguarda del entorno con su máximo rendimiento. La protección de la mayor parte de los espacios naturales relacionados con este particular sistema de aprovechamiento ha ayudado de forma considerable a la mejora de las condiciones de encinares y alcornoques, pero siempre queda mucho camino por recorrer. Casi toda la Sierra Morena andaluza cuenta con alguna figura de protección, la Sierra de Ronda también y en Alcuña y en La Serena se trabaja en ello. La declaración como Reserva de la Biosfera de las Dehesas de Sierra Morena es un emblema muy significativo, pero deja amplias zonas sin amparo, al igual que la Red de Parques Naturales de Andalucía. Y es que el 70 por ciento de la dehesa de Los Pedroches, quizá la más extensa del mundo queda sin protección, como le ocurre a otras muchas del Andévalo, en Huelva, o del norte de Sevilla, justo al sur del Parque Natural de la Sierra Norte. Este paisaje tan característico del suroeste español,

sin embargo, es un ejemplo de Sistema Agrario de Alto Valor Natural y está citado en el Reglamento Europeo de Desarrollo Rural.

La dehesa necesita equilibrio para que no se quiebre el sistema combinado agrario, silvícola y pastoril que la sustenta. Porque estos aprovechamientos se siembran, de ellos se extrae leña y matorral con los que aún se suele hacer carbón vegetal y, sobre todo, se pastorean. Uno de los mayores daños que sufre el encinar es la sobreexplotación ganadera, que no deja tiempo para que se regenere la cobertura arbórea. La tremenda voracidad de ovejas, vacas y cerdos hace que los brotes de las bellotas, las futuras encinas, sean arrasados entre el pasto y por ello cada vez es más difícil ver en las dehesas del sur los pequeños chaparros que tienen que dar el relevo a las encinas milenarias. La siembra y la roza constante del suelo también dificultan la regeneración, pues los propietarios viven con la idea de mantener limpia la finca. Por este motivo, los expertos auguran que los encinares y alcornoques

☒ **Visitantes invernales.** Las grullas llegan cada año a las dehesas del sur de Extremadura y a las llanuras del norte del Valle del Guadiato y de Los Pedroches. Su alimentación está basada en bellotas y en todo lo que encuentran en la dehesa. Su belleza y su particular ruido son un aliciente en invierno.

puede desaparecer en menos de medio siglo si no se aplican políticas de reforestación o de intensificación del encinar de forma urgente y se pone límite a los excesos ganaderos. Hay dehesas en situación crítica. Buena parte del encinar de Alcuía y de La Serena está sumamente envejecido. Lo mismo le ocurre a importantes sectores de las dehesas de la parte centro occidental de Los Pedroches. Existen lugares, como la Dehesa de La Vera, en el término de Añora, donde el encinar, con arboleda de varios siglos, donde cada año se seca un puñado de encinas. Este territorio sobrevivió al hacha gracias a que hasta mediado el XIX perteneció a una comunidad de bienes que mantenían Añora, Dos Torres y Alcaracejos. La Dehesa de La Vera, que aparece en documentos históricos desde el siglo XVI, apenas tiene regeneración. A la vez, cientos de ovejas pastan cada día en sus pastos y rastros. Éste es sólo un ejemplo de lo que está ocurriendo en las dehesas del sur. Igual pasa en encinares de Huelva y de la Sierra de Sevilla, donde el hongo de la seca del encinar, el *Phytophthora cinnamomi*, está acabando con espectaculares encinas, de inmenso porte

y ubicadas en espacios naturales de gran riqueza faunística y de flora.

El futuro de las dehesas no es halagüeño, pero se han presentado iniciativas como el Pacto de la Dehesa para recuperar estos espacios del suroeste español que, si desaparecieran, tardarían siglos en volver a ser como en la actualidad. Otra de las soluciones que se antoja positiva es el incremento del valor añadido de las producciones de la dehesa. El jamón ibérico de bellota se prepara para dar el salto definitivo a mercados como el de Estados Unidos o el chino y la cada vez mayor afluencia de turistas a conocer esta peculiar forma de entender el mundo rural es creciente. Quizá por eso hay que ser optimistas.

UNA FAUNA ÚNICA.

Las dehesas del sur de la Península albergan la práctica totalidad de las especies más significativas del monte mediterráneo. Predadores, rapaces, especies cinegéticas, aves migratorias... Se puede decir que Cardena-Montoro, la Sierra de Ronda, Alcuía, Hornachuelos, la Sierra Norte de Sevilla,

✉ **En pleno vuelo.** La población de cigüeñas se encuentra en franca mejoría. Anidan en pueblos sobre todo, aunque últimamente se las ha visto criar con frecuencia en las dehesas del sur.

LAS DEHESAS DEL SUR DE LA PENÍNSULA ALBERGAN LAS ESPECIES MÁS SIGNIFICATIVAS DEL MONTE MEDITERRÁNEO.

y Aracena y Picos de Aroche son importantes reservas donde campan a sus anchas las especies más amenazadas del patrimonio faunístico español. La cultura de las dehesas, de quienes las habitaron, pese a ser garante de la cobertura vegetal que albergaba estas delicadas poblaciones, no siempre fue la mejor para salvaguardar el futuro de lince, gatos monteses, águilas... La competencia del hombre con los predadores y el frecuente desconocimiento de la realidad ambiental han puesto al límite a muchas de estas especies y el futuro se antoja complicado.

Es curioso, pero como si de una ruta de la trashumancia se tratara, se pretende potenciar mediante un corredor verde que los lince realicen el camino



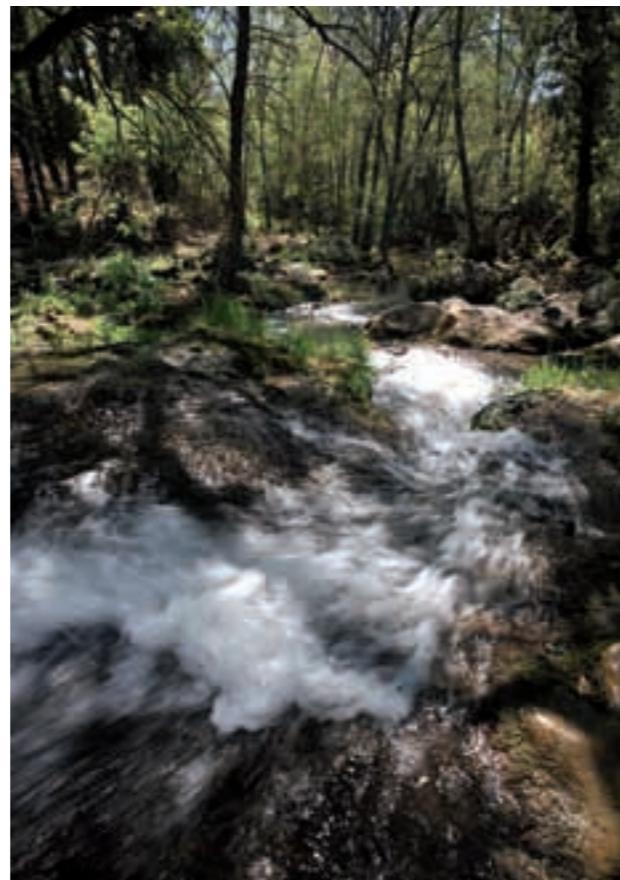
Sierra Morena-Doñana para que sus poblaciones se mezclen, en un intento desesperado de conservar al felino más amenazado de Europa. La mayor población de lince se encuentra en la confluencia de los parques naturales de Cardena-Montoro y de la Sierra de Andújar y la segunda en importancia se halla en los pinares que rodean las marismas de la desembocadura del Guadalquivir. Es por ello que la Junta de Andalucía, a través de iniciativas Life y de otros programas, quiere abrir vías de comunicación para el lince a través de toda la Sierra Morena cordobesa, el pie de monte de la Sierra Norte de Sevilla y, bajando por el corredor verde del Guadiamar, llegar hasta el Parque Nacional de Doñana.

El hábitat del lince es el monte mediterráneo y las dehesas más tupidas. Hasta principios del siglo XIX era frecuente en toda Sierra Morena, en los Montes de Toledo y en amplias zonas de Extremadura, pero poco a poco se fue quedando reducido a los citados espacios de Sierra Morena. Su progresivo descenso de poblaciones ha sido producto de la intensa lucha contra las alimañas desarrollada en tiempos pa-

sados y la paulatina desaparición del conejo a partir de los años 60 por enfermedades como la mixomatosis, que dejaron al lince, un cazador exclusivo, sin su materia prima principal.

Pero el gran sufridor y perseguido de las dehesas no fue el lince, sino el lobo. Su leyenda negra y los daños que ocasionaba cuando sus poblaciones eran abundantes hicieron que los habitantes de las dehesas del sur lo persiguieran hasta los límites de las sierras más abruptas, donde aún hoy guardan sus últimas poblaciones. Los últimos reductos del lobo en las dehesas del sur son Cardena-Montoro, algunas zonas de Sierra Madrona, en Ciudad Real y el Parque Natural de Hornachuelos. Todavía se dan algunos ataques a rebaños, pero la escasez de las poblaciones los hace muy reducidos y administraciones como la Junta de Andalucía compensan las pérdidas a los ganaderos.

El escritor de Los Pedroches Alejandro López Andrada incluye en su obra *Los años de la niebla* múltiples relatos y experiencias de pastores con los lobos en los lejanos años de la posguerra. Dice este autor, según le contaron los pastores, que «los lobos



☒ **Recursos hídricos.** Los arroyos, ríos y torrentes son fundamentales para mantener la biodiversidad en Sierra Morena. En la imagen, el río Guadiato discurre entre el monte mediterráneo y el bosque de galería del Parque Natural de Hornachuelos.

LAS HISTORIAS DE LOBOS EN LOS PUEBLOS SON INFINITAS, TANTAS COMO PASTORES TRABAJARON EN LAS DEHESAS HASTA HACE 30 Ó 40 AÑOS.

lejanos cruzaban estas dehesas desde los agrestes montes de San Benito, en Ciudad Real, a las sierras de Pozoblanco. Pasaban cruzando el arroyo Guadamora, en trote cansino, ocultándose entre las sombras del encinar frondoso de la Jara, donde Juan Fernández cuidaba de sus ovejas. Más hacia el oeste, entre Alcaracejos y Fuente La Lancha, había otro paso de lobos por el Lanchar, un romántico arroyo escoltado por miles de adelfas y por un espesísimo bosque de altos chopos que se alarga como la cabellera de un gigante con las barbas de plata entre cerros de oro lánguido. Los lobos, hace poco más de medio siglo, eran reyes absolutos de estos parajes, y hay quien dice, incluso, que se adentraban algunas noches en las calles de los pueblos como San Benito o Santa Eufemia, vagando por sus plazuelas como

almas errantes, confundiendo algunas veces con los perros».

Los relatos acerca de los lobos en los pueblos son infinitos, tantos como pastores de los que trabajaron en las dehesas hasta hace 30 ó 40 años. Pero lo del lobo es ya casi memoria y las tareas por su recuperación al igual que ocurre con el lince son intensas. Y es precisamente de donde llegaban los trashumantes castellanos y leoneses hasta Andalucía donde más lobos hay hoy en día. En Zamora, Salamanca, León o Palencia, las poblaciones de este cánido son sumamente abundantes. Ojalá, como en el pasado hicieron los hombres que repoblaron estas dehesas



☒ **En la memoria.** El lobo sigue presente en la conciencia de muchos de los mayores que habitan en las sierras del sur de la Península. Prueba de ello es esta escultura levantada en el corazón de la Sierra Morena sevillana, en una zona poblada por este depredador y que hoy está dedicada a explotaciones ganaderas y de caza mayor.



del sur, lleguen de nuevo estos animales a prestar equilibrio al ecosistema.

Y si el lobo está asociado a la cultura pastoril, los buitres, alimoches y quebrantahuesos lo están a la trashumancia. Estas aves de extraordinario porte llegaban a seguir incluso a los rebaños en su trasiego desde las montañas del norte hasta las dehesas del sur a sabiendas que por el camino morían muchos animales debido a la dureza de la travesía de puertos y llanuras a veces bajo la lluvia o la nieve. Las poblaciones de buitre leonado, especie catalogada de Interés Especial, gozan de mucha mejor salud que las de buitre negro, más escaso y con más problemas para salir adelante. La extensión territorial del buitre leonado es también mayor que la del negro, pues éste ha quedado reducido a los espacios de mayor interés ecológico. De estos, Sierra Morena y las dehesas del sur albergan las poblaciones más importantes de España. En el caso del alimoche ocurre igual, Sierra Madrona y algunos enclaves de la Sierra de Santa Eufemia aún gozan de su presencia, mientras que el quebrantahuesos ha desaparecido en el sur y apenas subsiste

☒ **Sacos.** Los usos y costumbres hay que conservarlos a toda costa. En muchas poblaciones como Cazalla el anís era un complemento vital para la economía que giraba en torno a las dehesas. En estas enormes sacas se transporta la matalahúga.

con infinitos cuidados y cría en cautividad en la Sierra de Cazorla.

Mas en las dehesas no sólo habitan lobos, lince o buitres, águilas imperiales y reales, nutrias, ginetas, meloncillos, lirones, búhos reales. Aparte, hay cientos de especies de extraordinario valor ecológico que sobreviven gracias a esta cobertura vegetal, a pesar de su retroceso y de problemas tan extendidos como las mallas, sobre todo las cinegéticas, que cortan veredas y someten a los animales a un cautiverio que cambia sus costumbres. Sierra Morena se ha convertido en un bosque metálico en el que grandes las fincas de caza mayor se han alambrado con mallas de unos dos metros de alto. Es cierto que la normativa ordena que la traza del alambre deje libre el paso a las especies protegidas por la parte baja del mallado, pero eso no siempre ocurre y estas estructuras se convierten en una trampa

mortal. Aparte, la negativa explotación de muchas fincas de caza mayor enfocadas a la cría del ciervo hace que sufran superpoblaciones que acaban con la masa arbustiva del monte mediterráneo y generan una mayor índice de contagio de enfermedades como la tuberculosis.

El corte de vías pecuarias por alambradas es otro hecho que no sólo está propiciado por las fincas de caza mayor, también ocurre en las ganaderas. La usurpación de caminos, veredas, cordeles e incluso cañadas reales ha sido constante y hasta que no se han recuperado por órdenes de las distintas administraciones, entre ellas la Junta de Andalucía, el paso a un derecho de todos ha estado cerrado. La recuperación de los miles de senderos de la Península es una tarea ingente, que está basada en testimonios orales, en mapas antiguos y en documentación de archivos, que a veces se remonta al



✘ **Miles de años.** Tronco de la denominada encina milenaria, que vive a duras penas entre los campos de Alcudia.

EL CORTE DE VÍAS PECUARIAS POR ALAMBRADAS ES UN HECHO QUE ESTÁ PROPICIADO POR LAS FINCAS DE CAZA MAYOR Y POR LAS GANADERAS.

medieval. Basta leer con detenimiento el capítulo 2 de esta obra para darnos cuenta de la compleja red que unía pueblos y ciudades y que hoy, pese a los distintos procesos de recuperación iniciados por distintas administraciones, se encuentra tras una maraña de cercados ganaderos.

Hasta hace apenas diez años, tramos de la Cañada Real Soriana y de la Cañada Real de Extremadura aparecían cortados o usurpados por propietarios de las fincas aledañas. Hoy el uso de los caminos va más allá de la ganadería y se convierte en una alternativa que puede dejar importantes beneficios en las zonas rurales gracias a actividades como el cicloturismo, el senderismo u otros deportes de aventura.

Durante siglos, la trashumancia y la conciencia ambiental de nuestros antepasados hacia las dehesas han servido para conservar las encinas y las vías

pecuarias de tal forma que el legado ha subsistido a los siglos. Es necesario por tanto recuperar las buenas prácticas ganaderas y aunque sea utilizando los modernos medios de transporte que hoy tenemos a nuestro alcance potenciar la trashumancia tal y como se hacía hace siglos porque eso comportaría importantes beneficios para la cobertura vegetal de muchas fincas.

Los habitantes de las dehesas del sur deberían reflexionar y pensar que si durante siglos éste ha sido el mejor aprovechamiento posible para sus tierras, merece la pena conservarlo y luchar por él a capa y espada. Prueba evidente de lo relatado en toda esta obra es que la cultura, las tradiciones, las vías pecuarias milenarias, la historia y especies tan importantes para nuestro legado ambiental como el lince o el lobo viven gracias a la armonía del hombre con las dehesas del sur.

BIBLIOGRAFÍA.

- ACOSTA NARANJO, Rufino: *La Cultura de la Dehesa*. En Salvador Rodríguez Becerra (Coordinador). Proyecto Andalucía, Antropología Tomo XI. Publicaciones comunitarias SA. Sevilla. pp. 209-246. 2005.
- AGUAYO ÁLVAREZ, Mariano. *Vocabulario de la montería*. Ediciones Retamar. Córdoba 1988. 2ª edición 1988.
- AGUAYO ÁLVAREZ, Mariano. *Montear en Córdoba*, Caja Prov. de Ahorros, Córdoba 1991. 2ª edición 1993)
- AGUDO TORRICO, Juan: *Arquitectura popular en la provincia de Sevilla*, en Sevilla y su provincia, Gever, Sevilla 1984, pp. 117-147.
- AGUDO TORRICO, Juan: Caseríos de lagar en la Sierra de Sevilla. En *Antropología Cultural de Andalucía*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, 1984.
- AGUDO TORRICO, Juan: *Las hermandades de la Virgen de Guía en Los Pedroches*, Caja Provincial de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1990.
- ARGENTE DEL CASTILLO, Carmen: Precedentes de la organización del concejo de La Mesta, *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, VII-VIII, 1987 (Cádiz).
- BISHKO, Charles J.: Sesenta años después: La Mesta de Julius Klein a la luz de la investigación subsiguiente, *Historia. Instituciones. Documentos*, 8 (1981)
- BLÁZQUEZ, José María. *Vías e itinerarios: de la Antigüedad a la Hispania romana*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Alicante, 2006.
- CABRERA MUÑOZ, Emilio y CÓRDOBA DE LA LLAVE, Ricardo: Una mesta local en tierras de señorío: el ejemplo de Belalcázar e Hinojosa. En *La España Medieval*, vol. 10. 1987.
- CABRERA MUÑOZ, Emilio: *El Condado de Belalcázar: 1444-1518: Aportación al estudio del régimen señorial en la Baja Edad Media*. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1977.
- CARPIO DUEÑAS, Juan Bautista: *La tierra de Córdoba. El dominio jurisdiccional de la ciudad durante la Baja Edad Media*. Universidad de Córdoba. Córdoba, 2000.
- DIAGO HERNANDO, Máximo: *Mesta y trashumancia en Castilla. Siglos XIII a XIX*. Arco Libros. Madrid, 2002.
- ELÍAS PASTOR, Luis Vicente y NOVOA PORTELA, Feliciano (coord.) *Un camino de ida y vuelta. La trashumancia en España*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y Lunwerg Editores. Madrid, 2003.
- GARCÍA MARTÍN, Pedro y SÁNCHEZ BENITO, José María (Eds.): Contribución a la historia de la trashumancia en España, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1986 (Cuenta con textos de Bishko, Klein y García Sanz, entre otros)
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: La repoblación de la zona de Sevilla en el siglo XV. En García de Cortázar, *Nueva Historia de España* en sus textos. Santiago de Compostela 1975.

- KLEIN, Julius, *La Mesta. Estudio Histórico de la historia económica española*, 1273-1836, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- LÓPEZ ANDRADA, Alejandro: *El viento derruido*, Oberón. Madrid, 2004.
- LÓPEZ ANDRADA, Alejandro: *Los años de la niebla*, Oberón. Madrid, 2005.
- MALDONADO ESCRIBANO, José: *Arquitectura en las dehesas de La Serena*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz, 2005.
- MARTÍN MARTÍN, José Luis: La tierra de las contiendas: Notas sobre la evolución de la raya meridional en la Edad Media. En *Norba*, revista de Historia. Madrid, 1996-2003.
- MÁRQUEZ TRIGUERO, Esteban. *Gastronomía del Valle de Los Pedroches*. Fundación Prasa, Torrecampo, 2002.
- MORENO VALERO, Manuel: *La vida tradicional en Los Pedroches*, Fundación Ricardo Delgado Vizcaíno, Pozoblanco, 2001.
- MORENO VALERO, Manuel: *Olivar de Los Pedroches: Tradiciones y Folklore*. Córdoba, 1987.
- PIZARRO, Juan: *Vocabulario del Valle de Los Pedroches*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba. Córdoba, 1988.
- RAMÍREZ DE LAS CASAS DEZA, Luis: *Corografía de la provincia y del Obispado de Córdoba*, Noguer y Manté. Córdoba, 1840.

- RECIO MOYA, Rodolfo: *Diccionario de la Sierra de Huelva. Etimológico, comparado y de uso*. GDR Sierra de Aracena y Picos de Aroche. Aracena, 2004.
- VALLE BUENESTADO, Bartolomé. *Geografía agraria de Los Pedroches*. Excma. Diputación Prov. de Córdoba. Córdoba, 1982.
- VV. AA. *Cuadernos de Trashumancia*. Capítulos 2, 5, 7, 9, 15, 23. Ministerio de Medio Ambiente. ICONA. Madrid 1995.
- VV. AA. *Extremadura y la Trashumancia (siglos XVI-XX)*, Junta de Extremadura, Mérida, 1999.

NOTA DEL AUTOR SOBRE OTRAS FUENTES CONSULTADAS. El tratamiento de los archivos históricos apenas ha sido necesario en esta obra debido a que se ha buscado un carácter más divulgativo que de investigación o de apertura de nuevos campos de estudio relacionados con la historia de las dehesas y de la trashumancia, temas ambos abordados en la bibliografía citada. Por ello, las fuentes documentales se han ido citando a lo largo del libro, mientras que para la redacción del mismo se ha contado con distintas herramientas como son los testimonios orales de decenas de pastores y de personas vinculadas a las dehesas del sur para resumir cuál ha sido su realidad a lo largo de los tiempos. Aparte, el concurso de Internet ha sido vital para el desarrollo de algunas partes de este trabajo. Es el caso de las referencias al habla típica de las distintas comarcas de las dehesas del sur y a muchas de las costumbres y tradiciones expresadas.

